LIBRO dot.com



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Al lector

Llamamos la atención hacia la carta que sigue, a manera de prólogo.

Su autor, actual abogado de nuestro foro, es hijo del malogrado doctor y catedrático Pablo Tarnassi, sobrino, por consiguiente, de nuestro distinguido jurisconsulto el señor doctor don Antonio Tarnassi.

El doctor don Pablo Tarnassi no sólo era sabio en derecho sino que cultivaba con brillo las bellas letras. Su hijo José las cultiva también con igual éxito. En prueba de ello encabezamos este cuarto volumen con la referida epístola, que, a duras penas, hemos obtenido del autor de las Causeries .

Nuestros lectores juzgarán si hemos hecho bien o mal, y la nueva generación, en la que hay muchos que oyeron las lecciones de Pablo Tarnassi, leerá con gusto, estamos seguros, unas páginas tan nutridas de erudición como elegantes por su estilo.

Positivamente, José Tarnassi realiza un tour de force , manejando ya, como maneja, o mejor dicho traduciendo como traduce, la lengua de Manzoni a la de Cervantes.

El editor.

Carta prólogo de José Tarnassi

Al señor general don Lucio V. Mansilla.

Señor general:

Desde que leí, en el segundo tomo de sus Causeries, un recuerdo dedicado a mi padre, que le había pedido a usted una descripción de la cascada de Amambay, me asaltó el deseo de escribirle esta carta.

Era un deseo mixto de gratitud y de admiración.

De gratitud, se comprende, por el elogio cariñoso que usted tributa a mi padre, dulce homenaje a la religiosa memoria que yo conservo de él.

Y de admiración, por lo que usted escribe y por la manera como lo hace.

Ahora, esta carta, por la modestia de su procedencia, no puede tener la importancia de un elogio crítico; y en efecto siempre me ha parecido más fácil y vulgar tarea la del que tacha y busca los defectos de una obra de arte, que la del que, con sabia y sincera alabanza, quiere poner en transparencia lo bueno que ella contenga.

Sentadas estas premisas, manifestaré a usted, señor General, las ideas que he tenido leyéndole , y lo que francamente he sentido sobre sus libros y sobre usted.

Yo, como verdadero romano, he sido educado con los viejos sistemas y barnizado con los nuevos; siento y adoro la poesía del pasado, y mi país me ofrece de ella un Olimpo: pero esta poesía que ha ayudado poderosamente al renacimiento de mi tierra natal, no ha ligado, por cierto, mi espíritu en límites estrechos: ella, al contrario, me sirve de fuerte apoyo para amar el presente y para entrever el esplendor de la grande y fuerte poesía del porvenir.

Yo creo en la poesía: bajo cualquier forma que se muestre (arte o literatura) por doquier brille con luz nueva, ella es foco luminoso que aclara los objetos, ya próximos, ya lejanos.

Necio es quien cree -y hay muchos- que las bellas artes sean una frívola diversión, y que las bellas letras no sean más que una fastidiosa repetición de cosas sabidas e inútiles: cualquier cosa grande puede ser viciada por el uso ininteligente; pero siempre será una verdad que los tesoros del arte representan la historia de la humana sabiduría y que literatos y poetas han indicado constantemente, con su voz fatídica, ante los otros, el camino del verdadero progreso.

Cuando con estas ideas, ya acostumbrado a pensar, empecé a examinar, por todos los medios a mi alcance, este dichoso país, por muchas razones caro a mi corazón como una nueva patria, me quedé asombrado ante este enorme fomento, ante esta poderosa preparación, presagio de un porvenir, cuya grandeza no se alcanza a columbrar todavía; y comprendí que el nuevo pueblo, a semejanza de un joven heleno de la antigüedad, antes de ocuparse de filosofía, se empeñaba juiciosamente en fortificar sus músculos por medio de ejercicios gimnásticos.

Pero el arte no faltaba ni falta enteramente, cosa, por otra parte, casi imposible en gente de raza latina.

Y entre el ruido de los talleres, el gemir de las máquinas y el universal movimiento, se elevaba de cuando en cuando, como un alivio, el canto suave de un poeta, la voz solemne de un orador, el acento severo de un filósofo.

Procuré escuchar y aprender, y aprendí en efecto y leí nobles e inolvidables páginas; pero el afectuoso interés de mi anhelo no encontraba en ellas la satisfacción deseada.

Era aquella una literatura agradable, pero era un eco del pasado, era la imitación, o mejor dicho, la continuación de otra literatura, y me parecía, por decirlo así, sólo topográficamente argentina.

Y la imitación del pasado puede ser admirada como un esfuerzo del ingenio, pero nunca es la representación de lo verdadero.

Lo verdadero, no hablo en el sentido de los modernos realistas, debe ser según mi entender, la sustancia de la literatura, que recibe después su forma por medio de la fantasía.

Pero sustancia y forma están ligadas en íntimo consorcio, con relación de causa y efecto, y como lo verdadero, es decir el mundo interior del espíritu y el mundo exterior de la fantasía, en tanto existen cuanto se mueven y están en continuo progreso, por eso la literatura no podrá nunca vivir con vida propia, si no busca alrededor de sí misma el alimento de su existencia.

Historia y literatura son hermanas, y juntas se deben estudiar.

Y en Italia -es el ejemplo más grande que se pueda ofrecer- hubo siempre literatos y poetas, porque nunca faltaron altísimos ingenios; pero en algunos tiempos dolorosos, aquellos ingenios no hicieron más que espigar en el pasado, y por eso existió, si se quiere, una literatura, pero no fue, por cierto, una literatura nacional. En este siglo, renovado el espíritu de nación, vencida la adversidad del destino, resucitan ciencias, letras, artes, y viven su poderosa vida propia, con la gloria de ser segura y exclusivamente italianas.

Y en este país fecundo, rico de fortuna y de porvenir, todo quiere, todo reclama la existencia de una literatura nacional, que aunque por ahora ofuscada por el ruido de materiales negocios, va a tener gran mérito ante la posteridad, que con amoroso cuidado, con justísimo orgullo, irá buscando en los libros actuales el porqué y el cómo de este maravilloso incremento.

He dicho "todo quiere y todo reclama", y he dicho bien, porque este país merece y exige una literatura suya, propia, que lo distinga como él mismo se distingue por su modo de ser, de la vieja España, de las viejas tierras de la Europa latina, donde todas las cosas exteriores, sobre las cuales se modela el pensamiento, campiñas y ciudades, trabajo y pueblo, no son ni pueden ser como aquí se presentan.

Allá se desarrolla ciertamente un grandioso progreso, pero toda una historia, todo un enorme pasado, han fijado ya un carácter, que no podrá desaparecer tan pronto, por muy fuerte que sea el viento de las revoluciones que lo agiten.

Allá, las clásicas campiñas resuenan aún con las armoniosas Geórgicas del gran Virgilio; y los píos colonos recuerdan aún los tiempos de Ceres, cuando terminado el trabajo, ofrecían a la Diosa, a la sombra de las encinas, según narra el dulcísimo Tibulo

nivei lactis pocula mixta mero.

Allá, el pueblo es un pueblo formado, que vive de tradiciones, que no puede y no quiere dejar, que goza ciertamente de grandes libertades, pero que por eso mismo, después de tantos siglos, no cambiará de carácter.

Aquí todo es distinto.

Aquí, la campaña inmensa, nueva, virgen, espera -con el ansia de una recién desposada en el tálamo intacto- el surco del arado, el abrazo del trabajo humano. Y no es ya el trabajo del primer colono inculto: no, es la naturaleza salvaje en maravilloso maridaje con el siglo decimonono; es, por decirlo así, lo prehistórico abrazado con lo presente, y doquier llega el trabajo, allí entra inmediatamente el progreso con sus máquinas, la ciencia con su potente ayuda, a fecundar la tierra.

Aquí el pueblo, que ya crece por su propia fuerza, aumenta cada día con mil olas tumultuosas que de todas partes le llegan, y se derrama y se esparce por las regiones de esta tierra, precedido y guiado por una esperanza que no será falaz, del mismo modo con que en la antigua leyenda mosaica -siempre nueva- la columna de fuego de noche y la nube blanca de día precedían y guiaban al pueblo de Israel, camino de la tierra de promisión.

Y este pueblo diverso se une y se aglomera en un mismo sentimiento indómito e inquieto, mirando el porvenir: y en este inmenso crisol -donde de la portentosa combinación de las gentes latinas debe nacer a la tierra una nueva raza de hombres fuertes- crece y se prepara una nueva civilización y una nueva cultura.

Es la ley eterna de la evolución, que llevaba un día el faro del genio humano del Oriente a Europa, que ahora lo transporta a América, con nuevas promesas, y que en un futuro

remoto, cambiada con el curso de los siglos la aspereza del clima, deberá transportarlo a regiones que en este momento parecen inhospitalarias.

¿Qué puede haber más grande y más sublime, más profundamente dramático, más altamente poético que esta maravillosa transformación?

Y desde el momento que esta transformación se opera, ayudada por las ciencias de todas las edades, pero con carácter propio, fuertemente marcado, en un estado seguro y tranquilo y bajo próvidas leyes, en medio del triunfo de los estudios, ¿qué mejores condiciones se pueden desear para que aquí florezca poderosísima una literatura nacional?

Existía el teatro, faltaba la voz nueva.

A usted le pertenece, señor general, la gloria de haberla hecho resonar por primera vez, y la forma llana y modesta de sus conversaciones semanales, no quita, antes por el contrario aumenta, grandeza a su obra.

La literatura nacional no puede ser tal, sólo porque de cosas nacionales se ocupa, cuando el método y el pensamiento pertenecen a otra civilización.

Usted es profundamente argentino. En sus producciones, usted se sirve del valioso auxilio de toda la erudición del pasado; pero su pensamiento se desliga de todo lazo, aborrece todo método extraño, y saca su vida y su fuerza de sí mismo y de las cosas que le rodean.

En sus períodos resuena el eco poderoso de los Andes, vibra el viento de las llanuras de la Pampa, brilla el fulgor de las olas de este mar dulce, que se llama el Plata: usted siente el color local , ve los objetos lejanos al través de los vapores que circundan a su país; hay en sus páginas un olor y un sabor argentinos, que en otras páginas en vano he buscado.

Usted enseña, en fin.

Enseña a los jóvenes que se ocupan de estudios, que aquí existe una poesía, sin drama, una naturaleza especial; que aquí se opera una transformación, que es todo un mundo nuevo; indica y hace pensar que este grande progreso quedará reconocido e inconcuso cuando con el ejemplo de usted se haya levantado una literatura patria que lo pinte, lo analice, lo exalte y lo sancione.

Es usted, en fin, el precursor de una escuela nueva. Y no me diga que soy entusiasta, porque lo quiero a usted: yo le digo lo que pienso, muy sencillamente, y si hay entusiasmo consiste en la forma.

Tal vez, como extranjero, soy demasiado atrevido enunciándolo; pero me parece que no sólo su pensamiento es característico, sino que también en su estilo, en sus períodos, en sus frases, en sus palabras, hay algo de nuevo; es decir que usted emplea en su forma una manifestación correspondiente a la novedad de la sustancia que anima su concepto.

Por cierto, ningún togado filólogo ibérico, por más sutil que sea, puede quedar descontento del uso que usted hace de la clásica lengua de España; pero pudiera quizás, de vez en cuando, quedarse maravillado ante la extraña armonía de un período, ante el ágil atrevimiento de una frase, ante la fuerza escultural de una palabra, empleada en un sentido no común, o más amplio, o casi nuevo.

¿No hay tal vez, señor general, en su forma elegante, algo que representa una mutación querida y consciente en la misma estructura de la lengua?

La lengua, según creo, es la manifestación hablada de un gran pensamiento orgánico que comprende toda la vida de un pueblo ; y hasta que ese pensamiento no se desorganice, la lengua, con el ir y venir de nuevas ideas no cambia, como ha sucedido en Europa, donde los idiomas modernos, con el progreso de las ciencias de la filosofía, no han cambiado sino que se han enriquecido.

Pero aquí el pensamiento se transforma, aquí el pueblo, este gran factor de idiomas, es multicolor, vario, polilingüe; aquí, los elementos naturales y morales entretejen, alrededor del antiguo español, una lucha de la cual va a salir renovado y ciertamente más lucido.

Esta transformación no será tal vez tan acentuada, como las otras que podemos estudiar, pero será más breve; no será oscura y casi indescifrable, como las que se operaron en Europa, al través de las tinieblas de los tiempos bárbaros; será, al contrario, consciente, querida,

estudiada; formará un día parte gloriosa de la corona de un pueblo, que aquí de todas partes se ha reunido al trabajo, que aquí ha alcanzado el bienestar, reportando un triunfo de los más altos que señale la historia.

Así lo creo.

Pues bien, los futuros descendientes no sólo indagarán con cariño en estas sus conversaciones, el antiguo perfume de la patria, el carácter de la antigua vida nacional, no sólo se reirán y llorarán con usted a sus mil recuerdos; sino que los sabios estudiarán con cuidado en sus libros el principio de esta evolución -a sus ojos más patente que a los nuestros-, el indicio de aquella elasticidad y de aquella mutación de la cual usted, con su nueva forma, da el primer paso, con tanta energía.

De los presentes, nada le digo.

Si yo, extranjero, sigo con tan ardiente interés sus libros y sus escritos, ¿qué debe ser de aquellos cuyo corazón y cuya memoria tienen que palpitar junto con usted en sus dramas vivientes?

Yo, desde que le conocí en Roma, hace nueve años, he leído siempre ávidamente todo lo que usted escribe.

No sé si usted se acuerda.

Estudiaba yo entonces filosofía, y mi alma se estaba abriendo a la vida: me hice su compañero constante, interesándome también y mucho en sus mil originalidades; devoré su libro de viaje a los indios ranqueles, y por fin iba todas las mañanas a su casa, para leer lo que usted quería hacerme leer, para gozar de su conversación siempre nueva, variada, maravillosa.

Ahora, después de nueve años y aquí en Buenos Aires, vengo lo más a menudo que puedo, hasta cansarlo -espero que no- a la calle de Lavalle, a golpear su puerta, para oír leer por usted mismo su última causerie , la que está todavía sobre su escritorio, caliente, palpitante, recién acabada de escribir.

Y no muevo los párpados, no pierdo palabra, y gozo sinceramente, usted lo sabe; porque de otro modo no se lo diría.

Y aunque yo me haya formado a mi manera una cierta filosofía -tal vez demasiado ideal- que muchas veces se rebela ante algunas crueldades de la suya, me gusta tanto su espléndido modo de narrar, que sentiría envidia, si la envidia no fuera vencida por el gran placer de escuchar y de leer.

Suyo afmo.

José Tarnassi.

Buenos Aires, junio 6 de 1889.

El señor don Pedro

Al Señor Doctor Don Benjamín Basualdo

...Il ne faut pas juger notre temps et notre pays, sur les générations qui occupent le devant de la scène, et qui tirent à elles le lumière avec les regards.

El señor don Vicente Fidel López -ya que si le digo López[1] a secas, pueden algunos imaginarse que es falta de respeto- dice, en su estudio sobre el general don Martín Rodríguez, con la sencillez erudita de su estilo de sagaz historiador, que describe como un pintor y hace ver como un escultor: que en la tertulia de Luca, no sólo se hacía política, sino que se hacía arte. Y el modo de hacer arte, lo explica agregando: que se exhibían pinturas de la niña Crescencia Boado y de su maestro Gud, que, en la inocencia del entusiasmo, pasaban por maravillas. Esta Crescencia Boado, sea dicho entre paréntesis, fue después la respetable matrona madre del malogrado doctor Octavio Garrigós y de sus hermanos Florencio y Federico.

Dice algo más López, refiriéndose al salón o tertulia de Luca -es bueno vulgarizar estas noticias-, que allí se había estrenado el Himno Nacional, que Juan Cruz Varela había recitado sus primeros ensayos poéticos y que don Santiago Wilde y don Juan Bernabé y Madero popularizaban también allí las doctrinas económicas de Adam Smith el uno, las de Campino y Campomanes el otro; y que, por último, lo que allí se decía era la expresión de lo que por más adelantado se tenía en el país; y por la iniciación de Bonpland, de Carta Molina y Fanacelli, se informaban los más curiosos tertulianos en los rudimentos y trabajos de la botánica, de la astronomía y de las matemáticas.

Rivadavia vino y con él llegaron, por decirlo así, algunos industriales, artistas o sabios, como se quiera, que pintaban mejor que doña Crescencia y conocían la economía política un poco mejor que don Juan Bernabé y Madero, que, en todo caso, podían ser consultados y oídos, siempre que se tratara de la cultura social, de lo que era de buen tono en Europa, porque sin ser aristócratas, eran gentes más o menos finas, que se habían rozado con los señores de por allá, pasando por las grandes facultades de la enseñanza literaria o científica.

Se comprende y se explica que algunos años después -bajo Rivadavia, época de gran flato de palabras; que en seguida, cuando se inicia el trastorno, creyendo el fanatismo político que el hierro es una solución, y que, bajo la misma dictadura, que trajo lo que trajo, porque los hombres mejor intencionados no vieron que otro, gobernado por la tiranía de los impulsos subjetivos, como que no había tenido la educación de ninguna disciplina, fatal y lógicamente no podía producir sino efectos desastrosos, fuese cual fuese la intensidad de su patriotismo-, se comprende y se explica, repito, que en esos tres momentos de nuestra historia contemporánea, fueran oídos, atendidos o consultados, creyendo buenas sus ideas, sus opiniones, sus consejos, hombres que, por poseer alguna ciencia, se creía y se pensaba que debían tener mucha conciencia. Hombres que tenían además ese prestigio extrínseco, no menos real por eso, del extranjero, con alguna representación, que se incorpora más o menos bona fide al movimiento social de una agrupación política, que nace a las grandes aspiraciones de la libertad y del progreso. Se comprende y se explica, lo repito, finalmente, que en vez del libro que primero se comenta en la tertulia de antaño por los que creen entenderlo mejor, aceptando sus doctrinas como un evangelio, sea el sabio o el pretendido sabio, capaz de hacer el libro, lo que se consulte, aceptando su propio comentario como artículo de fe.

Entre esos industriales, artistas o sabios, había uno de origen italiano, napolitano por añadidura, hombre incuestionablemente ilustrado, lleno de seducciones amables y de gracia, que había sido ayo de los hijos de Murat, que estaba casado con una mujer interesantísima por

[1] Como se sabe, hay un refrán español, que dice: "Ésos son otros López."

su belleza y distinción, de origen ruso, que hablaba el francés como una rusa, que es cuanto se puede decir, y que completaba el cuadro de la casa, de la situación, de la influencia y de la autoridad que en materias de trascendencia y en otros detalles de la cultura moderna, debía necesariamente tener el personaje importado a quien me refiero, que era, ni más ni menos, que el señor don Pedro de Angelis, a quien ustedes conocen de reputación.

Era éste un hombre alto, vistoso, de tez blanca, casi sonrosado, de musculatura un tanto adiposa, de gran nariz guarnecida de tumefacciones, en las que el microscopio habría descubierto mundos de infinitamente pequeños; de ojos chiquititos y hundidos, como los del cerdo; de boca grande y gruesos labios, que acusaban la lascivia, templada por una frente y una conformación craneana en la que la frenología habría encontrado, localizadas y desenvueltas plenamente, las facultades intelectuales más nobles y la idealidad; aseado hasta la pulcritud, vestía siempre con corrección, usando la gran corbata blanca de entonces, esa corbata con que ustedes habrán visto pintados a los miembros del Directorio de la Revolución del 79; miraba a su interlocutor oblicuamente, de arriba abajo, porque su talla era miguelangelesca y se movía con solemnidad, envolviendo toda su persona una sonrisa que no era irónica ni burlesca, sino desdeñosa y escéptica, y su casa era una mansión agradable, en todo sentido, por el confort, el orden y el conjunto de obras de arte, de bibelots y curiosidades de todo género, que poseía. Tomaba rapé, y estoy viendo sus gordas manos blancas con petequias, guarnecidas de uñas macizas, plebeyas, y el pañuelo de la India para sonarse, que manejaba con cierta coquetería varonil.

Yo alcancé a tratar, y aun llegué a ser amigo suyo, no obstante la disparidad de edades, al autor de los famosos Documentos sobre el Río de la Plata , al redactor de la revista políglota llamada el Archivo Americano , que era el hermano gemelo de la Gaceta Mercantil , o sea, los dos órganos más caracterizados de la época de Rozas.

Y no deja de ser una observación digna de que ustedes la tomen en cuenta, el apuntarles este fenómeno curioso: que los dos escritores más peculiares de la tiranía, más típicos, fueran precisamente dos hombres de gabinete, suaves y afables en el trato social, cortesano el uno, misántropo el otro, criollo el uno y extranjero el otro, pues eso eran de Angelis y Mariño, cuyas exterioridades no podían ser más atrayentes.

A Mariño, como a la caja de rapé de su alter ídem , lo estoy viendo también, al través de mis reminiscencias de niño, con su cara blanca, pálida, iluminada por unos lánguidos ojos negros que bizqueaban a veces, encuadrada dentro de la correcta patilla federal de la época, que no era más que la patilla rusa; la patillita a la francesa de ahora, la que usaba Dorrego, el bigote, vino después.

Y han de saber ustedes, los que creen en la historia a pie juntillas, y hasta en las historias , que Mariño, según deposición de testigos abonados, porque en tiempo de Rozas ya tenían el bigote duro, no era sólo un plumista infatigable, de carácter manso, dulce y fino, sino que era un matemático no vulgar; y esto otro, que probablemente les sorprenderá: que estuvo, cerca de año y medio, reñido con Rozas, y que no cedió, cediendo el Dictador, porque el geómetra no quería transigir con las ecuaciones indeterminadas o irreducibles del déspota.

Pero las preocupaciones son tan tenaces, que más de cuatro han de creer que Mariño debía tener una cara de Fierabrás. Hay ofuscaciones que me hacen el efecto de esas anclas enterradas en la arena: a medida que pasa el tiempo, más difícil es arrancarlas y llegan a ser un verdadero escollo.

De Angelis era conocido por el señor don Pedro. Su presencia daba siempre en los círculos la nota epigramática o amena, y yo recuerdo los dichos suyos que corrían entonces, como rasgos de espíritu, amén de otros que, siendo ya hombre, recogí de sus propios labios.

En Montevideo, me acuerdo, que estando don Pedro una noche en casa del general Guido -hallábanse emigrados-, y con motivo de algunas apreciaciones exageradas de La Tribuna de aquí, sobre los hombres y las cosas del tiempo de Rozas, me acuerdo, decía, de haberle oído decir con su dejo napolitano, que nunca perdió, e imperfecta pronunciación de la lengua castellana, que nunca adquirió mejor:

-Imaquínense ostedes qué dirá mi hermano el Cardenal, cuando lea, que io Pedro de Angelis, soy mazorquero; cuando pusque sta palabra en el Diccionario de la Academia y no encontrándola precunte y se informe y le dican que mazorquero significa, violín y violón... ¡Imaquínense ostedes qué dirá mi hermano el Cardenal!

Era don Pedro, efectivamente, el hombre de las salidas más inesperadas, de las respuestas más oportunas, y, en medio de su mansedumbre y de lo inocuo de su naturaleza, capaz de los sarcasmos más desagradables, no tanto por el prurito de decir gracias, o bons mots , cuanto por la devoción de su espíritu de partido. No me propongo describir su carácter, ni explicar un temperamento bajo su triple aspecto moral, intelectual y social. Si hubiera de describirlo, lo sintetizaría parafraseando a quien ustedes quieran, en esta forma: tenía, como casi todo el mundo, en el corazón, víboras que lo mordían sin hartarse, vanidad literaria, ambición, celos, inquietudes, deseos y pasiones.

No puedo, sin embargo, prescindir de consignar aquí un rasgo característico: aquella naturaleza tímida era en extremo vehemente y apasionada en cuestiones de política, tanto como lo era en sus afectos, en sus amistades, en sus predilecciones, en sus cariños, que concentraba a veces en sus mismos adversarios.

Es así como yo podría explicar la causa de la enemistad profunda que existió siempre entre de Angelis y Alberdi,[2] y cómo nunca dejó de ser amigo de don Pedro, muriendo éste en sus brazos afectuosos y recibiendo sus últimos desahogos biliosos en forma de epigrama naturalista, cuasi obsceno, contra la "pandilla" que eran entonces los situacionistas, entre los cuales ocupaba un lugar culminante, por sus talentos, por sus servicios y su acción activa y constante, Rufino Elizalde.

Pero sea de esto lo que fuere, y para no apartarme tanto de mi objetivo principal, y no alterar mi método -el modus dicendi , o sea la estructura literaria, que creo inherente a este género de conversaciones-, vengamos cuanto antes a lo que me propongo referirles a ustedes como un antecedente más, que les permita vislumbrar mejor aquellos tiempos, que todavía nadie ha descrito imparcialmente, como López describe los que precedieron a la gestación, a las incoherencias, excesos y aberraciones, por no decir crímenes, que llevaron a Rozas al gobierno, preparando así el terreno para tantos desmanes.

Yo estaba en Santa Fe, haciendo lo que ustedes saben; si es que no han olvidado mis confidencias referentes a "cómo el hambre me hizo escritor". Vivía a media cuadra de la plaza, en una casa de teja, de las que ya no quedan ni en Santa Fe mismo; muy fresca en verano, porque las habitaciones eran grandes; muy fría en invierno, porque el frío se colaba por todas partes. Mi ajuar consistía en lo estrictamente necesario para acostarse y sentarse. Pero andaba siempre a caza de alguien que fuera porteño (para mí, entonces, ser argentino y porteño era ser dos veces argentino), o que llegara de acá -sin que se me importara otra cosa, de su nombre y apellido, o de sus antecedentes-, para llevármelo a mi casa, hospedarlo, y, en cambio de mi puchero, darme las mayores panzadas posibles de conversación sobre las cosas de "abajo".

Cayó, pues, por allá, como vulgarmente se dice, el señor don Pedro -no había otro señor don Pedro para mí, como que en tiempo de Rozas, nadie decía de Angelis, ni Torres, sino don Lorenzo, ni Arana, sino don Felipe, ni García, sino don Baldomero, y así-, pues parece ser privilegio de ciertos nombres, en ciertas épocas, que no les apeen el don y que como una bandera más o menos respetable, cubran toda clase de mercancías.

Saberlo yo, buscarlo y llevármelo a mi casa fue todo uno.

¿Qué hacía don Pedro por Santa Fe? Ni hace al caso ni yo podría decírselo a ustedes a derechas, aunque tenga barruntos de que iba a gestionar unas tierras que le habían sido acordadas por el gobierno de Echagüe, en premio de algún servicio más o menos relevante,

[2] Pero la provocación partió de Alberdi, y no por causas políticas, síno por motivos literarios. En mis Recuerdos o Memorias está esto. Aquí no cabe; es muy crudo.

prestado a la causa que ambos defendían, causa que era, según la lengua de entonces, la Santa Federación.

Yo estaba encantado de mi huésped y él de mi hospitalidad, que no era de príncipe, sino en cuanto tenía de campechana, y tanto más de agradecer cuanto que entonces no había hoteles en Santa Fe. Estaban todavía sumidos en la holganza patriarcal de la siesta a calzón quitado, al toque de la queda guaranítica o de otro modo, jesuítica, ad majorem reproducción de la especie.

Durante la sobremesa, que era más que la mesa, hablábamos con el Señor don Pedro de muchas cosas, que ahora no me propongo referirles a ustedes. Una de ellas, la que más aliciente tenía para mí, era que me explicara ciertos actos al parecer geniales de Rozas, lo cual él siempre hacía, dejándome generalmente convencido -ahora pienso de otro modo- de que se había hecho lo mejor, de que no había sido posible hacer otra cosa, de que los tiempos eso exigían; de que el país padecía de ceguera universal, de demencia, de que la Federación era como una atmósfera vivificante y purificadora.

Filosofando, algunas veces, sobre aquel infalible espíritu de tolerancia o de aprobación, respecto del gobierno de Rozas, me he dicho: el señor don Pedro ¿me trataba como a quien no ha perdido el pelo de la dehesa, mimando mi atavismo -el que él me suponía-, o hablaba a mi conciencia concienzudamente? Y, filosofando, he llegado a esta conclusión: que no obstante las anomalías, las incongruencias e incompatibilidades, que necesariamente debían existir, entre un volteriano como él, que murió inconfeso, y un creyente como Rozas, que murió con el confesor a la cabecera, el señor don Pedro había sido un buen federal, partidario de Rivadavia ab ovo , dorreguista a posteriori...

Ustedes me harán el favor de creer que por muy plausibles que al señor don Pedro le parecieran sus explicaciones, no todas ellas me dejaban a mí convencido o persuadido, sino al contrario, con un sedimento de duda, muy desagradable, que remover. Porque, aquí entre nos, yo les confieso a ustedes que entonces asustábame un poco la doctrina del pecado original.

Sucedió, pues, que en una de nuestras sobremesas y como quien insinúa que, a pesar de lo explicado, queda cierta incertidumbre, yo le dije, bajo la impresión de un documento, diré así, que me habían regalado como curiosidad histórica, nada menos que la carta mortuoria invitando para los funerales de mi tía doña Encarnación Ezcurra de Rozas:

-Pero, ¿quién diablos le metería a mi tío en la cabeza ciertas cosas?

Y me expliqué.

El señor don Pedro me miró, y no profirió más palabra que ésta: io (yo).

Yo lo miré a mi vez como diciéndole: pero señor don Pedro, ¿es posible...?

Él sostuvo mi mirada, y se justificó de esta manera:

-Señor, aquél era un hombre tremendo; era necesario estar con él, para sentir cómo pesaba; a mí me dominaba sin que le temiera. Un día me llamó y me dico: Señor don Pedro, osté sabe la inmensa desgracia que me aflique y lo mucho que io amaba a Encarnación, io quiero que sus funerales sean dinos de mi afeto, y que osté me invente alcuna novedad... ed ... io ... inventé eso; los diablos no foeron don Cuan Manuel, fo io .

¡Malhaya los sabios que prosternan su inteligencia y sus facultades ante las extravagancias del poder ensoberbecido, que a fuerza de sentirse servilmente servido a la minute , acaba por confundirnos a todos en un sentimiento de menosprecio... afectuoso!

Ñandurocay. Tempestad y sol
Dirigido al Exmo. señor doctor don Nicolás Avellaneda

Whatever therefore is terrible
with regard to sight is sublime too...

Burke
York . Give me my boot I say; saddle my horse.

Shakespeare

¡Juancito! ¡Dávalos!,[3] mañana muy temprano, en cuanto brille la primera luz del día, me iré para Ñandurocay Potrero; quiero saber viendo con mis propios ojos, qué hacen allí, ahora que estoy lejos, cuando no me esperan, persuadidos de que no volveré... Son quince leguas... mi bayo está fuerte aún... no hace mucho calor. Iré solo -con Gómez-, nada digan; puedo cambiar de determinación... y no quiero que me crean fatigado.

Una vez en camino, no hay secreto que guardar. Me esperarán ustedes a comer... con una buena mazamorra, mbeyú[4] y chipá[5]

Si no estoy a la hora, no me esperen. Pero estaré de vuelta, seguramente, sí, sí. A ver: siete leguas largas de ida, siete de regreso son 15; media hora con Otero, en Ñandurocay Potrero; otra media en Bolascuá; dos paradas, una a la ida en el Rancho de Copello, de diez minutos; otra de cinco en la Vaquería al volver, sí, sí, es matemático, a las cinco, a más tardar, estoy aquí... Bien pisado, Juancito, el maíz para la mazamorra, doradito el chipá , poca grasa en el mbeyú ... ¡eh!, Benita[6] es maestra... conque, mis amigos... ¡Chit!

-¡Gómez! ¡Gómez!, prepara mis botas largas; ¡sebo en las costuras! bien puesto; doble ración al bayo y a tu mula, ¿me entiendes? y un poco de sal en los morrales... café y azúcar en las alforjas chicas; nada más, todo listo para mañana muy temprano... saldremos al aclarar... recoge ya, ya, los animales del pastoreo; no olvides la calderita, ni los chifles[7] agua en uno, cognac en otro... si no lo hay, caña... cigarros... ¿qué más? muchos cigarros... ¡ah! y tu rifle... repasa mi revólver y revísalo con cuidado, ¿entiendes?

No me esperan, decididamente no... El trabajo es como la guerra; hay que deslumbrarlos con prestigio de fortaleza y de velocidad.

¡Eterna comedia!

Parece que el tiempo se descompone.

¡Tiempo y mujeres, sois iguales!

Cambiáis cuando menos lo esperamos, o cuando más necesitamos que haya bonanza y luz...

Sí, no hay duda, parece que lloverá... ¿y mi viaje? ¡Eh! sólo Juancito y Dávalos lo saben, ¿qué importa quedarme entonces?, ¡Quedarme! después de haber dicho que me voy... ¡No! ¡No!

Interroguemos otra vez los cielos...

¡Los cielos!... azules, negros, límpidos o encapotados, son falaces como ojos de mujer. Imposible penetrar sus misterios. Cada punto del éter, como sus pupilas, entraña una tempestad preñada de rayos martíferos, que estallan de improviso en hora menguada.

---

[3] Juan Godoy, argentino; Bernardo Dávalos, paraguayo.
[4] Mbeyú: torta de harina de mandioca con un poco de grasa, hecha al calor de una olla.
[5] Chipá: pan de harina de mandioca, o maíz, con huevo, leche, queso, hecho al horno, o al rescoldo.
[6] Señora de Urdapilleta, comisario especial del gobierno, solicitado por mí.
[7] Cuernos en que se lleva de beber.

Interroguemos el horizonte... allá, detrás, donde se pone el sol... El sol en el vacío es como la conciencia, en las tinieblas de nuestro complicado ser.

Él no miente jamás. ¡No sé cómo conciencia tiene género de mujer!

¡Qué veo! barra de nubes al poniente pegada al mismo horizonte... ¿Qué viento sopla?... ¡Sueste! ¡y el sol se pone! Son signos seguros; lloverá. ¡Malhaya!

Los cielos están toldados, negros como el alma de Ahrimán, dios del mal absoluto; el termómetro no baja; la atmósfera está cargada de electricidad; relampaguea al sueste; antes de media noche lloverá a cántaros. Es infalible.

Acortemos las horas leyendo...

-¡Gómez! ¿Está todo listo?

-Sí, señor.

-Dame ese libro... el otro... aquél también... todos ésos, ¡vete!, despiértame, si no llamo antes de las doce; que no se duerma el rondín.

¿Y mis sábanas y mis cortinas y mis almohadas y mi colchón mullido y mi lámpara refulgente, dónde están? ¡Miserable! ¿Echas de menos eso? ¿Se necesitan acaso semejantes superfluidades para ser feliz? ¿No oyes roncar en paz a tu alrededor a los que jamás las conocieron?

El viento amaina... truena... llueve... ¡Las ocho recién! ¡Eternas noches! ¡Eternas! Leamos.

A ver: The Gold Field in Australia -¡Estoy harto!

Simonin: L'or et L'argent - J'en ai jusque par dessus les oreilles!

Montoya: Metalurgia - ¡Vade retro, señor Montoya!

The underground -¡Fuera fantasías!

Grandeza y decadencia del Imperio Romano -Mi compañero inseparable; ¡esta noche no!

Shakespeare: King Richard II .

> How quickly nature falls into revolt,
> When gold becomes her object.

No; no quiero esto ahora, mi maestro.

The Tempest : ¡Eureka!

¡A mí! ¡Calibán! ¡Trínculo! y, tú, ¡Esteban! ¡juglar borracho!

¡Horror! tampoco... "huele a orines de caballo". Esta bruja es asquerosa; "Sicorax, me espanta. Me dormiré amedrentado, si sigo pensando en murciélagos, sapos y alacranes, y soñaré que el MONSTRUO seduce a la VIRTUD. ¡Hija mía![8] ¡Te adoro!"

Necesito reposo.

-¡Señor, las doce!

"¡Hola muchachos! ¡ánimo! ¡ánimo! ¡moveos! ¡Aferrad esa gavia! ¡Atención, a la bocina del capitán! ¡anda! ¡sopla tú hasta que revientes, si hay lugar bastante!"

-¡Las doce, señor! ¡Las doce!

-¡Ah, Gómez! Sí, soñaba con la tempestad... Dame mis botas, ensilla mi caballo. ¡Pronto!, sin ruido, que no quiero que me sientan... Podrían imaginarse que deseo que me detengan. ¡Cómo llueve! ¡Caen mares de agua; qué relámpagos, qué truenos!

Arden los cielos... Caminaremos al fulgor de esas luces fatídicas.

-Todo está pronto, señor...

[8] Es menester leer el drama The Tempest , para comprender la alusión.

-Pues a caballo. Cubre tu rifle; marcha adelante; entremos en la picada;[9] te sigo... ¡despacio, no veo nada, ni tu sombra!

¡Qué pavorosa oscuridad!

¡Oh, mi Pampa! ¡mi ancha y abierta Pampa! Mi Buenos Aires - City of the soul! -, ¡Patria mía!

¡Alto! ese arroyo es muy encajonado, debe tener mucha agua y correr con gran velocidad. Apéate, cubre el recado, cincha tu mula bien. Vamos, nadaremos un poco, quizá; y si nos ahogamos, ¡le deberemos un gallo a Esculapio!

Estamos del otro lado...

Ha cesado la lluvia, ya no relampaguea; las tinieblas son mayores. ¡Cuidado!, no yerres la senda que cae a la picada, siempre a la izquierda...

¡Y faltan ocho picadas aún!

Caminamos...

La naturaleza parece sumida en un letargo sepulcral. Diríase la noche precursora del día del juicio final. Veo espectros... todo abultado... y a cada instante se me figura que la rama de un árbol, hecho trizas por el vendaval, quisiera azotarme el rostro, como al MALDITO perseguido por la FATALIDAD y fustigado con proterva mano.

Brillan algunas pálidas estrellas...

Está todo anegado. Nos hundimos en un fango espeso. Afortunadamente amanecerá pronto.

¡Luz, origen de toda vida! Ya te acercas...

¡Salud!

-¡Alto, Gómez!

Desembocamos en Ñandurocay Potrero.

Es una abra pastosa, que se extiende hacia el oriente como marcando el rumbo al Salto de Guairá. ¡No tener alas!

La tempestad ruge otra vez atrás...

Habrá una lucha de titanes entre oriente y occidente...

Nubes colosales, que como montañas arrancadas de sus quicios inamovibles recorren el espacio atropellándose, vienen del poniente, bramando con furia infernal, entre relámpagos ondulantes y angulosos, que se suceden sin interrupción; en tanto que al naciente tíñense de rojo los verdes y enhiestos picos del cerro Maracayú.

Las sombras y la luz avanzan en opuestas direcciones, como disputándose el imperio de la tierra y del cielo.

Serpentea horizontal y perpendicularmente el rayo ¡¡ESTALLA!!; siento sus efectos químicos y fisiológicos, náuseas, parálisis, sordera instantánea... los animales se empacan...

El peligro ha pasado...

¡Sol! ¡Sol! ¡sube! ¡sube!

Quiero ver tu disco de fuego sobre la montaña.

¡Cuánto tardas!

¿No ves los estremecimientos de la tierra que te pide amparo, después de una noche de horrores?

Estoy en el centro de Ñandurocay Potrero; entre el sol que sube, trasmontando las alturas, y las nubes que se acercan, cada vez más, a medida que se elevan a los cielos con imponente majestad.

[9] Camino estrecho en los bosques; lóbrego, aun de día.

La batalla es inminente.

-¡Victoria por el sol!

¡Un arco iris, dos... tres... uno casi invisible!

Me detengo, me suspendo sobre los estribos, alzo los brazos, saludo a la madre naturaleza y me desposo con ella, escribiendo en mi cartera: 20 de julio de 1878, mañana inolvidable.

¡Parece increíble!

¡Recién me di cuenta entonces de una impresión indeleble que dormitaba en mi memoria; recién en aquel instante comprendí lo que significaban la pobre descripción y la lámina más pobre aún que, recorriendo en mi niñez las páginas de EL INSTRUCTOR, tantas veces había visto!

Estoy hablando del Desposorio del Dux de Venecia con el mar, ceremonia anual con que la República solemnizaba su grandeza y poderío, identificándose con las aguas del Adriático.

¡Qué bello estará el día! -me dije, y animando a mi bayo con la espuela- ¡Marchemos! -le grité a Gómez.

¡Ilusión! no habrá paz perpetua en la tierra, ni en los cielos...

Apenas subí a la falda del primer doblez del terreno, saliendo de Ñandurocay Potrero, la batalla empezó de nuevo y en este segundo choque venció la niebla.

Era completamente de día, cuando llegaba al rancho de Otero, y sin embargo parecía de noche. La derrota del sol había sido total... En Bolascuá no me esperaban -¡qué me habían de esperar!-, y sólo el cocinero no dormía... Los duelos con pan son menos.

Lo demás no interesa...

A las cuatro y media estaba de regreso en Terecañí .

¡Qué rica mazamorra!, ¡qué buen mbeyú !, ¡qué excelente chipá !

¡Pobre mi bayo; pobre la mula de Gómez! Cómo husmeaba en el bosque el rastro fétido del tigre.

Te ha gustado El Sigú , mi querido Avellaneda, y me has pedido una página parecida sobre la salida del sol en Ñandurocay Potrero.

Ya tienes lo que querías.

No eres Delfín , aunque tocas al fin...

Puedo, pues, decirte sin adulación palaciega, poniendo por las dudas entre paréntesis (Honni soit qui mal y pense), como La Fontaine al príncipe, al dedicarle sus Fábulas :

> Si de vous agréer je n'emporte le prix
> J'aurai du moins l'honneur de l'avoir entrepris.

¡Ah!, si la ardua y estéril tarea de gobernar hombres te permitiera, de vez en cuando, sustraerte del bullicio metropolitano, recogerte temprano, dormir en paz (!), levantarte al alba y solo, sin más compañeros que tu conciencia y tu Dios, pudieras ver salir el sol en el desierto, ¿hasta qué esferas luminosas del pensamiento no se remontaría tu mente privilegiada en alas de potente inspiración, robustecida por las energías inesperadas de tu estilo magistral?

-¡Gómez! "Dame mis botas y ensilla mi caballo"... quiero volver cuanto antes a Ñandurocay Potrero.

¡Apacible o colérica la madre naturaleza, es sublime aquella soledad!

Fare thee well!

La odisea de una vocal

Al Señor don Carlos Guido Spano

Yo vivo como la mayor parte de ustedes: salgo y entro, como y duermo, trabajo, paseo, hago todo lo posible para no aburrirme y no echar a perder la vida, y, por regla general, me recojo temprano, es decir, que rara vez oigo dar las doce de la noche en la calle.

Cuando entro, me esperan verdaderas montañas de libros, de folletos, de revistas en varias lenguas, de diarios, ídem , ídem , de cartas, de tarjetas, y de anónimos desagradables en cuanto son ofensivos, insultantes, injuriosos. Y aquí confieso que es un gusto extraño y que no entiendo el de escribir sin firma... ¡eh!, hay gustos que merecen palos.

A esa hora, y no pudiendo hacer como Napoleón, que algunas veces no leía su voluminosa correspondencia, dejando que el tiempo la contestara a sí misma; que otras veces le pegaba un manotón, según cuenta Alfredo de Vigny, que fue su paje, echándola a rodar para leer sólo aquellas cartas que no cayendo al suelo tenían la fortuna de quedar sobre la mesa[10] (de ese azar dependía la suerte de muchos infelices), a esa hora, decía, yo me entero... desenvuelvo los libros, los folletos, renegando siempre de los que no están cortados; reviso las colecciones de diarios, renegando también de las que vienen atadas con cables ; echo una ojeada sobre las tarjetas, y me decido, por fin, a pasar el Rubicón, que, como ustedes habrán ya caído en cuenta, consiste en abrir las cartas y leer.

¿Y qué otro remedio cabe?

No puede uno encerrarse en su egoísmo. Hay que ser servicial, atento, comedido, pueden ustedes leer hasta generoso también, pero sin hacerse muchas ilusiones respecto de la humana gratitud. El bien debe ser una satisfacción sin esperanzas de recompensa.

Yo les exigiría, sin embargo, dos cosas principales a los que piden, a los que preguntan, a los que esperan una contestación siquiera. Primero: que fueran breves; segundo: que fueran claros.

¡Pues no hay gente a la que se le ha metido en la cabeza que escribir con letra detestable es signo característico e infalible de capacidad!

Bueno... pagando yo mi tributo, hago lo que ustedes; después de enterarme... contesto por mí y ante mí, de mi puño y letra, lo fácil, lo sencillo, lo corriente, antes de recogerme; y lo que no tiene esas circunstancias, lo de más aliento, lo que necesita cierta atención o meditación, lo dejo para el día siguiente, por la mañana, y no lo despacho sino después de un acuerdo previo con mi secretario, escribiendo y dictando simultáneamente, algunas veces. ¡Así suelen salir las cosas que ustedes leen!

Sucedióme, pues, el otro día, la otra noche, mejor dicho, que antes de acostarme, contesté a una tarjeta que decía... (el nombre de pila y el apellido imitan litográficamente la letra cursiva)...

Saluda al general Mansilla, y aunque algo tarde, le es grato remitirle unos versos, menos que por su valor intrínseco, por representar una atención debida.

Contesté, decía, más o menos lo siguiente:

Saluda, y agradece el envío de los versos, que leerá, teniendo presente lo que de la tarjeta se desprende: que más vale tarde que nunca.

[10] Esa mesa se muestra, como una curiosidad, en el castillo de Fontainebleau. Es una mesita redonda, pequeña; tendrá una vara de diámetro.

Y tomé el pequeño volumen y lo puse a la cabecera de mi cama, sobre la mesa de noche, diciéndome interiormente: Leeré esto después, mañana.

Versos , decía la tarjeta. Era inútil ver el título para saber qué contendría el volumen.

Pero lo cómico fue lo que pensé después de meterme en cama, de ver y de mirar, sin querer, el libro, todo ello debido a una aberración de recuerdos, a que había olvidado las impresiones de la comida dada a Joaquín V. González por sus amigos.

¡Sea todo por el amor de Dios!, fue algo de lo que pensé.

Otra mujer, ¡literata y poetisa!, ¡y argentina, por añadidura, al parecer! ¿Cuándo se convencerán nuestras familias que en América es precario el porvenir de las literatas, y que es mucho más conducente al logro de ciertas aspiraciones que escribir con suma gracia, saber coser, planchar o cocinar? ¡Y cuándo se fundará un gran establecimiento de Educación en el que estas cosas se enseñen científicamente bien! ¿O son de poco momento, cuando nueve décimas partes de los disgustos del marido con la mujer provienen de que le falta un botón a la camisa, que ya tiene más almidón que el necesario y de que el puchero está aguado, y el asado ahumado?

-¡Con tal de que los tales versos no sean indigestos!... concluí, por vía de consolación, teniendo que leerlos bon gré mal gré , y que decir algo sobre ellos, so pena de pasar por descortés, ¿o no era toda una señora poetisa quien me los dirigía?

Me dormí, y como ustedes, me desperté al día siguiente y expedí mi correspondencia, mandando una parte al correo y la otra directamente.

Cuando mi secretario llegó no había hojarascas, quedaba sólo lo importante, lo interesante, aunque esto no sea más que uno de tantos modos de hablar; y como de costumbre, antes de poner manos a la obra, cambiamos algunas ideas y noticias sobre lo que yo había hecho solo, por mí mismo, y él por mí, la víspera, y, cambiando esas ideas y noticias, llegamos a este capítulo:

-Ahí me han mandado unas poesías.

-¿Quién?

-Una mujer, que ni sé yo cómo se llama ahora ... Por ahí anda la tarjeta... mañana se la mostraré.

Siéntese, escriba, que estoy de prisa... que es algo tarde.

Ya he contestado yo de mi puño y letra... lo menudo.

Esa noche, estando ya en cama, y siguiendo la regla de no dejar para mañana, para ese mañana que nunca llega (para algunos) lo que se puede hacer hoy, y con no poco desgano, empuñé el susodicho volumen y la primer cosa que vi, fue esto:

POESÍAS

Y... nada más.

¡Poesías!, ¡qué cosa tan rara! pensé, abismándome en profundísimas reflexiones, que una mujer, que una poetisa, sea tan sucinta que no haya escogitado algún título archisentimental o abracadabrante como Espinas o llagas del corazón o Los últimos lamentos del alma acongojada y que se limite a eso: ¡ Poesías , y nada más!

Aquello ya era una manifestación de buen sentido; porque, por más que la cosa parezca de poco momento, el título ha sido siempre un escollo, y si no, no hay más que ver lo que han escrito Plinio el viejo y Aulo Gelio sobre la materia, y el ridículo en que han caído algunos autores, nada más que por sus títulos , como verbigracia La lámpara de San Agustín y las despabiladeras de esta lámpara (Lucerna Augustiniana, emunctorium lucernæ) , por el teólogo Froidenmond o Fromond; La alfalfa espiritual para los borregos de Cristo , por el P. Claset, etc.

Confieso que aquello me predispuso.

Ojeo, y en la segunda página y sin necesidad de cortar, me hallo con esto:

"Al chispeante escritor argentino, general don Lucio V. Mansilla."

¡Oh, inefables seducciones del elogio! ¡Y cuán cierto es que más se hace con miel que con hiel!

¡Chispeante! ¿yo, yo mismo?

¡Qué mujer tan inteligente!, ¡qué poetisa tan inspirada!

Mañana mismo mi secretario irá a verse con ella, como cuestión previa.

Y tomando la plica para aplicarla y cortar, antes de leer, para no tener estorbos, a fin de ver la chispa, de quien chispeante me hallaba, corto y corto, y cortando leo en una página nítida, comme un point sur un i:

"Al doctor Aristóbulo del Valle."

El autor. (Nada más.)

¡Infiel! -pensé-, mujer habías de ser. También lo habrás encontrado chispeante y donoso a Aristóbulo.

Seguí, sin embargo, cortando, hasta llegar al índice, y una vez aquí, leo: "Carta del señor J. J. García Velloso."

-¿Qué es esto!... ¡También con García Velloso! y él con su donaire y su inspiración felices, le habrá hecho sus requiebros.

Y el índice sigue "Al lector", y luego "Mis amores".

Y va a contárselos sin ambages, como Jorge Sand escribe su Histoire de ma vie , al egregio poeta Calixto Oyuela (otro con quien, quién sabe qué habrá tenido), prorrumpiendo así:

¿Cuál es el corazón que no ha sentido,
Una vez, por lo menos, en la vida
Redoblar su latido
Al dulce arrullo de una voz querida?

¡Desde Eva la inocente pecadora,
Hasta Ninón, la alegre cortesana,
La belleza inmortal, como una aurora,
Ilumina y colora
Con sus destellos la existencia humana!

-¡Ah! esta mujer es un monstruo. ¿De cuándo acá las mujeres cuentan sus amores? Ellas se limitan a engañarnos, y nosotros a lamentarnos confidencialmente.

Pero lo de "Al chispeante escritor argentino" zumbaba en mi cerebro, y me predisponía a todas las indulgencias con los amores de mi poetisa.

-¡Desgraciada! -me decía-, ¡en qué manos habrás caído!

Y pensaba, como ella misma con tanto colorido lo decía:

Esta morocha, a quien la muchedumbre
Consideraba un ángel por lo bella
Era la fiel imagen de la estrella
Que nunca da calor, por más que alumbre.

Revuelvo el libro, casi lo estrujo, corro las hojas, leo acá y acullá, a salto de mata... mi sorpresa crece...

Esta mujer es un demonio -exclamo- ¡y qué alma tan varonil tiene! Parece macho.

De repente doy un grito, me tiro de la cama, corro, voy a la canasta de las tarjetas, busco febrilmente... y hallo...

¿Qué creen ustedes?

Una cosa inaudita...

Yo había tomado a un hombre por una mujer.

Y la cosa no tenía remedio, no había explicación ni excusa posible. No me quedaba el refugio, el expediente banal, de echarle la culpa a mi secretario; porque yo mismo, con mi propia mano, con mi propia letra, me había dirigido a la señora doña Dominga de Martinto.

Pues a él, no a ella, yo le digo aquí dos cosas: que sus versos son, en efecto, poesías; y que me haga el favor de cambiar sus tarjetas, recibiendo públicamente con mis excusas, -por tamaña distracción-, mis agradecimientos, mis más sinceras felicitaciones por su talento, no menos simpático que su inspiración.

Ciencia

Al Señor Paul Groussac

Nosce te ipsum...

El título es pretencioso.

Convenido.

De algún tiempo a esta parte, estoy reñido con la modestia.

Heme apercibido, un poco tarde quizás, de que la gente modesta no hace mucho camino; y como nunca es tarde cuando la dicha es buena, propóngome, de hoy en más, cambiar radicalmente mis reglas de conducta y mi actitud.

Lector: echad una rápida ojeada a vuestro alrededor y veréis que exhibirse tiene sus ventajas.

Leed la historia e igualmente veréis que siempre que alguien se presenta con cierta audacia insolente, diciendo: "Yo sé, yo puedo", hay más de cuatro que creen y otros tantos que se estremecen o tiemblan.

Aquí, entre nos, convengamos en que César, Mahoma y Napoleón fueron des grands poseurs ; a tal extremo que si César no hubiera sido dandy, Mahoma buen mozo, casi bello, y Napoleón un trigueño simpático; que si el primero no hubiera sido agudo, el segundo sentencioso, y el tercero grave, es más que probable que don Julio César no hubiera sido otra cosa que un calavera de buen tono, Alí Mahoma un comerciante rico, y monsieur Napoleón un mocito taciturno y enamorado.

Pero ¡cuidado! Que no sean todas muecas y contorsiones.

Es menester tener el resorte poderoso de una convicción, una especie de fe ciega en sí mismo, algo como una presciencia de los resultados de la cosa que se desea; y por supuesto, una cierta dosis, aunque sea muy pequeña, de eso que llaman buen sentido. Es incalculable lo que este ingrediente, tan poco usado generalmente por los políticos, hace como quien dice, al caso, cuando se trata de una empresa cualquiera.

Yo comprendo que el capital sea aventurero, arriesgado y que tome en cuenta, al echar sus cálculos, el coeficiente de la fortuna. Pero que así procedan los que no tienen más capital que su persona, no me parece, francamente, propio, no digo de un hombre de buen sentido, siquiera de un hombre que tenga sentido común.

Nuestros paisanos explican todo esto que yo voy diciendo, con una metáfora muy apropiada, que no es para señoras -de manera que al llegar aquí, las que me vayan leyendo deben saltar unos cuantos renglones-, cuando dicen, viendo a alguno afanado en una cosa para la que no le da el naipe: ¡qué!, señor, si el hombre se vuelve puras posturas, y se está guasquiando al cuete.

Me doy por aludido, y midiendo las proporciones materiales del apólogo, pienso que he dicho lo bastante para empezar.

Entro, pues, decidida, seriamente, franca y verídicamente, en materia.

¡Ciencia! reza el epígrafe. Sí, mas no ciencia en la acepción estricta de la palabra, ni aún en la acepción lata, sino simplemente en cuanto ella implica esto, que es muy sencillo: Saber algo, y no algo técnico, sino simplemente también algo de uno mismo.

¿O no hay muchas personas que ni noticias tienen de sí propias?

El caso es que yo suelo conversar con mi alter ego. Largos y entretenidos diálogos son los que tenemos a veces.

Mi alter ego es el otro, que está dentro de mí.

Supongamos, verbigracia, que Lucio V. Mansilla sea la bestia, y el otro mi alma o mi conciencia.

Los diálogos suelen pasar así:

- La conciencia: Señor don Lucio V. Mansilla:

¿Y qué tal?, ¿cómo vamos?, ¿qué ha hecho usted hoy día, este mes, este año?

- Yo: ¡Eh!, muchas necedades: no me avergüence usted.

- La conciencia: ¡Bien! Procure usted no incurrir en lo mismo.

- Yo: Procuraré hacerlo, aunque Shakespeare dice: que el hombre es incorregible y porfiado como el gato.

Decía que así, por el estilo, son mis conversaciones y no hace mucho tiempo, agrego ahora, que andando allá por esos mundos de Maracayú, tuve una muy seria, que resumiré como sigue:

¡Es singular cosa! Yo sé sumar, restar, multiplicar y partir; poseo los elementos de algunas lenguas vivas y muertas; conozco algo el derecho, no hablo del lado derecho de las cosas -sino del derecho que tan bien conocen los abogados, cuando con las mismas, mismísimas razones, ganan o pierden un pleito-; ¡ah!, se me olvidaba, sé escribir (la letra es mala, eso sí) correctamente y con propiedad, poco más o menos como una de nuestras señoritas bien educadas, las cuales tienen más gracia que ortografía; medio entiendo de física, de química, de geología, de algunas otras ramas de la ciencia, terminadas todas en ía , como filosofía, y hasta no me quedo con la boca abierta cuando oigo hablar de Numismática, por ejemplo; he viajado, he sido dependiente de casa de comercio, he sido secretario y subsecretario, que aunque parezca menos es más, diputado, minero... y vean ustedes lo mejor que se me quedaba en el tintero, he sido redactor de muchos diarios (¡maníaco!), y ahora me parece que soy militar...

Y ¿cómo es entonces que no me ha ido mejor?

¿Qué me falta?, ¿qué me sobra?

¿Estoy o no bien equilibrado?

De esa manera proseguía yo.

A ver. Hagamos, como quien dice, una filiación.

Salud: Robusta.

Edad: La del margen.

Estado: Racional (soy casado).

Genio: Reactivo (me enojo con facilidad, pero luego no más me compongo).

Señales particulares: De buena familia.

Patria[11]: Buenos Aires (es decir autonomista).

Profesión: Erudito a la violeta.

Pues, señor, ¿qué me falta?

¡Caramba! Yo soy un hombre completo.

Mientras tanto, otros hacen mucho más que yo con mucho menos capital, y muchísima más pereza.

¡Qué diablo de cosa!

Y no daba en bola.

Afortunadamente, no hay en este siglo escrutador problemas insolubles.

Van ustedes a tener una prueba de ello.

En una de mis pasadas expediciones, la tercera, tomé un baqueano paraguayo.

Ya se comprende que debía ser un paraguayo cué ; un hombre retrospectivo o del tiempo de López, es decir, un hombre con sentidos dobles, que oía con los ojos y veía con las orejas,

[11] En otro tiempo, cuando había pasaporte en las catorce provincias argentinas, teníamos catorce patrias; y vean ustedes cuán caro hubo de costarnos esa costumbre de confundir el contenido con el continente.

que olfateaba con la lengua y gustaba con las narices, que caminaba como por sobre huesos, temiendo que la tierra se lo tragara, y no de frente y derecho, sino describiendo círculos concéntricos, como un trompo para espiar todo y espiarse a sí mismo, chemin faisant.

Y, efectivamente, tal era el hombre.

Agréguese que era persona leída y escribida, que conocía la epacta mejor que yo y que el lector quizá; que sabía bastantes otras cosas, como medicina casera, y que era incapaz de hacer mal a nadie.

En una palabra, Ibáñez, que así se llamaba, era un hombre bueno y honrado a carta cabal. No; lo de cabal está mal puesto, porque tenía un hijo natural. De consiguiente, demos por no escrito ese adjetivo.

Encontréme en mi último viaje con el hijo de Ibáñez, y preguntándole por su padre, tuvimos esta conversación.

-Si yo ya no ando con mi padre, señor.

-¿Cómo así?

-Sí, señor, trabajo solo.

-Amigo, ha hecho usted mal.

-¡Qué! señor; mi padre vino a que trabajáramos un yerbalito aquí; estuvo en él un poco, y después puso un negocio para los indios, que son muy tramposos (parece que estos caballeros tienen la misma reputación en todas partes); en seguida se fue para abajo, por tierra, y se vino para arriba en una chata vacía, diciendo que iba a trabajar un yerbal grande, en el Jejuimí; de allí se fue para el Jejuiguazú, a ver otro yerbal más grande, que decía que era mejor; a los pocos días se volvió para hacer una sementera de maíz, en Itanará, y despachó la chata sin carga ; y ahora me ha escrito de San Pedro, diciéndome que se va para la Asunción, donde tiene un amigo rico, con el que va a arreglar un negocio muy lindo, y... señor coronel.

Mi padre es hombre que sabe mucho, señor... y a mi me parece, señor, que por eso le va tan mal en todo negocio que emprende...[12] más bien le estorbo, señor... porque yo, señor, cuando agacho el lomo, ¡de ahí no me muevo!...

E inclinó la cabeza y medio cerró los ojos, como un hombre que hace cuentas de memoria, y en cuya expresión tranquila se puede leer que en su interior se dice: justo, eso es, sí, está bien.

Y yo me quedé pensando en el único hijito varón que tengo, en Rin-Rin, que Paul Groussac conoce; y como el acto intelectual de pensar en mi hijito tenía que ser generador de otros pensamientos, pensando en mí, me acordé de algunos de mis semejantes, que se parecían a Ibáñez, y esta asociación de ideas me hizo ligar una porción de antítesis, entre ellas: LITERATO-ARRIERO.

Paul Groussac ha andado traficando en mulas, últimamente.

Le ha ido mal.

Si escribiera un libro sobre cualquier cosa, haría un libro excelente y bello.

Epílogo

Es mejor tener talento que ser instruido, y por si esto fuera discutible diré: que más que el talento y más que la instrucción vale, para las cosas prácticas de la vida, el buen sentido.

Sólo le reconozco un competidor ¡y qué competidor! tremendo, formidable: ¡la suerte!

[12] Esta Causerie tiene muchos años. El autor reproduce con otros detalles esta misma escena en la titulada la Lección del paraguayo Ibáñez , lo que prueba lo que hemos observado antes, la persistencia de sus recuerdos, o el convencimiento de la "moralidad" que deriva de sus observaciones. La Causerie Júpiter es también una variante de otra reminiscencia.

Fin

Groussac amigo:

Si vuelves a negociar en mulas (no hagas nunca negocio con bestias) pido para ti ambo, terno, cuaterno y lotería, de lo contrario, no creeré en los resultados.

¿Qué quieren ustedes? Estoy con humor de creer que Ibáñez, Groussac y yo, nos parecemos, y que Groussac y yo corremos el riesgo de que nuestros hijos legítimos nos juzguen algún día como el bastardo a su padre.

Rin-Rin mío: suerte te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale.

Baccará

A los señores Benito Villanueva y Enrique Quintana

I

Ustedes, como lectores, se parecen a Mérimée, como escritor; me refiero a la mayor parte de ustedes; en todo caso me refiero a los que, si tuvieran que escribir un prefacio sobre una crónica cualquiera, escribirían esto:

"No me gustan, en la historia, sino las anécdotas, y entre las anécdotas, prefiero aquellas en que me imagino encontrar una pintura verdadera de las costumbres y de los caracteres de una época dada."

Yo pienso que pensando así, ustedes piensan bien, y que demuestran tener buen gusto literario, como demuestran tenerlo los que prefieren a la rima rica la rima suficiente ; a no ser que ustedes pretendan, siendo mucho lo que admiran a Víctor Hugo, que él hace mejores versos que Racine y Lamartine, o que Góngora y Quevedo los hacían mejores que Núñez de Arce.

A la verdad, y con todos los respetos que ciertos historiadores nos merecen, ¿no es cierto que son muy fastidiosos, y que sin perder en el concepto de la masa general de sus lectores, harían bien en darles a sus libros ese incentivo que yo encuentro en los Souvenirs de Mme. de Caylús, por ejemplo, incentivo que es a la historia, lo que el claroscuro a la pintura?

Hecha, pues, esta especie de profesión de fe literaria, quiere decir que yo debo creer que ustedes se entretienen siempre que leen alguna historieta, o cuento, o anécdota, o chisme donde figuran personajes conocidos, aunque esos personajes no sean Julio César, Napoleón, Cavour o Bismarck, sino vuestro afectísimo amigo en la humanidad, es decir, el que suscribe.

Voy, pues, entonces como anticipo a mis Memorias o Recuerdos , a contarles a ustedes en un capítulo, cuyo título no ha debido ser el del membrete, sino uno cervantesco, verbigracia: "En donde se refiere de cómo un caballero falta a su palabra de honor, lo mismo que un bellaco", voy a contarles a ustedes, repito, que yo he hecho eso.

Y contándoselo a ustedes pago la deuda -no de juego- de conversación, que contraje el año pasado en la puerta del Jockey Club .

Me refiero a Enrique Quintana y a Benito Villanueva, dos tipos a cual más simpático.

Y les prevengo a ustedes que yo no empleo la palabra tipo como la emplean los punguistas , los compadres, o los caballeritos de highlife , sino en el sentido científico, recto, en estricta conformidad con las ideas metafísicamente fundamentales -con las ideas que corresponden a los tres grupos irreductibles de los fenómenos del mundo inorgánico o psíquico-químico, del mundo orgánico o biológico, y del mundo hiperorgánico o psíquico-social-, pues como ustedes saben mejor que yo (que sé estas cosas porque están en los anaqueles de mi librería, en donde voy y las pesco cuando necesito), la metafísica admite tres grandes clases de hipótesis, o sea tres tipos del Universo, o lo que tanto vale: la concepción materialista, la concepción sensualista y la concepción idealista.

Esos dos tipos tan amables -y siento no poder decir exactamente como el que decía tan amables como bellos- acababan de jugar una partida de baccará , unas de esas partidas que llaman decentes, porque no son onerosas, y cuyo objeto es matar lo que si reflexionamos bien es lo que más queremos: el tiempo, ¿o el tiempo no es la vida?...

Enrique y Benito salían, rientes y amenos, sin nubes en la frente como habitualmente, han nacido de pie. Yo pasaba con una de las varias caras de circunstancias -depende de la digestión-, que ustedes me conocen, con la que ustedes quieran, con la más humana y, como siempre, con mi saco de cuentos a cuestas. Ustedes saben con qué pocos defectos mi querida madre me echó al mundo, y el cúmulo de ellos que ahora tengo, adquiridos con ustedes; saben también cómo los conservo y cómo a unos y a otros (cuentos y defectos) los voy largando, como cae, a ver si me deshago siquiera de una parte, en tiempo oportuno, y a ver también si se

me agradece el esfuerzo o la intención... por manera que no extrañarán que esta charla sea una manifestación más de algunos de mis defectos... antiguos.

Era ello -¡caramba, que hace fecha!- cuando el general Urquiza realizaba, para dar la medida de su prestigio, un espectáculo extraordinario, estupendo: una revista de veinte mil entrerrianos, vestidos, equipados y montados a su costa.

De los cuatro vientos del país las gentes habían acudido al Paraná, dándose allí cita los pequeños y los grandes, los ricos y los pobres, los que tenían con qué y los que uno no sabe cómo diablos llegan.

Naturalmente, y así como no hay sermón sin San Agustín, tenía que haber jugarreta, y más tardaron en llegar los jugadores, las piernas, que los grandes garitos en organizarse.

Es curioso, en los pequeños centros de población, donde no hay distracciones de espectáculos, se juega por distracción; y en los grandes centros, donde todos son espectáculos, sólo la minoría no juega -uno que otro viejo historiador, más o menos perlático o atacado de reumatismo: la mayoría juega a las cartas, al dado, al billar, al dominó, al boliche, a la taba, a la argolla, y a otros juegos de ensartar, como el balero-, de donde yo deduzco que el jugador nace como el poeta, por aquello, sin duda, que "de poeta y de loco, todos tenemos un poco".

Y así como hay gentes que hacen versos, y que nunca se convencen de que los hacen malos, ilegibles, detestables, así también hay gentes que tardan mucho en convencerse de que no han nacido para eso, de que no tienen el temperamento, el genio, la índole del jugador, no escamando sino a fuerza de golpes de diversa naturaleza; porque el jugar tiene también su parte instructiva, y si no, averigüen ustedes qué hacen algunas mujeres, mientras los hombres juegan en el club.

Yo no jugaba a la sazón; había hecho voto de castidad, por decirlo así; mejor dicho, me habían obligado a hacerlo, prestándome un servicio sin solicitarlo. Y esto arguye una vez más que no es tan exacto aquello de:

Para las sardinas, vino;
Para el hombre, la mujer.

Para el hombre, el hombre, según las circunstancias. (¡Ah, si pudiéramos suprimir la mujer!) O lo que yo vengo repitiendo: que aunque seamos egoístas, interesados, escépticos, descreídos, indiferentes -a veces hasta ser malos y crueles-, buscando bien, siempre se halla el hombre que se necesita.

Ese servicio consistió en una suma considerable de dinero que me dieron para pagar mis trampas de juego.

El caso exige ser relatado con todos sus detalles.

Yo era entonces muchas cosas al mismo tiempo: marido, que me parece es algo, padre, empleado, periodista, pobre y jugador.

(Mi secretario dice: "es un buen ramillete"; y ya que mi secretario se mezcla en todo lo mío, agregaré en conciencia y para que el bouquet quede completo que era pisaverde.)

Todo ello no quiere decir, sin embargo, que no llenara mis deberes ostensiblemente. Tan es así, que ustedes no sabrían que me he deshonrado una vez, si yo mismo no se los estuviera contando ahora.

¡Pobre amigo mío!, desapareció un día, sin que hasta la fecha haya vuelto a saber de él, por muchas que hayan sido las diligencias hechas con ese noble fin.

¡En cuántos acontecimientos no se mezcló! ¡De cuántas tragedias que se preparaban no tuvo conocimiento, antes de venirse de San Juan! ¡Ah!, y si me hubieran oído entonces aquí, ¡cuánta sangre se habría economizado!

Volvamos atrás.

Él vivía en el hotel de París, yo en la quinta que le había comprado al barón du Graty, como siempre, entre flores.

Nos veíamos todas las mañanas, yendo yo a mis quehaceres, mientras él se preparaba para ir a los suyos. Yo era activo, él era indolente. Yo me hastiaba y me disipaba; él vivía concentrado y solo.

Yo no tenía dinero que tirar; él lo tenía; y lo tenía sin que yo lo hubiera sospechado. Nuestra amistad era pura simpatía.

-¿Qué tiene?- me dice un día.

-Nada.

-No, no es cierto, usted tiene algo... -insistió.

-Sí, es cierto, tengo algo...

Y le cuento que la noche antes me habían desplumado decentemente entre varios amigos, y que lo que tenía en efectivo no me alcanzaba.

-Y ¿cuánto le falta?

-Ciento treinta onzas...- mucho dinero entonces.

Se levantó de la silla en que estaba, delante de una mesita llena de papeles revueltos, libros, cigarrillos, copas y botellas, fue y sacó debajo de la cama una petaca, la abrió (sin estar cerrada con llave) y de entre un revoltijo de ropa limpia y sucia, tomó una bolsa de sencillo, nada pulcro, que sonó metálicamente, sacando de ella puñados de onzas de oro, que contó hasta hacer trece pilas de a diez onzas, y exclamando al concluir:

-¡Mal número!

Yo veía todo aquello, en silencio, sin pestañear.

-Ahí tiene -me dijo.

Fruncí el entrecejo, arrugando todo el ceño, miré con indescriptible extrañeza, vacilé, no había ido a pedir, el oro me tentó, el honor comprometido me aguijoneó; maquinalmente saqué el pañuelo y envolví en él las ciento treinta onzas.

Mi amigo no hablaba.

-Gracias -dije yo-. Adiós, hasta mañana -disponiéndome a tomar el portante.

-Adiós -me contestó él.

-¡Ah! -Dije yo sentándome y poniéndome a escribir un recibo incondicional, que, terminado en un abrir y cerrar de ojos, le pasé.

Él permanecía cabizbajo y silencioso: tomó el recibo, lo miró indiferente, lo leyó y rompiéndolo, me dijo:

-Entre usted y yo, no hay necesidad de recibos.

-Como usted quiera. ¡Adiós, hasta luego!

Y cuando salía de la pieza estrecha, húmeda, casi fétida, porque mi amigo fumaba el nauseabundo cigarrillo negro perennemente, me llamó, diciéndome:

-Tengo una condición que ponerle; ¿sabe?

Condición, pensé yo, cuando nada he venido a solicitar; y sin reflexionar, con esa instantaneidad de falso orgullo, arrojé sobre la mesa el pañuelo con las ciento treinta onzas.

-¡Eh, amigo, calma!, ¡por Dios! ¡Qué diablo de genio! Mire que la condición le conviene.

Le hice cargos, que casi rayaron en increpaciones.

No contestó a ellos, murmurando monosílabos e insistiendo, por fin, en que la condición que tenía que ponerme me convenía.

Curiosidad, necesidad, debilidad, miseria humana, lo que ustedes quieran.

-Y ¿cuál es la condición? -pregunté.

-Un hombre joven, como usted, de sus antecedentes, de su porvenir, de su educación, de su índole, no debe jugar. Déme su palabra de honor de que no volverá a jugar nunca, jamás, en su vida.

"El juego comienza por entretener, sigue por apurar y acaba por envilecer, cuando no mata. En cien casos, la regla falla una vez. Es como en todas las cosas, en las que después de cierta experiencia, si uno no es tonto, comprende que no hay defensa posible, sino dentro del círculo de la picardía, salvo los casos raramente excepcionales de una suerte de ahorcado que se salva."

Me exasperé, sin proferir palabra.

Mi inolvidable amigo permaneció flemático, silencioso, meditabundo... parecía abstraído.

Nos quedamos como marido y mujer, o como amante y querida, después de una escena tempestuosa, por lo que se quiera.

Los dos deseábamos hablar, ninguno quería tomar la iniciativa. El falso amor propio en todo se ha de mezclar.

¿Quién cede?

En amor, el que más ama.

En los otros casos, el más necesitado.

-¡Y bien! -Dije yo.

Él me miró con sus grandes ojos negros, tan lleno de expresión y cuasi trémulo, porque a más de ser muy sensible, lo dominaba el vicio de la bebida, y alargándome su mano húmeda, fría, casi glacial, que se encontró con la mía, me dijo con acento fraternal:

-No juegue, hombre, ¡por Dios!, usted no ha nacido para ser jugador.

Efectivamente, han de saber ustedes que así era, y ¿quieren ustedes que les diga por qué no había nacido para esa locura tan general? Porque me faltaba lo que probablemente les falta a la mayor parte de ustedes, cuya historia ha de ser desastrosa; porque cuando gano, defiendo lo poco que gano, y porque cuando pierdo, redoblo la parada, sin ver que estoy en la mala, y el juego se agravia, amén de que, como todo el que no ha nacido para jugar, tengo predilecciones por las cartas, como si fueran mujeres, rubias o morenas. El seis por ejemplo, me ha hecho toda clase de infidelidades y me ha puesto toda clase de cuernos, y yo, nada, déle con el seis. Consecuencias: me preparaban el pastel; me ponían el seis ahí y ¡copo al seis ! La contraria, a la vuelta. Y yo a mi casa, a encontrar todo malo, nada en orden, y hasta culpable a mi pobre mujer, que no había hecho nada.

Y ustedes, caballeritos, pongan la mano sobre su conciencia, y, diganme ¿qué es lo que les pasa?

Si tatita no les da, es un avaro. Mamita tiene que robarle a tatita para darles a ustedes.

La madre es la eterna tapadera del hijo, y es inútil.

¡Fulanito y Menganito son tan elegantes, tan bien formados! La vera efigie de papá, que trabaja como un asno, para que ustedes disipen. ¿No es así? ¡Siquiera no hicieran más que disipar! Pero es que se hacen robar, literalmente robar. Porque ahora parece ser de buen tono jugar. Y en efecto lo es. Pero a condición de que no sea como una industria profesional. Y ése es el caso. Y no todos tienen dedos para organistas. Y eso era precisamente lo que mi generoso amigo me quería decir, y yo nada, nada; ¡bestia!...

Finalmente, y así son todos los jugadores apurados, di mi palabra de honor y salí con las ciento treinta onzas.

Y como esta Causerie está dedicada a dos personas y el cuento va largo, en dos capítulos debe concluir; donc , aquí cuadra la frase estereotipada: la suite el próximo jueves.

II

La metrópoli provisoria de la Confederación estaba de fiesta, aunque las fiestas no hubieran llegado. No se hablaba sino de la gran revista. La afluencia de gente nueva, desconocida, gastadora, no cesaba. Las casas de familia estaban llenas de huéspedes; los llamados hoteles, atestados de pasajeros. La flor y nata de los personajes había ido naturalmente al soit disant de París , al mejor.

Aquí vivía mi amigo como antes he dicho. Yo, en la quinta que había sido del barón du Graty -pintoresca mansión sobre las barrancas del Paraná-, que me costó un ojo de la cara adquirir, pero que, al fin, fue mía. No hace al caso decir circunstanciadamente, ahora, quién

era ese caballero, que escribió después para el gobierno paraguayo, de López padre, la Historia del Paraguay.

Pero para que la maledicencia no se anticipe demasiado, sí diré que era hombre bien nacido, culto, con alguna erudición y cierto savoir faire ; que llegó a estas playas americanas, de Bélgica, su país natal, en busca de aventuras, de dinero, sobre todo; que fue militar, alcanzando a coronel; que vino en el ejército de Urquiza contra Rozas; que fue periodista, y jefe de fronteras en la provincia de Santiago del Estero, y hasta diputado al Congreso Nacional... que fue todo, menos argentino.

Con mi amigo, no nos veíamos sino por la mañana, a la hora en que yo iba al centro a hacer mi diario.

El hotel quedaba en mi camino; y como la topografía establece la costumbre, yo entraba indefectiblemente, al pasar por allí; y como la costumbre, en la generalidad de los casos, es el amor, y hasta la amistad, mi amigo y yo no podíamos estar sin vernos. Agreguen ustedes a esto el servicio que me había prestado. Reflexionen un poco, mediten, fíjense bien, y verán que mi amigo y yo teníamos que querernos mucho. Hay en todos los favores una polarización inexplicable, cuando las almas son medianamente buenas, que no es el interés que se toma el acreedor por el deudor, ni éste por el otro, interés que no es una inclinación del ánimo, vehemente por supuesto, sino una inquietud paralela de índole diversa.

¿O ustedes me van a sostener que el que debe, siente lo mismo que el acreedor; que la sensación es la misma cuando el acreedor lee que ha pasado a mejor vida su deudor, que cuando éste lee que su acreedor ha dejado de existir?

Algunas veces, raramente, nos solíamos ver a la hora en que yo regresaba a mi quinta, donde en la tarde se reunían algunos personajes que me favorecían con su amistad, aunque yo fuera mucho más joven que ellos, como Carril, Gutiérrez, Fragueiro, Frías, Campillo y otros, los cuales allí, bajo el amplio corredor de mi casa, discutían con calor las grandes cuestiones de actualidad, lamentando todos ellos, me acuerdo bien, sin inculpar a nadie, que la Patria no estuviera unida.

Por la noche nunca nos veíamos, y no empleo la palabra nunca como la usan las coquetas, olvidándose de lo que han hecho, o no estando seguras de lo que harán; la empleo como la emplean los que dicen la verdad a los que son bastante fuertes para responder a priori de lo que harán en determinadas coyunturas. Sí, nunca nos veíamos de noche, porque, aunque yo pasara por delante del hotel, no entraba. Mi amigo necesitaba esas horas de tiempo, y yo el mío, y a fuer de discretos...

Mi secretario (¡caramba con mi secretario!) me pregunta, cortándome quizá el hilo de lo mejor que le iba a dictar, si yo ya era discreto entonces; porque no entiende siéndolo, hiciera las locuras que les estoy contando a ustedes.

(¡Mi secretario acabará por hacer que lo cambie, aunque después de quince años fuera como arrancarme un ojo de la cara; pero, y si no se enmienda... si no pierde esta costumbre molesta de interrumpirme, convirtiéndose en una especie de público anticipado...!)

Tentado estoy de darle por toda respuesta aquella que todos ustedes conocen, respuesta que se atribuye a un paraguayo cura, sorprendido de algo que hacía su sacristán: ¿Y qué tiene que hacer tal cosa con las témporas? Pero como mi secretario me merece mucha consideración, aprecio y cariño, siendo hombre leído y escribido, que sabe cuasi tanto como yo, tengo que atenderlo, que contestarle y que satisfacerlo, o me expongo a que, como alguna otra vez, se me rebele y me diga con énfasis autoritario: eso no lo escribo yo, no es castizo, no es gramatical, no es un americanismo, no es un neologismo, no es un modismo, es sencillamente (vean ustedes qué hombre mi secretario) un barbarismo; una cosa que no tiene pies ni cabeza.

¡Ah!, no tengan ustedes nunca secretarios que tanto se identifiquen con su persona, o con su reputación literaria.

Sí, señor, está bien puesto, el a fuer de discretos, porque la discreción no sólo se refiere a los actos, en que sólo interviene uno mismo, como cuando habla, sino también a los juicios que hacemos, mezclando a otros en ellos. Así yo puedo no ser discreto si juego, y serlo, si no lo interrumpo a un amigo mío a la hora en que tiene la costumbre de hacer la cosa que le es más agradable, aunque le haga daño... que era el caso de mi amigo, a quien no le gustaban las visitas después de comer; porque una vez concluida su comida se encerraba con un frasco de ginebra.

Mas una noche, ¡noche inolvidable!, ocurrióseme entrar.

¡Ah!, los que tienen costumbres metódicas, que por nada alteran -esos matemáticos del hábito-, ésos están casi siempre asegurados contra incendio.

Y ¿por qué declaman entonces tanto contra la costumbre, comparándola con una monotonía prosaica, cuando hay costumbres tan buenas? Cella continuata dulcescit .

Pero...

¿Por qué entré?

¡Eh!, entraría porque estaba escrito. Y si no, digan ustedes por qué entré.

Lo cierto es que, al entrar, sentí ruido en la puerta de la izquierda, que caía al zaguán; y como aquel ruido fuera inusitado, siendo esa pieza una sala destinada a familias, me detuve, puse el oído, escuché, y escuchando, me apoyé tanto en la puerta, que se abrió; y sin haberlo soñado e impelido por mi propio peso, me encontré en medio de una atmósfera de humo, densa como queso mantecoso, y entre un enjambre de jugadores de fachas discrepantes, que rodeaban una gran mesa, en la que, no obstante las penurias del tesoro público y del país, circulaban profusamente las onzas de oro.

Nadie reparó en mí; todos estaban atacados de la misma fiebre contagiosa. Me acerqué a la rueda, estreché las filas, y destacándose mi cabeza, como que ya era alto, se encontró con la del que tallaba al monte de dados, que era un hombre más alto que yo todavía, trigueño, de ojos grandes, negros, vivaces, como las pasiones de fuego del alma, que ocultaban: nada menos que el coronel don José Virasoro, de lúgubre y trágica memoria, asesinado en San Juan.

-¡Apunte, amigo! -me dijo, con acento varonil, llamando así, hacia mí, la atención de algunos, y en un momento en que, como dicen los jugadores, estando en la buena, todo el mundo erraba, menos el banquero.

-No juego -contesté secamente, y seguí viendo correr al dado, echando suerte, cuando los jugadores ponían las pilas de onzas de oro, en el azar, contra el banquero, y viceversa, y creciendo como la marea sus ganancias.

Yo estaba entero. No me sentía flaco de corazón; primero, porque había dado mi palabra de honor, de caballero, de no jugar, y después porque ya medio me había convencido de que el juego es un mal negocio, porque los únicos que tienen seguridad de ganar son los tramposos, y donde hay juego, hay trampa, como no hay humo sin fuego, o como cantaba un coplero de mi batallón cuando la guerra del Paraguay, en versos mancos:

No hay árbol que no dé sombra en verano
Ni mujer que no caiga tarde o temprano...

(¡Qué bárbaro de coplero!)

Pero más que el oro, me fascinaba el banquero, que era un hombre soberbio de hermosura.

Y me parecía varonil apuntar en su contra y ganar.

¡Apunte, amigo! -volvió a decirme, cuando más que sus ganancias, que su oro, lo que me daba envidia era el esplendor de su figura, y lo que ya empezaba a aguijonearme era la tentación de medir mi suerte con semejante rival.

-No juego, coronel -volví a contestar a mi vez.

¡Suerte!, ¡azar!, ¡diez onzas!, ¡veinte onzas!, ¡cincuenta onzas!, ¡cien!, ¡doscientas! -fue la cifra más alta que se paró... no se oía más.

Virasoro ganaba, y la corriente del error en la visión de sus adversarios parecía definitivamente establecida. Pero Virasoro no había nacido con buena estrella, y Dios sabe lo que pasó, cuando uno de los dados cayó al suelo ayudándole los jugadores a recogerlo.

Virasoro empezó a errar y los jugadores -en todo es lo mismo-, a mirarlo ya con mediocre consideración... nuestros ojos se encontraron:

-¡Apunte, amigo! -volvió a decirme, por tercera vez.

-Coronel -le contesté, por tercera vez también, y esperando que con aquel modo de hablar acabarían sus obsesiones-, no juego, no tengo dinero.

Él, entonces, tomó un puñado de onzas de la banca, que estaba en el momento de la baja marea, y me las pasó, diciéndome: tome, amigo.

Yo tomé sin saber cómo. Puedo, sin embargo, jurar que al tomar, sin saber cómo, y al decidirme a jugar, lo hice por ayudarlo a ganar al que perdía; a ese mismo hombre que momentos antes me había fascinado con el esplendor de sus ganancias.

Y ¿no es verdad que esto es muy humano? ¿O ustedes no han seguido alguna vez a un caudillo sin suerte, o sin aptitudes, o con suerte y aptitudes, por simpatía, por impulso generoso, cuando todo les dice: que ya tiene los dioses en contra, que c'est fini?

Eran diez y siete onzas de oro las que me había puesto en las manos.

Él perdía al azar; puse a la suerte.

Salió azar y ganó él, y en el vaivén de las paradas los jugadores se pusieron de mi lado.

Volvió a pasarme las diez y siete onzas, las volví a tomar, ¡me caiga muerto ahora si sé cómo!, el hecho es que las tomé, que no pensé en nada, que yo estaba allí dominado por una fuerza superior a toda reflexión, y que era el trasunto del tipo aquel de Espronceda que contestándole al jugador primero que pregunta:

Si esta imagen respirara...

exclama:

A estar aquí la jugara
A ella, al retrato y a mí.

Perdí...

Volvió a pasarme las diez y siete onzas.

Las volví a tomar y volví a perder.

Y él me daba y yo seguía apostando de a diez y siete onzas, y mis pérdidas determinaban la reacción del que llevaba el dado, del banquero... Y dice bien Shakespeare:

There is a tide in the affairs of man,
Which when taken at the flood leads on to fortune.

Sí, hay que saber echarse en la marea cuando sube... todo el secreto del éxito está ahí.

Y ya iban diez y siete veces, diez y siete onzas en que seguido, sin intermitencias y sin pensar de dónde sacaría para pagar lo que no tenía, apuntaba y perdía, cuando al hacer la decimaoctava parada me sentí asido fuertemente, por una mano vigorosa, que, tomándome del hombro derecho, me hizo describir una media vuelta completa, poniéndome cara a cara, frente

a frente, de un hombre que sacándome de allí me echó al rostro esta acusación contra la que nada podía argumentar (no se argumenta contra la conciencia):

-Lucio, es usted un miserable que falta a su palabra de honor.

Era mi amigo...

Caballeritos aficionados a la timbirimba , porque el ingenio no les alcanza para otra cosa, o les sobra, mírense ustedes en mi espejo.

Estuve por suicidarme.

Seguramente que es una solución; pero no se trata aquí de filosofar sobre el suicidio, sino de concluir diciéndoles a ustedes que, pudiendo pagar, pagué mis diez y siete onzas, perdidas diez y siete veces.

¿Cómo? ¡Ah!, eso puede ser que se lo cuente a ustedes, cuando les cuente, si es que a ello me resuelvo, de cómo también una vez me vendí, comprándome un paraguayo.

No se escandalicen ustedes demasiado de que un hombre se venda... si está muy apurado.

Hoy por hoy estas plumadas, aunque largas, sólo han tenido un objeto: entretenerlos a ustedes un rato, con la doble esperanza de que me perdonaran los truísmos en que haya incurrido y de que algún provecho pueda hacerles a los que no sean empecinados el saber lo que a mí me ha pasado en esa gloriosa edad en que casi todos somos cautivos de ciertas cosas; gloriosa, sí, porque es digna de honor y alabanza desde que un hombre bien nacido lo mismo paga lo que ha perdido en regla que lo que le han ganado estafándolo.

¿O ustedes se imaginan que alrededor de la carpeta verde todos los que se visten bien están limpios por dentro y por fuera?

¡Hum...!

Veinte años después

Al Señor Teniente Coronel don Manuel Espinosa Diputado al Congreso

L'Homme s'efface sous le Soldat.

Son tantos los conocimientos de índole diversa que, en los tiempos que alcanzamos, debe poseer un militar, empezando por la gramática y acabando por el derecho de gentes y la química, que ya nadie sostiene que un estratégico no sea un sabio, o lo que tanto vale, que la guerra no sea una ciencia.

En lo que los pensadores, los filósofos, los políticos, los estadistas, no están todavía de acuerdo, por más que la guerra sea tan antigua como el hombre, es en admitir la tesis hegeliana -y eso que su autor era, como ustedes saben, un idealista-, que la guerra es indispensable para el desarrollo moral de la humanidad; que le da relieve a nuestra virtud y le pone el sello; que retempla las fibras de las naciones relajadas por la paz; que consolida los estados; que experimenta las razas y que comunica a todo, en la sociedad, el movimiento, la vida, el ardor.

Consecuencias: que mientras todos esos caballeros no se entiendan, armonizando sus opiniones, hasta llegar a hacer prevalecer las fantasías humanitarias de Bernardino de Saint-Pierre, o lo que es lo mismo, que mientras las naciones grandes y pequeñas, los lobos y los corderos, no convengan en estarse quietos, sometiendo todas sus disputas o cuestiones de diversa especie a un gran areópago internacional, tendremos que tener ejércitos permanentes, y que esta necesidad, dados los progresos de la razón humana y la evolución del hombre dentro de la esfera y bajo la influencia del ambiente de la moderna civilización, ha de hacer que cada vez se reconozca más y más la verdad y exactitud de estos dos aforismos de Napoleón:

Primero: En la guerra, la moral y la opinión son la mitad de la realidad.

Segundo: La cuestión táctica es poca cosa; la cuestión moral, todo.

Los diversos códigos de los pueblos civilizados y hasta la costumbre de los bárbaros aspiran a un ideal, que, realizado, es la transformación del soldado en héroe.

Las oportunidades aisladas no se presentan, sin embargo, con facilidad. (¿ Quién no ha soñado alguna vez con tomar una bandera, o con ser millonario?) El valor legendario no siempre puede manifestarse, y aunque no es la ley que sean los más bravos los que sucumban (porque, como decía también Napoleón, las balas los respetan), el hecho es que la bravura de los ejércitos es colectiva, y que el secreto de ese fenómeno moral estriba en lo más difícil y en lo más vidrioso, en un resorte que tiene que estar siempre corriente, so pena de que la disciplina no sea más que una palabra vana, debiendo ser una realidad, como el honor o la virtud.

¡Heroísmo o abnegación, que tanto valen, son, pues, ideales irrealizables, sin el fulcrum de la disciplina, que es respeto, que es cariño, que unión, que es fuerza, que es la victoria!

La obediencia viene, entonces, como un convencimiento; y a fuerza de ser reflexiva se hace simbólica, y como todo simbolismo es religión, y como no hay religión sin fe, y como toda fe es consoladora, de la obediencia reflexiva a la pasiva no hay más que un paso, y no hay así alma elevada que no comprenda -lo repetiré- que "el honor es la poesía del deber".

Pero, ¿cuántas preocupaciones de raza, de posición, de educación, de orgullo, de vanidad, de sapiencia unas veces, de ignorancia otras, no es necesario combatir y dominar, para descubrir la belleza del deber?

Yo no sé que haya modo más eficaz de explicar las cosas que presentando ejemplos. Son éstos a los actos de la vida, lo que los retratos a las personas: un bosquejo imperfecto da una idea más clara que una descripción explicativa, por mucho talento que tenga el que explica y por mucha que sea la sagacidad del que escucha la explicación.

Voy, pues, a contarles a ustedes de cómo yo, que soy una persona tan inteligente -permítaseme este rasgo de suficiencia- cómo el lector estaba equivocado respecto de lo que era la disciplina o el deber, con relación a la jerarquía militar.

Yo era amigo, compadre y subalterno, de un general de mérito, por sus servicios, por su instrucción, y ¿por qué no decirlo, aunque es cosa que tanto cuesta a los de oficio?, por su valor, y estábamos, como suele decir, mal.

¿Por qué estábamos mal?

No hace al caso, o mejor dicho, sí hace al caso, pero es innecesario poner los puntos sobre las íes para que quede de relieve mi error...

Estando mal, ¿por qué lo había yo de mirar bien, a mi superior?; de modo que verlo, mirarlo de mala gana y saludarlo con peor gracia, y a duras penas, era todo lo mismo.

Un día, yo estaba esperando en la antesala del presidente de la Repú blica, y era ya todo un señor coronel, lleno de ínfulas y de pretensiones.

Esperaba sentado en un sofá, cuando entró y pasó mi general, mi superior.

Saludé como por compromiso y mi saludo no fue contestado, o porque no lo vieron, o porque no quisieron.

Ya pueden ustedes imaginarse, conociéndome, como dicen que me conocen, que la rabia me dejó clavado en el sitio.

Quise marcharme, no pude. Esperaré a que salga, me dije, y como no ha contestado a mi saludo, lo miraré y no lo saludaré, para darle una lección.

Mi general, mi superior, salió del despacho del presidente, y como no podía dejar de verme, me vio; y yo, que no podía poner en duda que me había visto, hice alarde de no saludarlo; lo miré bien y no lo saludé.

Mi general, mi superior, vio, volvió instantáneamente sobre sus pasos, se detuvo, me miró de hito en hito y me dijo:

-Supongo que es costumbre saludar a los generales.

-Supongo -repuse yo con esa altanería del que no tiene razón, creyendo tenerla-, que es costumbre que los superiores contesten el saludo de los inferiores.

Y, prudencia o falta de inspiración, ahí quedó el incidente, cuyos detalles, una vez en la calle, es decir, comentados por la crítica fina de los que cojeaban del mismo pie mío, que no eran pocos, me adjudicaban la mejor parte en aquel rasgo de supina impertinencia.

¿Adónde irá el buey, que no are?, ¿o adónde irá el hombre, que algo nuevo no vea, o que algo no aprenda, hasta sin darse cuenta de ello en el momento mismo de la transformación que se opera en su espíritu por la impresión de las sensaciones y la evolución consiguiente de causa a efecto?

Veinte años después yo estaba en Turín, que es una ciudad hermosa, un poco maciza y grave como la cabeza de los piamonteses; ciudad de frío y de nieve en invierno, de luz radiante y calor en verano, edificada por eso con soportales -diríase un claustro mundano.

Allí, bajo aquellos pórticos espaciosos, las gentes pasean de día y de noche a cubierto de toda intemperie y, como se comprende, allí están las principales tiendas, la gran atracción; allí se da cita todo el mundo, allí se pasea como si dijéramos por una calle de la Florida entoldada.

Hay en Italia otra ciudad por el estilo, pero tétrica y sombría, como los pensamientos de un señor feudal que se iba a la guerra, creyendo en la eficacia de la infibulación de la mujer.

Pero es en Turín en donde estamos, y aquí tenemos que quedarnos un momento.

Yo había ido a visitar la Escuela de Guerra tan conocida, que hay allí, y estaba ligado a algunos oficiales con los que paseaba frecuentemente.

Una noche, íbamos con el capitán de caballería Giovanni Tarnassi,[13] magnífico oficial, por su estatura y su gallardía, que optaba al grado de mayor, siguiendo los cursos superiores de la susodicha Escuela de Guerra, y a cada momento nos encontrábamos con conocidos y conocidas. La guarnición militar de Turín es fuerte, como que el Piamonte linda con la

[13] Véase el Post-Scriptum.

Francia. Hay pues, allí, mucha gente de espada, buena gente, siendo selecto el ejército italiano, por su porte elegante, por su sólida instrucción y por su disciplina.

En ese vaivén de la concurrencia, los encuentros con las mismas personas se repetían, y yo noté, por la frecuencia del hecho, que Nino (así le llamaba teniendo mucha confianza con él) saludaba, siempre que nos cruzábamos, a un mayor de exterioridad muy antipática, que no le contestaba.

-¿Está usted mal con ese mayor? -le dije.

-No...

Volvimos a encontrarnos; Nino volvió a saludar; el mayor no contestó.

-Pero Nino, el mayor no contesta a su saludo.

-No me he fijado.

Nuevo encuentro, nuevo saludo de Nino, el mayor no contesta, aunque ve, como ha visto antes, por más que vaya con otros oficiales de su rango.

-Pero Nino, mire que el mayor no contesta, ¿por qué lo saluda usted?

-¡Oh! Si yo no saludo al que va dentro de la casaca y bajo del kepí; saludo las charreteras y los cuatro galones.

-¿Y si no le contesta nunca?

-Seguiré saludando hasta que tenga cuatro galones, y el día en que yo tenga cinco y él se haya quedado con sus cuatro de ahora, arreglaremos cuentas, si me pone fea cara por haberlo dejado atrás.

Pues amigo, pensé yo: esto es al revés de los pepinos; esto sí que se llama discurrir al revés de como yo pensaba, y me acordé de mi petulancia de veinte años atrás, y eso que yo me había creído siempre algo ordenancista, y con tal convencimiento entramos en materia y nos extendimos en largas consideraciones sobre la obediencia reflexiva o pasiva, como ustedes quieran, en una palabra, sobre la obediencia, piedra angular de la abnegación, de la abnegación del guerrero, "que es una cruz más pesada que la del mártir".

Y como dice muy bien el poeta y soldado: es menester haberla llevado mucho tiempo para conocer su grandeza y su peso y para saber que, en general, el carácter militar es sencillo, bueno y paciente, y que los rasgos de dureza y de tristeza que lo oscurecen se los imprime el fastidio por una parte, y por otra, y principalmente, una posición siempre falsa frente a la nación, y la comedia necesaria de la autoridad.

Y sucedió lo que lógicamente tenía que suceder, que de aforismo en aforismo, de argumento en argumento, y de reflexión en reflexión, llegamos a las ordenanzas, o sea el código militar italiano, hallando que tanto éste, como las ordenanzas españolas, las más antiguas de la Europa moderna, y, al propio tiempo, base fundamental de los demás códigos, sólo contienen preceptos, reglas y órdenes referentes al modo cómo ha de saludar el inferior al superior, y nada, absolutamente nada, sobre el modo cómo el superior ha de contestar al saludo del inferior.

Y las referidas ordenanzas o códigos empiezan por el saludo que debe hacer el individuo de tropa, sea soldado raso o doncel, es decir, cadete versus distinguido, y acaban por el que debe hacer todo un ejército o toda una armada, llamándose en este caso, el saludo, honores; los cuales, entre otros, consisten en batir marcha, presentando las armas, y en disparar hasta ciento y un cañonazos; y nada dicen sobre el modo cómo el emperador, el rey, el presidente, o el comandante en jefe, deben contestar, contestando éstos de un modo, aquéllos de otro, cuestión de humor, de gracia, de que vayan en carruaje, a caballo, a pie, embarcados, de que lleven elástico, kepí, shakó, casco, ros, morrión, sombrero gacho o de copa, espada, sable corvo, espadín, bastón, latiguito o nada, en la mano.

De donde se deduce que, aunque como dice el proverbio "uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla", o sea uno el que manda, otro el que obedece, lo cierto, lo positivo, lo indisputable es: que contestar al saludo de un subalterno no es un deber del superior; semejante deber sería una incongruencia, sino una cortesía, ni más ni menos; y que no reflexiona bien el subalterno que se resiente, que se enfada, que se retoba (no digo cuando lo

hace con toda gallardía, hasta cuando lo hace con cero gracia), cuando el superior no contesta a su saludo, sea cual sea el motivo; porque el que, en este caso, pierde, no es el que cumple estrictamente con su deber, sino el que no es cortés; a no ser que se pretenda que el no ser político y atento con nuestros inferiores, en todo sentido, sea una gracia como para granjearnos simpatías universales.

Hay más todavía en esta que llamaremos cuestión del saludo: el superior no está obligado a ver, y el inferior, sí, tanto que, no viendo materialmente, porque al fin y al cabo, puede no ver el subalterno, no le es lícito a éste disculparse diciendo que no ha visto. La ficción militar quiere que vea; no hay qué hacer.

Así por ejemplo: el coronel de un regimiento llega; el centinela no lo ve llegar, no puede pasar la palabra, entra de rondón, y van como decimos en nuestro lenguaje americano, a la tipa todos, por no haberle formado la guardia, por no haber visto (el centinela) y si el coronel no está para bromas.

Porque han de saber ustedes, y aquí hablo por boca de otros, citando de memoria, que autoridad absoluta que ejerce un hombre lo obliga a una reserva perpetua; que no puede desarrugar la frente delante de sus inferiores, sin exponerse a una familiaridad que compromete su poder... que hay oficiales que se encierran en us silencio de trapista... que ése es quizás el único modo de conservar su dignidad a los ojos de una juventud que no respeta la experiencia, que sale de las escuelas militares como si dijéramos laureada, pero sólo rellena de cifras y de una pobre ciencia, que se aprende en unos cuantos días de lectura.

Por manera que, de todos los actos de indisciplina, como manifestación de menosprecio ostensible, el que más lo expone a un subalterno a desagradables consecuencias, es el que consiste en hacerse el que no ve lo cual es tan grave, como sería estúpido, rayando en anomalía mental, que un superior se trazara como regla de conducta la antipática costumbre de no contestar a ningún saludo.

Así pienso yo ahora. Veinte años atrás entendía que en el saludo militar había un paralelismo ineludible, siendo un deber correlativo o mutuo entre el inferior y el superior. La lección de Turín me sacó del error en que había vivido tantos años lleno de complacencias, faltando a mi deber y echándome encima Dios sabe cuántas antipatías.

Porque han de saber ustedes que las antipatías no vienen sólo de los actos de predominio del superior, vienen también de los actos de irreverencia del inferior, siendo tan extraña y complicada la humana naturaleza, que no basta ejercer la facultad de castigar para borrar las molestas impresiones que dejan en el ánimo la idea de que se reincide de propósito deliberado.

¿De dónde, he pensado yo después, podía haberme venido a mi aquella tan estrafalaria confusión de las nociones del deber más elemental?

Y lo he imputado al trastorno introducido en todo por el epíritu de caudillaje, por la guerra civil y por la política revolucionaria, empezando por las personas y acabando por las instituciones. Pues ésa, y no otra, tiene que ser siempre la consecuencia de haber exagerado la tesis de que los principios son todo y los hombres son nada, o los principios valen poca cosa, sin los hombres adecuados para hacerlos prevalecer, cuando in medio veritas habría sido el desideratum .

Pero en vez de buscar ese término medio, unas veces hemos divinizado los principios, otras, los hombres; y así, de exageración en exageración, de predilección en predilección, y sin quererlo, hemos fundado el personalismo, convirtiéndonos ora en idólatras, ora en iconoclastas, y hemos llegado a mirar con antipatía y hasta con rabia, dentro de las mismas filas del ejército, a todos aquellos que como nosotros no pensaban; y ¡como si en el ejército pudiera haber otros santos dignos de nuestra devoción que no sean los superiores jerárquicos al servicio de la patria bandera!, so pena de que los pronunciamientos y las revoluciones no tengan fin...

Y ya es hora, habiendo dicho los profetas todo cuanto tenían que decir en su lenguaje apocalíptico.

Post scriptum. Esta carta ratifica lo que dejo referido, y con placer agradezco aquí al brillante oficial italiano sus gentiles palabras, retribuyendo mis recuerdos.

Portici, 1º Ottobre 1889.

Mio Generale:

Incluso in una lettera di Nannina ho ricevuto giorni fa un brano di un giornale Argentino che tratta di un argomento militare e dove il mio povero nome é ricordato da lei a proposito di un aneddoto accaduto a Torino parecchi anni indietro. Non mi ricordano più del fatto, ma dopo la brillante sua narrazione mi é ritornato alla mente in tutti i suoi dettagli che ho riscontrati esattísimi. Meravigliato della sua tenacissima memoria e confuso per aver tratte da un fatto, che a me parve semplicissimo e naturale, conseguenze così lusnighiere per me e per i miei colleghi dell' Esercito Italiano tengo con questa lettera a manifestarle i sensi della mía riconoscenza.

Sono pure assai grato a Nannina la quale volle incaricarsi di trasmettermi l'appendice in questione.

Accolga, mío generale, l'espressione del mío affetto e si ricordi sempre del suo Affmo., Nino.

Portici, 19 Octubre 1889.

Mi General:

Con una carta de Nannina recibí juntamente, ahora días, un recorte de un diario argentino que se ocupa de un asunto militar, donde aparece mi pobre nombre, que usted recuerda refiriéndose a un suceso acaecido en Turín, varios añ os ha. Ya no me acordaba del hecho aquél, pero después de su brillante exposición se me presentó otra vez a la memoria con todos sus detalles, realmente muy exactos. Asombrado de su memoria tan tenaz y reconocido a usted por haber sabido sacar de un hecho, que me pareció muy simple y natural, consecuencias tan lisonjeras para mí y mis compañeros del ejército italiano, siento la obligación de expresarle en esta carta todo mi reconocimiento.

Quedo también muy agradecido a Nannina, la que quiso encargarse de remitirme el recorte del diario que ya nombré.

Acepte, mi general, las expresiones de mi cariño y acuérdese siempre de su afmo., Nino.

Librodot

En Venecia
Al señor General don Napoleón Uriburu

Oh Venice! Venice! when thy marble walls
Are level with the waters, there shall be
A cry of nations o'er thy sunken halls
A loud lament along the sweeping sea!

Byron

Hay hombres honestos y mujeres puras, en esta parte del mundo y en las otras, conocidas, descubiertas, o desconocidas y por descubrir. Sería muy desagradable que ustedes no fueran de mi opinión.

Pero, así como hay de eso , hay también de lo otro , sin que esto quiera decir que, por serlo, sean gentes absolutamente perniciosas o que merezcan estar en una penitenciaría.

¿Qué es lo que más abunda?

¿Lo primero, o lo segundo?

Yo hago la pregunta por escrito, ustedes se la hacen mentalmente y sin querer (la sugestión no es otra cosa); y ustedes y yo fallamos in pectore , que el caso es apurado; que lo mejor habría sido no hacer semejante interpelación, porque... peor es meneallo; y que, ya que el imprudente he sido yo, sea yo el que lo resuelva.

Será lo que sea; y, sin disimular que en la eterna lucha entre los dos principios -el del bien y el del mal, el de lo bueno y el de lo malo- creyendo como creo en la humanidad, soy más bien optimista que pesimista, declaro, sin embargo, a la faz de la tierra que no hay mujer a quien no le guste "que la sigan", bien entendido, discretamente, senza ofendere la morale , es decir, fingiendo que sólo se la admira, cuando en realidad es otra cosa lo que se codicia.

Agregaré, como pendant , que no hay tampoco varón (sea cual sea su bonhomía natural o estudiada, de otra manera, la dosis de disimulo o de hipocresía necesaria con que haya creído conveniente revestir su existencia -es un ingrediente que no está de más para medio vivir a cubierto de la malignidad) que, entre una femme de chambre joven, potable y otra sinodal, como manda la iglesia, o fiera como dicen en Córdoba, y no mal, sino bien, no prefiera la con donaire a su antítesis; para decirlo todo cuanto antes: que no haya seguido alguna vez, en su vida, a una mujer...

A este respecto, creo que mi amigo el general don Napoleón Uriburu, cuyos méritos de soldado no cuadra aquí elogiar, desde que no se trata de asuntos bélicos ni de glorias alcanzadas combatiendo por la patria, tiene que ser juez, siendo como toda la vida ha sido hombre de muy buen gusto y, sobre todo siendo este país, desgraciadamente, una tierra donde abundan las lindas mujeres, y es por eso que a él le dedico esta causerie ; lo que no implica, por aquello de que nunca falta un roto para un descosido, que sólo las mujeres lindas sean seguidas.

¡También las feas lo son; estarían frescas de no!

Todo hombre, como toda mujer, tiene su fetiquismo , lo que, en resumidas cuentas, no es más que la exageración de un gusto normal. Por ejemplo, para ciertos hombres, lo esencial, en la mujer, no es la belleza, ni la gracia, ni el carácter: es el olor, y por el olor buscarán una mujer vieja, fea, viciosa o degradada. Muchos verdaderos sabios, o que pasan por tales, piensan como yo, en quien ustedes no creen. Para otros, lo esencial es la boca, la mano, el pie, y por el pie seguirán cuarenta días y cuarenta noches a una mujer, cuya cara no han visto, cuyo olor no han tomado siquiera.

Las mujeres, que en medio de todas sus diabluras tienen un candor extremo, entienden esto menos que los hombres (es un problema de fisiología psicológica un poco complicado); pero yo he conocido algunas que tenían el fetiquismo de las cosas grandes, y viceversa; mujeres que dejarían a un ñato bonito por un narigón feo.

Escrúpulos aparte, y lo que Girardin llamaba le respect du lecteur , que debemos admitir es persona respetable, por más que el loco de Teófilo Gautier haya dicho irónicamente que una de las cosas más burlescas de la gloriosa época en que tenemos la felicidad de vivir es incontestablemente la rehabilitación de la virtud emprendida por todos los diarios, sea cual sea su color, rojos, verdes o tricolores, escrúpulos aparte, repito, y en forma de confidencia, se lo comunico a ustedes:

Yo he seguido a una mujer...

Aquí, mi secretario me observa, en virtud del derecho de interrumpirme a lo mejor del cuento, que se ha arrogado, si no creo que sería más honesto (puede leerse verdad, ¿u honestidad y verdad no son una perfecta ecuación?) decir, en vez de "yo he seguido a una mujer": yo he seguido varias mujeres.

No conozco nada más indiscreto, en ciertas coyunturas, que un secretario. Ahí tienen ustedes uno de los inconvenientes de confundir las cosas con las palabras, y de creer que, como secretario viene de secreto , un bimano de esa catadura ha de ser siempre y constantemente un sujeto muy reservado.

Mi secretario murmura que "está bueno" ; porque como yo no lo elogio, él necesita elogiarse a sí mismo, y no se apercibe de que me ha hecho decir varias mujeres, cuando yo solamente quería hablar de una, que seguí en Venecia.

¡Seguir a una mujer en Venecia!... ¡Y en el momento y a la edad que yo lo hacía! ¡Ah!...

Ustedes no tienen idea de semejante encanto, a no ser que hayan tenido la fortuna de andar por allá.

Fortuna, sí.

Il n'y a qu'un París au monde , se dice en francés, por todo el mundo, sepa o no sepa bien francés; es una frase que cualquier hijo de vecino puede aprender de memoria, ni más ni menos que Liberté, Egalité, Fraternité. Pero la lengua en que la frase se dice prueba que ésa es una invención francesa, no tan perjudicial como otras, pero francesa al fin.

Yo sostengo, por consiguiente, que hay muchos París en el mundo. Desde luego, los marselleses dicen que " si Paris avait une Cannebiére,[14] ce serait une petite Marseille ". De donde se deduce que Marsella es más que París. Y, bromas aparte, y sin negar que hay momentos en que el mundo entero se concentra en París, la verdad verdadera es que: no hay más que una Venecia en el mundo.

Interpelado mi secretario sobre esta última afirmación contesta: sí, sí.

Yo, entonces, teniendo como tengo mucha confianza en su criterio, me inclino a pensar como él; y creo cumplir con un deber literario (el deber no sólo se refiere a las cosas morales), diciéndoles a ustedes, poco a poco, lo que les quiero decir.

¿O el maestro en estilo -y esto de estilo, que no es cosa baladí, se refiere no sólo a la selección del lenguaje sino a la forma y a la estructura de lo que se pretende describir, sea cosa palpable, visible o invisible- no tiene razón cuando afirma que la atención es de embocadura estrecha y que es necesario hacerle tragar lo que uno dice, con precaución, de otro modo, así, gota a gota?

Tomadas, pues, todas las precauciones del caso, entre ellas la inevitable necesidad de despertar la curiosidad del lector -que ya creo desespertada-, y para que ustedes comprendan bien lo que es "seguir a una mujer en Venecia" paréceme llegado el momento preciso de decirles, antes de entrar de lleno en el laberinto de mis impresiones y de mis emociones, qué es Venecia.

¡Venecia!

Exclamo con el poeta:

[14] Cannebiére es una calle principal de Marsella, como si dijéramos la calle de la Ftorida entre nosotros.

¡Oh, Venecia! ¡Venecia, cuando tus murallas de mármol se hayan hundido en el abismo de las aguas, las naciones harán oír un grito doloroso sobre las ruinas de tus palacios!

Venecia no es una ciudad. Venecia es una idealidad, es un sueño...

Cuando, después de haber oído hablar mucho de Venecia, se encuentra uno allí, duda de si aquello es o no una realidad. Y sólo se persuade de que está pisando un pedazo de tierra de este mundo y no aspirando el ambiente de una creación de Las mil y una noches , recién cuando tiene, es lo único que se me ocurre, que pagar su tributo al cuarto de hora del Rabelais . Porque en Venecia, como en todas partes, no hay hoteles que lo alojen a uno de balde, ni gentes que le presten a uno sus favores gratis et amore .

Pero, ¡señor!, ¿por qué no hay en nuestro planeta una ciudad siquiera en la que, mediante un sistema cooperativo, por acciones cotizables en todas las Bolsas del Universo, no tenga el viajero nada absolutamente que gastar, presentando sólo un billete de ida y vuelta, que diga: "Válido por quince días, o por un mes", según el número de acciones suscritas?

Yo no sé cómo es que pretenden que el mundo marcha, y hace no se cuántos siglos que uno tiene que pagar todos los servicios que le prestan.

¿Mas, hase visto -dirá el lector- un sistema semejante de digresiones, en forma de vaivén, de marea, que ni sube ni baja ni se está queda, sino que tiene por objeto llenar papel?

Alto ahí, si eso dice el lector. Porque si eso dice, y sospéchome que así es, no entiende de la misa la media de lo que son folletines, siendo lector de libros, en cuyo caso debe ocurrir a ellos, para que sean ellos los que le digan y le expliquen, mejor que yo, lo que es Venecia, cómo es Venecia.

Pero como yo tengo mi público, mi lector especial; como yo escribo, por decirlo así, para los que apenas saben leer , para éstos voy a esbozar un cuadro -antes de hablar de la mujer ésa- de lo que es Venecia, de cómo es Venecia, cuadro que no está pintado en los libros. Entonces mi pintura no tendría gracia. Porque, al fin y al cabo, consultando los libros no hay quien, más o menos zurdamente, no sea capaz de hacer una caricatura de la blanca gaviota que se baña en el Adriático.

Antes, cuando un autor producía, como el mundo era muy pequeño, producía para todo el mundo. Ahora, cuando un autor produce, si aspira a la universalidad, se equivoca. Los conocimientos humanos se han difundido, y en Londres y en París hay gente que mide lo mismo que en la República Argentina y en el Japón, un grado de latitud, y que sabe, lo mismo que en Londres y en París, lo que un grado de latitud significa.

Pirovano, nuestro Pirovano hace la operación del trépano como la hacía Dupuytren.

Yo escribo, pues, para mi público argentino, y me importa un bledo que los críticos del orbe entero encuentren que lo que voy diciendo es plat , como dicen los franceses -trivial, común, como se dice en la lengua que nosotros hablamos, lengua que yo escribo, como ustedes ven, de propósito deliberado a la americana; porque de otro modo, non possumus , y por aquello de "le mot enfievré, qui n'est pas français, excité la plus vive indignation parmi les puritains littéraires; je ne conseille á aucun galant homme de s'en servir: mais Monsieur Figaro..."

Yo tengo que darle una idea al que no ha estado en Venecia, antes de hablar de la mujer esa que seguí, de lo que es Venecia, de cómo es Venecia. Yo tengo que pensar que la mayor parte de los jujeños y catamarqueños y otros, cuya denominación acaba en inos (no vayan a leer beduinos) apenas si tienen idea de lo que es la Boca del Riachuelo y Barracas; y como éstos son la inmensa mayoría de mi país, que es donde vivo y me aburro, que es lo mismo, sería un colmo de petulancia literaria que me pusiera a hacer una descripción de Venecia para nuestros prójimos del otro hemisferio, del otro mundo. Tengo que hacer mi descripción con arreglo a las entendederas de mi lector.

Háganme ustedes el favor de fijarse en que no hay en esto, nada, absolutamente nada, que pueda ofender, en lo más mínimo, la susceptibilidad de un lector inteligente.

Me explicaré: un estudiante de Jujuy o de Buenos Aires puede conocer mejor que yo lo que Quetelet llama la ley del binomio, y yo, sin conocer teóricamente esa ley, puedo

determinar mejor que él, por mi experiencia práctica, el punto del blanco al que se hayan dirigido las acciones humanas.

Lean ustedes, si quieren, que en Mendoza o en Entre Ríos puede haber hombre mucho más erudito que yo, que sepa mejor que yo el grado de latitud y de longitud en que está Venecia, que sepa mejor que yo en virtud de qué leyes hidráulicas Venecia subsiste, por la razón que el ingeniero que dirige la apertura de la Avenida de Mayo es seguro que conoce menos la vida íntima de Buenos Aires que cualquier muchacho alegre, de esos que no faltan, sin que uno sepa cómo, a los teatros, a las carreras y a los clubs.

En un vaudeville , cuyo nombre no recuerdo, hay una escena, muy cómica, por no decir grotesca. Un marido medio tonto (como somos casi todos los maridos), le pregunta a un amigo íntimo, que es su médico, que en qué consistirá el fenómeno de que su mujer, con la que se ha casado recién hace quince días, esté encinta. Y el médico, por toda respuesta, le da ésta:

- Mon cher, la science a des mystères .

Y ¿qué otra cosa quieren ustedes que yo les diga? Así como hay embarazos misteriosos hay existencias incomprensibles -por más que digan que "más vale cuenta que renta"-. Porque esos tipos a los que yo me refiero no saben ni siquiera contar.

Decididamente, hay seres que tienen una providencia aparte. Pero es como Venecia, que uno no comprende que pueda resistir a la zapa constante y permanente del agua, de la cual, para ponderar su acción destructora, se ha dicho: una gota de agua agujerea una peña.

A esa peña impermeable llegué yo, como uno de tantos, en una noche del mes de junio, después de haber cruzado, en ferrocarril, un puente interminable, y llegué a una estación en la que supuse, ¿y qué otra cosa podía suponer?, que de allí me iría al hotel a pie, a caballo, en litera, en ómnibus, en silla de manos, o en coche.

Nada de eso.

¿Saben ustedes en lo que me llevaron?

Me llevaron al hotel embarcado.

¿Y en qué clase de barco?

En góndola, que es un barco sui generis .

¿Han soñado ustedes alguna vez, con un viaje que difícilmente se realiza, porque es un viaje con una mujer que no nos pertenece, de la que su propietario no quiere deshacerse, y que ella, sin dejar de ser bastante loca, es suficientemente cuerda para no abandonarlo al otro?

Interpelado sobre este punto mi secretario, dice (se guardaría muy bien de decir otra cosa, ¡me lo comería!): la idea é bella ma il pecato é grosso!

No me cabe entonces la más mínima duda, desde que mi secretario está de acuerdo conmigo, que si acabo de escribir una cosa que no tiene sentido común, es común, y entonces yo le digo a usted - foi d'honnete homme -, que ese viaje, una vez realizado, será un viaje prosaico, si no tiene este epílogo: oír cantar en góndola, en uno de los canales de Venecia, las barcarolas de aquellos seres felices, felices sí, porque no tienen absolutamente idea de que haya en el mundo felicidad posible fuera de Venecia...

Por lo que hace a la descripción de Venecia, ofrecida más arriba, y a la mujer que allí seguí, mi secretario me observa:

Capítulo I

Describir a Venecia, señor, tantas veces descrita, es algo de demasiado americano; pues han de saber ustedes que, en América, la gente cree poseer un secreto para todo, en materia de política, de economía política y de finanzas, lo mismo que en materia de higiene. (Londres no se llama Buenos Aires , pero es más salubre que nosotros .) Diríase que somos coyas , que

para todas las enfermedades tienen una pepita especial de quinaquina. ¡Ah!, los tales bolivianos son muy diablos; pero no les han bastado sus pepitas de quinaquina para curarse de una peste de chilenos.

Renuncio entonces a describir a Venecia, y les recomiendo a ustedes las descripciones de Alarcón y Castelar, a no ser que insistan.

Capítulo II

Mi secretario me observa que sería mejor que me abstuviera de hablar de la mujer esa que seguí en Venecia; en primer lugar, porque pueden creer que es mentira, después, porque uno puede confiar sus secretos a la amistad, y ustedes los que me están leyendo no son todos mis amigos, y yo no tengo la pretensión de ser amigo del género humano.

Por consiguiente, mi querido Napoleón, le contaré a usted, de silla a silla, si quiere, el episodio; haré más aún, le describiré viva voce a Venecia, y entre lo uno y lo otro, fumaremos... no al lector, sino de los mejores titulados habanos, que es lo que ahora nos introducen.

No sé cuál será la opinión de usted; pero mi secretario me hace notar que toda la gracia de la causerie , si alguna tiene, está en esta parte, y que no hay nada tan peliagudo como concluir. Acabo, pues, por más que diga la gramática de Chantreau que tous les commencements sont difficiles .

Historia de un pajarito[15]

A mi hija María Luisa

Llora, llora urutaú,
En las ramas del yatay;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú.

Carlos Guido y Spano

E quanto a me io vi diró il vero.

Gioberti

A ti, mi María Luisa, te diré para empezar que si continúas amando la verdad, lo justo y lo bueno, poseerás algún día todo el saber filosófico de Platón, la ciencia de lo bello, y la belleza sublime, que es la belleza moral.

Ten presente, sin embargo, ya que tu espíritu se desenvuelve, que tu pecho se dilata y tu alma se eleva, anticipándote a la hora de las revelaciones febriles que: "el conocimiento de los hechos sin sentido ideal y sin elegancia, no es cosa viva, sino muerta, no es un organismo animado, sino una momia o un cadáver".

En cuanto a Carlos Guido y Spano, él conoce perfectamente bien las leyes de la armonía pitagórica, no ha menester sermones; y convendrá conmigo en que no hay, en efecto, cosa menos platónica que la ciencia descarnada , tal cual se la cultiva en este siglo de análisis.

Para mí, nada flaco es bello, por más que se diga que la gordura es enemiga de la belleza.

¿O puede darse algo más horrible que un esqueleto?

Sí, dirá un médico amante de la verdad: la mentira.

Bien, no discutamos, estoy haciendo una introducción, indispensable, obligada, necesaria; porque amo a Carlos Guido y Spano lo mismo que a un hermano. ¡Tiene el alma tan tierna, los sentimientos tan nobles, el corazón tan depurado de cieno! Y luego, ¡él amó tanto a mi padre! Tanto, que juntos le enterramos y juntos lloramos sobre su tumba sagrada, en aquellos días luctuosos de duelo universal. Tú eras entonces más feliz que ahora. Tus ojos no habían vertido aún lágrimas de fuego.

Si no me engaño, quedan hechas las prevenciones, salvedades y cortesías del caso, y puedo, de consiguiente, proseguir.

Establezcamos, pues, las proposiciones, materia de este escrito o carta, plática o estudio, memento o crítica, haciendo, como quien dice, un poco de ciencia en familia, envuelta en los harapos de mi elocuencia a la violeta; bien entendido que tomo la palabra ciencia en su más lata acepción, es decir, en cuanto ella implica el conocimiento de una cosa y no el conjunto de conocimientos sobre una materia.

¿Es bello el urutaú?

¿Llora?

¿Lo hace en las ramas del yatay?

¿Existe o no el Paraguay?

El compositor Bernasconi, que les ha puesto música a las estrofas de Carlos Guido y Spano, mirando al urutaú al través de los prismas luminosos de su fantasía, lo ha visto sin duda bello; no de otro modo los que asistían a las representaciones del famoso trágico Kean,

[15] Esto fue escrito hace muchos años, cuando nuestro autor no lamentaba la muerte de su hija mayor.

lo veían sin joroba. La imaginación embellece, exalta, sublima todo cuanto entra en su dominio y, considerada como sentido estético, es tanto o más falaz que el corazón.

El que recitando esas mismas estrofas marca las sílabas urutaú , creyendo que acentúa la más correcta onomatopeya, se imagina, de igual manera, que el individuo que las murmura quejumbroso es algo de ideal en su belleza, que pico, ojos, cuerpo, forma, plumas y color constituyen el conjunto de un pajarilla sin par en donosura.

El que se figura verlo columpiarse en las ramas del yatay , no piensa seguramente que el yatay es una planta tropical, inter y subtropical, que puede, sin embargo, vivir raquítica, estéril, incolora e inodora en un clima como el de Buenos Aires; testigo, si no, las mil palmas de la calle larga del Parque 3 de Febrero , por no decir el lastimoso plagio o parodia de la famosa avenida del Jardín Botánico de Río.

El que, por fin, escucha, entre el triste lamentar del ser alado, las patrióticas exclamaciones del ser humano que en la mente del poeta ha sobrevivido a la destrucción de una nación entera, duda, por lo menos, un momento, si la devastación ha sido total.

... lo vi diró il vero .

Va a saberse cómo me hallo en aptitud de contestar, satisfactoriamente, me parece, a las cuatro interrogaciones ut supra.

Tengo a la vista la carta de un amigo eminente así por la posición que ocupa como por su egregio estilo, ya sea que escriba o que hable, carta que dice:

Acabé de leer tu último cuadro (Ñandurocay: tempestad y sol , 26 de octubre de 1878). Vas a hacer un negocio con unas usuras judaicas, si a más de hallar verdaderas minas de oro o plata te vuelves con este mundo nuevo de armonías y de imágenes.

Yo no viajo; pero quiero flores y pájaros de todos los climas.

Sé feliz, escribe cuadros, halla minas, sal del presente y vive en el porvenir. Adiós.[16]

Los deseos de un amigo son para mí órdenes supremas.

Me puse, pues, a buscar pájaros, y aunque es más fácil tenerlos que hallarlos, poco tardé en poseer una colección.

Entre los inocentes prisioneros hallábase un urutaú.

He podido, como se ve, estudiarlo de cerca, observar sus costumbres, penetrar, por decirlo así, en los misterios de su frágil ser.

¿Es bello el urutaú ?

Decididamente no lo es.

Imagínate, hija mía, como que pertenece a la familia de los búhos , una lechuza igual a las que has visto en los alrededores de Córdoba revoloteando sobre una vizcachera , cuando salías a caballo, dejándome lleno de mortal inquietud; pero imagínatela con cabeza de pichón deforme, y deforme boca, y tendrás al mentado urutaú .

¿Llora el urutaú?

Decididamente no llora.

Tiene costumbres extrañas: apenas sale el sol hunde su enorme cabeza en el pescuezo y fija sus redondos ojos en él; unos ojos traslúcidos, amarillentos, como un topacio en bruto, y así permanece horas enteras extático, como magnetizado, cataléptico o deslumbrado.

Declina, se pone, se oculta completamente el soberbio monarca de los cielos, y el urutaú sale en el acto de su inmovilidad; se agita, se estremece, se encrespa, como un papagayo que siente aproximarse la fresca lluvia en día canicular, y recién comienza y repite, hasta el

[16] Estas letras son de Avellaneda.

cansancio, con marcadas intermitencias o intervalos isócronos, sus acentuadas y uniformes modulaciones.

Quizá llora, me dirás, la desaparición del sol, en cuya luz se mira durante el día, como me miro yo en tus grandes ojos negros al través de la distancia y de los mares.

Pero es que entonces -es que si en vez de cantar llorara-, los ecos del bosque repercutirían acompasadamente, con algunas variantes, el idealizado canto, al despuntar la aurora; y no es así.

¿Quién puede confundir la agitación y el lamento de la paloma torcaz, con el aleteo y el canto estridente del hornero ; ni el grito autero[17] especie de voz de alarma del teru-teru con el canto del zorzal?

Observando un poco la naturaleza; las escenas ya tiernas, ya terribles, que tienen por teatro la selva, el árbol, la rama, la yerba, la flor -en la eterna lucha por la vida de todos los seres organizados-, no es posible confundir sus pasiones, sus apetitos, sus preferencias, sus gustos, sus habituales; el rugido formidable del tigre, que siente instintivamente la proximidad de un enemigo natural, con el gruñido de salvaje amor que lanza cuando acaricia a su ferina compañera; ni el rugido desgarrador del potente toro, cuando huele la sangre del matadero, con el alegre balido de la hacienda saliendo a la madrugada, paso a paso del corral, o del rodeo , para pacer en plena libertad por los pastosos campos y abrevarse en el arroyo cristalino.

La córnea del ojo de las aves nocturnas no es hecha, por otra parte, para bendecir la luz; luego si se hacen oír al ponerse el sol, no es lamentando su desaparición, sino al contrario, saludando el genio de las tinieblas en el que se inspiran.

Si el poeta templó su lira en esta ocasión por referencias -como lo hizo Domínguez, cuando cantando al ombú, le saludó como habitante indígena de la Pampa-, confundió la causa con el efecto quien le dijo: llora el urutaú .

Triste es la hora en que su voz se oye, que no hay crepúsculo vespertino alegre; pero el canto en sí mismo es monótono y fastidioso, como el de tantos otros avechuchos raros, que viven en comunidad o hacen comercio de amistades con murciélagos y vampiros.

¿Llora o canta, porque es igual, el urutaú en las ramas del yatay ?

El yatay es una especie de palma,[18] es decir, una planta del género endógeno, que crece del interior al exterior en forma de columna adornada de anillos nudosos, que esculpidos por el cincel de la naturaleza marcan su edad con precisión; tiene hojas espléndidas, vivaces en toda estación, que adornan su encumbrada cabeza, cayendo como rizos elegantes sobre sus hombros sin contornos, por decirlo así. Ramas no tiene. Concediendo mucho, podría decirse que tiene un vástago o vara que brota de su tallo o tronco, puesto que rama es eso y sólo eso.

¿Existe o no el Paraguay?

Esto es un poco más prosaico ya.

Te diré, no obstante, hija mía, que "las Musas son mujeres celestiales que no desfiguran sus facciones con artificios, y que cuando lo hacen, llorando por ejemplo, es con el secreto designio de embellecerse". Por manera que es posible que Carlos Guido y Spano, que está en el secreto, haya tenido esto presente al componer su canción; porque, efectivamente, este país es magnífico: cielo, luz, vegetación, clima producciones, hombres, mujeres, todo convida a visitarlo.

Así pues, cuando oigas decir, en la vieja Europa, que el Paraguay no existe, contesta: que los poetas no son geógrafos, y como prueba de ello agrega: que acabas de recibir noticias mías de allí.

---

[17] Esta palabra americana, sinónimo de alarmista, no está aún incorporada al diccionario de la lengua castellana.

[18] El yatay da fruta y sus hojas son un excelente engorde para el caballo.

Librodot

Hoy es día de mi santo, y he pensado que no podía hacerte mejor obsequio que enviarte estas líneas por el correo, con un beso en alas del viento, y mi bendición.

Recitabas, si mal no recuerdo y el cariño no me ciega, con mucha gracia y expresión el urutaú.

¡Que lo que acabas de leer no te retraiga en lo sucesivo de enseñárselo a tu hermanita, mi dulce Esperanza Eduarda!

Shakespeare es el primero de todos los escritores modernos y el poeta de la naturaleza por excelencia. Nada hay en él que no sea real. A pesar de su mérito ha sido tachado de no saber historia.

¿Qué importa entonces que Carlos haga llorar a un pájaro que canta; que le cuelgue ramas a una planta que no las tiene; y que diga que no existe el Paraguay, si son lindos sus versos y hallan eco en muchos corazones?

Hija mía: llora al pajarito que me distrajo algunos días en mi soledad, que no pudo resistir a la esclavitud y que murió, sin duda de pena el mismo día en que debían sacarlo de su país.

¡Bendita seas!

¡Adiós!

Académicos de número, honorarios, correspondientes y electos

Al señor don Juan Figueroa

La langue est l'arme la plus sure pour établir une domination durable et les grands écrivains sont des vrais conquérants.

Me parece que, tanto los que discurren a lo Napoleón -que hasta siendo hombres de espada es bueno pertenecer a la Academia-, como los que piensan como Pirrón, qui ne fut rien, pas méme académicien , no se entenderán fácilmente, si no se inspiran, ante todo, en un sentimiento cordial, que aparte hasta la sospecha de que la idea lanzada por el distinguido literato López Guijarro puede implicar otra cosa que un anhelo de hablista, que tiene preferencias explicables, para embellecer, engrandecer y enriquecer la lengua nativa.

No hay, pues, que tomar el rábano por las hojas. No hay que hablar entonces de "partido patricio". ¿Por qué? Porque la Patria no tiene nada que hacer con esto, y porque si lo tuviera, forzosamente tendríamos que dividirnos en dos campos, uno de los cuales sería el de los "godos", desde que hay "criollos", cuyo patriotismo no se puede poner en duda, que creen que podemos y debemos, sin menoscabo de nuestro legítimo orgullo nacional, cooperar en el sentido del ideal, diré así, cuya realización parece tomar a pecho el susodicho literato, siguiendo en esto las huellas no de españoles sino de americanos, como Bello, Baralt, Caro, Vicente Quesada, etc., los cuales han escrito, en diversas ocasiones que debíamos tratar de limpiar, purificar y ennoblecer nuestra bella lengua americana, que no es, en resumidas cuentas, más que la lengua española.

El concepto trascendental de esos y otros escritores -no de morondanga- no ha sido ni ha podido ser someter el castellano o el español de América al veto de la Academia peninsular, sino al contrario, más bien, inducir a esa Academia a ir, poco a poco, incorporando al caudal de voces castellanas o españolas las voces formadas por las peculiaridades o idiosincrasias americanas, provenientes de la historia, de la conquista, de la organización social subsiguiente, de la guerra civil, del cosmopolitismo y de la constitución política definitiva de algunos Estados sudamericanos.

El concepto, repito, de esos escritores no ha podido ser estrecho, mezquino, pobre, cuando la misma tendencia de los españoles eruditos consiste precisamente en asimilarse el mayor número de voces exóticas, siempre que éstas, representando una idea nueva, una cosa no existente antes -el lenguaje representa abstracciones y materialidades- no tenga de antemano su vocablo representativo; así como siendo la lengua castellana o española la que más admite el hipérbaton, vulgo transposición, esa misma tendencia, tanto allá como acá, se inclina a notificarles a los plumistas de alto y bajo coturno, que no es de buen gusto decir, aunque se pueda (en francés y en inglés y en italiano y en alemán está prohibido), "en una de fregar cayó caldera".

Sí, ésas son las tendencias, y con relación a lo otro pondré este ejemplo: los académicos españoles de número, y los con ínfulas de académicos, en América, piensan, como Juan María Gutiérrez pensaba y yo, hace treinta años, que si tenemos dos palabras papel y rol , y que si rol significa en francés lo que no significa en español, hacemos mal en dejarnos supeditar por los franceses, diciendo, para ser más claro: "ha representado su rol muy bien", en vez de su papel . Porque esto es exactamente lo mismo que si los franceses, dejándose supeditar por los españoles, dijeran: " il a très-bien Représenté son Papier".

¿Y para qué más? A no ser que, personas tan inteligentes, como ustedes, los que me están leyendo, sean como el oficial aquél que decía: "Pues si no han alcanzado con el primer cañonazo, que tiren otro."

No; cuando la Academia Española pone en su frontispicio "Limpia, fija y da esplendor", lo que quiere decir es que, teniendo la mitad de un Nuevo Mundo como campo de acción, aspira a brillar, como faro del pensamiento humano, en cuanto lenguaje es expresión de ideas. Y aquí cuadra decirles a ustedes que es inútil que, teniendo nosotros sangre española y hablando lengua española (más o menos bien), hemos de tener ideas españolas más o menos agallegadas ; es decir, que siempre hemos de ser más o menos intolerantes, hasta que no esté terminada la evolución.

La Academia Española no pretende ni puede pretender, en su purismo, que voces aceptadas por millones de hombres, no figuren en su diccionario , en la oportunidad debida. Pero ¿cuándo llega esa oportunidad? Aquí está todo el quid de la cuestión.

Me explicaré.

Un señor de Santa Fe, que se llama Urraco, comienza una novela de aquesta manera: "Era de noche y sin embargo llovía." Ese señor emplea voces santafecinas, argentinas, en su libro, así se llama todo lo que está escrito con letra de molde, y encuadernado, y en formato (tamaño o forma, se dice en español puro) más o menos grande. Pues si ese señor tiene la pretensión de que la Academia Española adopte sus neologismos, ese señor, por más autor que sea... es un desgraciado.

Pero si al través del tiempo, y de las vicisitudes políticas y sociales, de este conjunto de circunstancias y de hechos fenomenales que caracterizan una evolución sociológica cualquiera, decadente o ascendente, una serie no interrumpida de hombres de pensamiento, que se llaman verbigracia: Garcilaso, Alarcón, Bello, Ventura de la Vega, Alberdi, Mitre, Caro, Vicente Fidel y Lucio V. López, Magariños Cervantes, Quesada (padre e hijo), Gutiérrez, Barros Arana, Amunátegui, Avellaneda (Nicolás), Sarmiento, Baralt, Estrada, Mármol, Goyena, Gorostiza, Izaza, Matta, Olmedo, Vaca Guzmán, José S. Decoud, Vicuña Mackenna, Figueroa (el poeta), Juan Carlos Gómez, Echeverría, Guido Spano, Federico de la Barra, cualquiera de los Varela, son una pepinera (almácigo, se dice), el deán Funes (no hay para qué seguir cronología en esto), los Ramírez, Flores, Blanco, Garmendia, Sansón Carrasco , Posse (Pepe y Benjamín), Saldías, Bilbao, Navarro Viola, Zubiría, Andrade, Zeballos, Wilde, Lamas, Hernández, Trelles, Pelliza, Carranza, Obligado, Oyuela, Cárcano, Lafinur, Errázuriz, la Gorriti, la Mansilla, la Juana Manso, la Sagasta de Pelliza, y tantos otros y otras, todos y sin excepción, emplean, usan, y se sirven del mismo vocablo, para expresar la misma idea abstracta, o el mismo objeto material, ¿creen ustedes que habrá Academia Española alguna que, en presencia de tanta uniformidad, no incorpore al caudal de su léxico, que quiere dar esplendor a la lengua castellana, los términos de que se ha valido esa pléyade de escritores distinguidos o eminentes?

En muchos casos, dice sabiamente un escritor americano del norte, la naturaleza del gobierno y de las instituciones civiles requiere un lenguaje apropiado en la definición de las palabras, hasta cuando las palabras expresan la misma cosa en Inglaterra. Pues bien, lo que es verdad con relación a los Estados Unidos y a la madre patria de éstos, es verdad con relación a nosotros y a la madre patria española. Ese escritor agrega: "Nadie en este país quedará satisfecho con las definiciones inglesas de las palabras Congreso , Senado , Asamblea , Corte , etc., etc., porque aunque estas palabras se usen en Inglaterra, ellas son, no obstante, aplicadas en aquel país para expresar ideas que no expresan en este otro país."

Y yo digo que toda la cuestión estriba en esto, tratándose de palabras españolas y americanas; que respecto de las puramente americanas, el problema se resuelve en España por la imposición de la uniformidad, cediendo la Academia cuando ve la persistencia nacional de los escritores en valerse de un vocablo.

Y todo esto es perfectamente aplicable a nosotros con relación a la España; y de todo esto también se deduce que, si los argentinos queremos hacer un diccionario argentino de la lengua española , tenemos que tomar por base el diccionario de la Academia peninsular , y que si ésta quiere hacer un diccionario de la lengua castellana que se habla en América, no puede rehuir el incorporarle todas las palabras representativas de ideas y de cosas corrientes

Librodot

en esta parte del continente americano, so pena de que ese diccionario sea deficiente; al paso que uno hecho con arreglo al criterio de lo que voy insinuando se vendería desde Méjico hasta la Tierra del Fuego, como pan bendito; como haría la fortuna de toda una familia, el que algún miembro de ella tuviera la gloria de hacer en español lo que Webster ha hecho en inglés.

Porque han de saber ustedes que los señores ingleses, con toda su potencia marítima y con toda su ciencia tradicional, si bien poseen un Bacon, un Newton, no han podido producir un Webster, siendo el mismo Johnson al lado de aquél un niño de tetas. Y porque han de saber ustedes, lo repetiré, una vez más, que las dudas que no les resuelvan las otras colecciones de diccionarios, Webster se las resolverá, y con esta particularidad, que no les dejará duda, porque cuando ustedes busquen "nariz", a más de decirles: "facción saliente del rostro humano, entre la frente y la boca, con dos orificios", se las pintará. De modo que no cabrá discusión, como cuando se trata de nociones metafísicas, que es lo que origina tantas disputas.

Todo el mundo se entiende, sin ponerse previamente de acuerdo, sobre lo que es mano , no hay más que mostrársela al que diga: "¿Y qué entiende usted por mano?", diciéndole: "esto" y metiéndosela, por decirlo así, por los ojos, con los cinco dedos bien abiertos.

Pero vaya usted a entenderse, cuando la cuestión versa sobre entidades o concepciones espirituales. Es cosa de nunca acabar, y sin embargo no hay diccionario que no tenga su definición, distinguiendo la ciencia, según el estado de los conocimientos humanos, entre accidente y esencia.

Esta idea de entendernos con la Academia Española , para los fines apuntados -entre los cuales, antes de proseguir, anotaré uno- no es nada nueva entre nosotros mismos, aunque el señor López Guijarro crea haber tenido la inspiración.

Uno de esos fines sería, verbigracia, que ni unos ni otros caigan en equivocaciones como ésta:

Pero queríamos venir a esto: dice el señor Obligado y parece mentira: "soy argentino hasta la médula de los huesos, y tanto, que dentro de mi tierra, desdeño todo arte que no arroje en ella raíces de ombú".

Pero el señor Obligado desdeña al arte en absoluto. ¿Qué tiene que ver la raíz del ombú, ese árbol feo, con el idioma y con la literatura?

Además, sería lógico si dijera: soy porteño o soy pampeano, etc., porque como todos saben, el ombú es un árbol peculiar y exclusivo de la Pampa.

¡El ombú , árbol de la Pampa...! Porque Domínguez cantó:

¡La Pampa tiene el ombú!

Ya dije, hace qué sé yo cuántos años, en mi libro sobre los indios ranqueles, que en la Pampa no hay ombú , como no hay alfalfa ni cardo, plantas que fueron introducidas en América por los españoles. La América produjo el tabaco, las papas y hasta los pavos .

Esas otras plantas fueron importadas; y es por eso que la región del ombú es el litoral, y un poco de lo que quedaba dentro de fronteras, cuando había indios. Y es por eso que, en los campos accesibles, un ombú en lontananza era signo casi infalible de una tapera .

El cerro es más de Montevideo (Domínguez cantó también el cerro), que el ombú de la Pampa.

El ombú , o hablando técnicamente Phytolaca Dioica , de Phyton , árbol y de lacca , laca, es un árbol originario de las Indias Orientales, llevado a Europa por los jesuitas portugueses, y para ser breve y en comprobación de esto, diré que Lisboa, que como la antigua Roma, está edificada sobre siete colinas y cuyas casas tienen amplios patios, uno de los cuales es huerto, está llena de ombúes .

Librodot

Pero supongamos que yo estuviera equivocado en esto, como puedo estarlo en tantas otras cosas: el día en que nos pusiéramos de acuerdo con la Academia Española , ombú estaría en su diccionario, y se acabarían las discusiones o las dudas.

Iba diciendo que la plausible, al menos para mí, idea del señor López Guijarro, no es nueva entre nosotros, y tanto es así, me observa mi secretario -este secretario, que algunos de ustedes no quieren creer que existe, por más que yo les diga que sí existe, que aquí está, que él es el que escribe, yo el que dicto, que es más joven que yo, quizás más instruido que yo, padre de familia y propietario, sin deudas, y con crédito, y a quien no nombro aunque tenga el apellido de un grande de España, y lo sea a su vez, por activa y por pasiva, porque tiene la cuna y los sentimientos- ya, en 1881, escribía in extenso , bajo el rubro de Congreso de hablistas :

Fuera del congreso de filólogos que se reunió en París, hace algunos años, con el fin de arribar a establecer las bases de un idioma universal, no tengo noticia de ningún otro.

Respecto a las ventajas que reportaría un congreso de hablistas españoles, creo que serían muchas y muy provechosas.

Veamos algunas de ellas.

Y al expresarse así, trae a colación las opiniones de Antonio Flores y de Vicente G. Quesada, e inculcando sobre la conveniencia americana, no española, de uniformar la lengua, decía muy atinadamente:

En casi todas las repúblicas de Hispanoamérica, hay giros peculiares, maneras de decir, acepciones de palabras que no constan (las acepciones) en ningún libro, etc. Se me ocurre citar, entre mil, algunas genuinas del Río de la Plata. Pararse , por ponerse de pie; vaqueano o baqueano , por guía, conductor, práctico; bombero y bombear , por espía, espiar; esquina , por almacén de comestibles y bebidas; de donde, caballo esquinero , por aquel que se acostumbra a parar de por sí en los almacenes o pulperías , etc., etc.

En giros de frases, a cada rato oímos decir y leemos: Es así que... en vez de: Así es como ; Hubieron 7 muertos, en vez de: Hubo 7 muertos ...; Hacen 6 años a que , en vez de Hace 6 años que ... o 6 años ha que ... etc., etc.

Tenemos que se dice manito (diminutivo de mano) en vez de manecita o manita; el levita (prenda de vestir), el sartén , etc., por la levita , la sartén , etc.[19]

Pero los ecos de mi secretario se perdieron en el vacío, como se habían perdido los de Flores, los de Quesada, los de tantos otros. ¿Por qué? Porque veinte, quince, diez años atrás, en estos países de América, son un mundo; sobre todo en la República Argentina, cuya marcha vertiginosa de progreso la trasforma, a punto de verla, por decirlo así, nacer, crecer y desenvolverse como se ve la larva con el microscopio.

Lo que no había entonces abunda ya: críticos y lectores.

Vean ustedes lo que son los tiempos.

Yo publiqué hace veinticinco años un libro; era una traducción, no quiero decir de qué; no era mala; no era una novela.

Estuvieron en venta los mil ejemplares muchos meses, con sus correspondientes avisos. ¡Nadie!, absolutamente nadie, ni por curiosidad, entró por ello, en la librería de Ure y Vignale. Un día, fastidiado, me fui allí con un carro, cargué mi obra, la llevé a mi casa, y... la deposité donde ustedes pueden imaginarse.

Doce años después, don Florentino González publicaba el mismo, mismísimo libro, ¡ganándose cien mil pesos!

[19] El Investigador , Tomo II, pág. 257, Bs. Aires, 1881.

¡Y luego dirán que no es cierto aquello de que "cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento", que yo siempre repito!

Bueno, pues, creo que ha llegado el momento afortunadamente de hacer práctico el pensamiento de tantos y tantos escritores americanos, pensamiento que se presenta nuevamente a la discusión bajo los auspicios nada menos del representante oficial de la madre patria, el cual no es en la república de las letras un pelagatos.

La verdad es, y aquí entre nos podemos confesarlo, que a todos los que escribimos nos gusta ser puristas; si no por la selección de las palabras, incuestionablemente por la selección gramatical, y que si no damos en bola no es por falta de ganas, sino porque no tenemos el estímulo del ejemplo, y porque la crítica, en la mayor parte de los casos, se anda por las ramas.

Y aquí también me corresponde declarar una vez más que, salvo galleguito impertinente más o menos, no hay nación que yo ame más que la España ni lengua que me guste más que la española; porque es tan clara y tan precisa como la lengua inglesa, y tan armoniosa y tan bella como el mismo italiano. La primera vez que yo dije "te amo" fue en esta lengua.

De manera que no discurro como algunos cuando dicen: "Sería de desear que estuviera más claro, pero se puede entender y esto basta." No, digo yo con un maestro en estilo y, a más de maestro en estilo, sabio en humanidades : no, no basta que se pueda entender, sino que se ha de procurar que no se pueda, de ninguna manera, dejar de entender. O como decía Quintiliano (que era español): No omnino possit, non intelligere . O como dice Olózaga:

Y el que no quiera o no pueda escribir así, que escriba acertijos; que cuanto más oscuros estén, más mérito tendrán. Y si hay lectores que gusten de adivinar las ideas y los sentimientos de los autores oscuros, y se crean en esto infalibles, piensen que el idioma sirve también para otros usos, en los que no se puede dejar nada a la imaginación, y en que importa mucho evitar que haya ni una sola frase, ni una sola palabra, que pueda admitir dos diversas interpretaciones.

Por consiguiente, y considerando:

Que la mayor parte de los escritores argentinos aspiran a escribir no como yo, o como Fray Mocho , sino como Larra o como Cervantes , o como Núñez de Arce y Quevedo , o como Castelar y Donoso Cortés , o como Pereda y Jovellanos , y al revés de los que se escapan por la tangente, arguyendo que si él habla "la lengua castellana, yo hablo la lengua que me da la gana..."

Yo...

Y mi secretario...

Fundándonos en una multitud de razones, que omitimos por su peso,

Decretamos:

Que se pongan de acuerdo todos los hombres de pensamiento de este país, para que, tuerto o derecho, se realice, cuanto antes, el gran pensamiento de entendernos con la Academia Española, a fin de que podamos en un porvenir, no lejano, tener un diccionario de la lengua castellana, que no por ser español dejará de ser americano.

Júpiter

Al señor doctor don Guillermo Udaondo

...Il ne savait pas encore, en montant l'escalier, comment il s'y prendrait pour l'aborder: mais il se fiait à son instinct.

(El príncipe de Ligne, yendo a visitar a Juan Jacobo.)

No sé por dónde empezar. Lo declaro ingenuamente, por más que ustedes no lo crean.

Yo sé que ustedes están acostumbrados a verme salir airoso de los atolladeros confidenciales en que me suelo meter. Pero es que esta vez la confidencia se refiere a personas impecables, que el conflicto viene precisamente de ahí.

Y en efecto ¿qué cosas interesantes puedo yo tener que decirles a ustedes de mi hija, de mi persona y de mi perro? De mi perro Júpiter, que no es el perro de Bismarck, ese perro histórico, que desempeña un papel tan importante en la vida del gran canciller.

Mi perro no me ha servido, hasta ahora, para conseguir que los sastres y los zapateros que me visten y me calzan sean puntuales.

Yo sé que mi perro es muy inteligente, que él me conoce a mí mejor que yo a él. Pero aunque yo sea mucho más inteligente que él -lo que no les permito a ustedes poner en duda-, no habiendo nacido indudablemente con el don envidiable de entenderme con animales, no se me ocurre mediante qué educación yo podría hacerle entender a Júpiter lo que se cuenta que Bismarck ha tenido el talento de hacerle entender a su perro:

Esto.

-¿Ves ese hombre?

El perro mueve la cola de abajo para arriba, quiere decir sí.

-Bueno, es mi zapatero -le estoy diciendo-, que si mañana, antes de mediodía no me lleva las botas que le he encargado, tú vendrás aquí... y, ya sabes...

El sabueso no necesita más explicación.

Tiene el rabo parado, lo baja, y esto quiere decir: ya estoy.

Y tan quiere decir "ya estoy", que si al día siguiente, antes de mediodía, Bismarck no recibe sus botas, el zapatero está expuesto a ser devorado por el formidable coadjutor.

Yo sé bien que los rudimentos de lo que habitualmente consideramos bases verdaderas de la personalidad, existen, a no dudarlo, en un grado más o menos marcado, en los animales inferiores al mismo perro. Pero, ¿qué quieren ustedes?, yo medio entiendo a los hombres, algo a las mujeres, que son al hombre lo que un jeroglífico egipcio es a la lengua latina, mucho más difícil de descifrar y, a la edad que tengo, hasta ahora he conseguido hacerme entender de los brutos .

¡Ah!, ¿por qué no soy yo Bismarck? ¡Y qué cosas no le enseñaría yo a mi perro! ¡Y cómo se haría entender él de mí! -entendiéndome a la vez, mucho más de lo que me entiende ya.

Mi perro Júpiter, he dicho. Es un modo de hablar. Júpiter pertenece a mi hija Esperanza. Ella me lo ha dejado hasta que vuelva, y como en una de sus últimas cartas me habla de él, pidiéndome noticias suyas, con interés, y extrañando que al mentarlo, en una de nuestras conversaciones anteriores, haya sido tan lacónico, diré bíblicamente: Júpiter, hijo de Lord, hijo de Sara -cuadrúpedos de mi pertenencia, son alemanes, y están actualmente en la provincia de Santa Fe, donde llaman la atención, como ya la llamaron aquí, entre los aficionados a perros, por su tamaño colosal.

Lord es todo un señor perro. Imaginaos que en el Pergamino, donde lo acompañaba a mi yerno, el ingeniero Jorge A. Perkins, el cual construía a la sazón un ferrocarril, imaginaos, repito, que él era allí el que se levantaba más temprano, el que iba al mercado. Primero, traía

la canasta para el consumo de la casa; en seguida se traía lo suyo, y el cocinero no tenía más que poner la olla al fuego.

Júpiter es digno hijo de Lord en ciertas cosas, como yo lo soy de mi padre. El doctor Udaondo está en estas confidencias y, como él ha sido el médico de mi hija Esperanza, no sana aún, por mi desgracia, a él, no a ella, le cuento directamente lo que se va leyendo.

Y esto dicho, agregaré en obsequio de mi hija, debilidad que los padres comprenderán mejor que sus vástagos de ambos sexos, cuál es la vida de Júpiter.

Hay gentes de talento, instruidísimas, sapientísimas, que me encontrarán de una frivolidad inaudita, afligente. Esas gentes no han pensado nunca en suicidarse, seguro.

Son gentes que no han conocido nunca el spleen , que no se han aburrido nunca, que nunca han estado desesperadas, que sólo saben lo que es el egoísmo , que no entienden jota de altruismo , que, por consiguiente, harán todo en su vida, menos lo que se cuenta del perro de Montrichard.

Este perro era lo que en lenguaje perruno se llama un guión , alto, hermoso, blanco con pintas amarillas, vagaba y no tenía collar; se había quedado, como decimos acá, con suma propiedad, guacho .

Alguien lo recogió, dándole hospitalidad. Inútilmente buscóse su dueño en todas direcciones. Durante ocho días, el perro iba y venía siendo cortas sus ausencias.

Una vez, por primera vez, no vino en todo el día. Volvió al siguiente y fue sin embargo bien recibido.

Pero otra vez, la segunda, estuvo ausente ocho días y fue recibido a latigazos.

El pobre animal partió en el acto, se fue derecho al río, y en presencia de muchas personas que allí estaban, entró resueltamente en el agua para ahogarse, y se ahogó.

Un perro que se ahoga voluntariamente, desesperado, a causa de una mala recepción, ¡he ahí un hecho raro!

¿Cuántos de ustedes sin ser perros, recibidos como tales, han tenido la idea de suicidarse? ¡Ah!, cuán cierto es que altro e parlar di morte, altro e morire .

Vaya con el tal Júpiter, ¿y para qué me habré metido yo a hablar públicamente de él?

¿No habría sido mucho mejor decirle todo esto a mi hija en una carta íntima, contestando a la suya, que ha visto su médico?

Pero, si en todas partes hay padres y hay hijos, y mis móviles son comprensibles, yo diré aquí en justificación mía lo que se ha dicho por la crítica de Carlos Dickens, que la gloria del más inglés y del más londinense de los novelistas ingleses consiste justamente en haber sido el más cosmopolita de todos ellos, y, de ahí, el menos nacional. Bueno, yo seré el más (si pongo menos, no sale bien la frase) nacional de los escritores argentinos, pero soy tan padre como el más pintado, y si esto no arguye en mi favor y no me abona, soporten ustedes que les diga que no tienen corazón.

En los anales de las religiones, el escritor francés Guimet cuenta que los japoneses, así que se levantan, van a desparramar arroz en un altar, adornado de pequeñas divisiones, en las que están consignados los nombres de sus antepasados. En seguida, asegurado, por decirlo así, el alimento de la prosapia, el japonés hace un examen de conciencia, para saber si sus actos, los realizados durante las últimas veinticuatro horas, podrán ser o no desaprobados por la progenie, cuya lista tiene ante sus ojos.

Como ustedes saben, yo no soy japonés, ni mi origen es japonés, ni tengo facha de japonés, ni vivo como japonés. Vivo, según es pública voz y fama, lo mismo que cualquiera de ustedes y con esta pretensión: ser quizá tan mal marido como ustedes, pero un excelente padre de familia, por más incongruentes e inconciliables que las dos afirmaciones puedan parecer.

Yo me confieso, sin embargo, todos los días.

No se asusten ustedes.

¿Con quién?

Librodot

No lo hago en la iglesia de miedo que el confesor, que es un hombre como yo, se caiga de espaldas.

Me confieso en mi casa -y no con mi secretario, que le puede contar mis pecados a su esposa-, sino conmigo mismo.

Todo hombre tiene siempre una mujer, propia o ajena, una amiga predilecta, a quien contarle lo que no debe.

Pocas virtudes son tan difíciles como la que consiste en guardar un secreto.

Mi confesión tiene, como se ve, muchas ventajas. Yo la denomino mi "careo espiritual", y la recomiendo a ustedes.

Al efecto, y siendo, como ustedes saben, doble la humana naturaleza -materia y sustancia, cuerpo espíritu; bestia aunque no tengamos cuatro patas (el diccionario no da otra definición de bestia) y animales racionales-, yo me divido todas las noches, antes de acostarme, en dos personas.

La una es un personaje: se llama el señor general don Lucio V. Mansilla. Ustedes creen conocerlo. Tanto mejor.

La otra es un simple prójimo de ustedes, se llama Lucio Victorio; Lucio, porque así se llamaba mi padre, Victorio, porque perteneciendo mis progenitores a la comunión católica apostólica romana, así me pusieron, en la pila, en razón de ser la fiesta de Santa Victoria Mártir, el 23 de diciembre. Perdonen ustedes esta digresión o reminiscencia del almanaque.

Todas las noches, pues, cualquiera que sea la hora en que me recojo, hay en mi casa unos coloquios divinos, a veces unos escándalos mayúsculos, que por fortuna no requieren la intervención de nuestro querido Alberto Capdevila, el jefe de Policía.

¿Saben ustedes entre quiénes?

Entre el general Mansilla y Lucio Victorio.

Ahora ya nos hacemos viejos los dos, y ahora ya no sucede con tanta frecuencia como antes, lo que le sucediera al general Córdoba, al héroe de Ayacucho.

¿Conocen ustedes la anécdota?

Se la contaré:

El general Córdoba se miraba al espejo y se veía de cuerpo presente, como decía doña Brígida Castellanos, en vez de cuerpo entero, pidiéndole a Fernando García que le hiciera su retrato, y mirándose se preguntaba:

¡Córdoba!

¿Qué te falta?

Eres joven, eres bello, eres general a los veinticinco años, te has distinguido en Ayacucho, eres afortunado en el amor, eres rico...

¡Córdoba!

¿Qué te falta?

En ese momento el asistente entraba, y contestando a la interrogación, agregó como un eco de la conciencia del general:

-¡Juicio, mi general!

Córdoba dio vuelta; miró, y exclamó a su vez:

-Estos animales tienen siempre razón.

Ahora, repito, sucede otra cosa; no es juicio en la acepción moral lo que me falta, si alguna vez me faltó. No, la facultad para distinguir el bien del mal y lo verdadero de lo falso, ya la poseo. ¡Pues no faltaba otra cosa a la hora que es!

Los errores, las equivocaciones, las torpezas, pertenecen a otro orden de ideas.

Bien resulta de lo que dejo dicho, que hay noches en las que Lucio Victorio está contento del general; otras, en las que el general está contento de Lucio Victorio, y viceversa, noches en las que el general suele decirle a Lucio Victorio: ¡pero hombre, qué bárbaro has estado hoy, qué indiscreto, qué imprudente!; noches en las que Lucio Victorio suele decirle al

general: pero amigo, qué mal sentido el suyo; y noches en las que los dos se acuestan cuasi contentos, no recordando haber hecho ninguna zoncera.

Bueno, y aquí es con mi hija ausente con la que hablo, se trata de su perro, de Júpiter, teniendo, como tengo, que acusarme de una brutalidad.

Júpiter dormía en mi aposento. El hombre busca siempre "alguno como perro" que lo acompañe. Pretendemos ser fuertes, y no somos sino supersticiosos.

Yo estaba como una piedra en brazos de Morfeo. Pero como hay ruidos que conmueven hasta las piedras, despertóme el zamarreo de una puerta.

Era Júpiter.

Le hablo en su lengua, se sosiega... recobro el sueño. Un momento después, vuelta a las andadas. La escena se repite. Júpiter quería abrir una puerta.

¿Y qué puede querer Júpiter?, pensé yo.

Siempre dominados por los juicios temerarios, cuando se trata de los que queremos.

Ya estoy, me dije, Júpiter quiere irse al cuarto de Sebastián -mi sirvientito predilecto, como alguna otra vez lo he dicho-, y el que, como todos los muchachos, tiene un gran imán para los perros.

Confieso mi flaqueza, mi envidia, mi rabia, mis celos..., tuve celos de Sebastián, y como un argumento concluyente, para hacerme amar, tomé un bastón y le di unos palos a Júpiter, que si se encrespa me quita probablemente el palo, y todo quedó en el más profundo silencio... y el general Mansilla, que es un hombre muy varonil, según dicen, no todos, contentísimo de la energía de Lucio Victorio.

Por la mañana, muy temprano, cuando me trajeron antes de montar a caballo la primer taza de café -tomo hasta veinte por día-, no se podía aguantar en mi cuarto; Júpiter, reducido a la última extremidad, había hecho allí lo que necesitaba, que no era ir a ver a Sebastián, que no era una infidelidad.

Lucio Victorio se sintió indignado del general que había estado brutal, lo increpó, y después de un largo altercado entre el hombre público y el hombre privado arribaron a esta conclusión:

Cuando oigamos golpear nuestra puerta, no nos apresuremos a decir: ahí viene alguien a molestarnos, sino todo lo contrario; pensemos más bien que algún necesitado pide permiso para entrar, y abramos nuestras puertas de par en par.

De lo contrario, el general o Lucio Victorio harán, sin quererlo, alguna como la de Júpiter.

Y con esto, hija mía, que Dios te tenga en su santa guarda, y al lector, si esto es apólogo, que le aproveche.

Lo que es a mí, no me queda sino un escrúpulo, el haber estado un poco zurdo queriendo complacer a mi Esperanza. Sírvame de excusa lo que a tantos excusa: el ser padre, por activa y por pasiva, porque lo que he escrito es obra mía -como lo eran las fábulas de La Fontaine, de su autor, el que por más sabio que fuera no se atrevió a confiarlas a la publicidad sin exclamar primero:

Et si de vous agréer, je n'emporte le prix
J'aurai du moins I'honneur de l'avoir entrepris.

Librodot

Limosna y mendicidad

Al señor don Francisco Seeber

En todas las ciudades del mundo que ustedes y yo conocemos hay calles.

Yo entiendo por "calle" dos líneas paralelas de edificación, más o menos largas y tortuosas, pavimentadas, limpias, aireadas.

Todo lo que estos tres caracteres no tenga será denominado calle pero no será tal calle, sino un prospecto de tal, para un porvenir más o menos remoto.

Otro sí, agregaré que en toda calle de ciudad que se tenga por civilizada, por regla general, hay, sin embargo, tierra o barro.

Con las calles pasa lo que con las mujeres que las transitan: o son muy gordas, o son muy flacas. Las delgadas, "las que realizan en una justa proporción ese embonpoint clásico que hace el encanto de los ojos y gloria de las artes de imitación", ésas son la excepción -como son excepcionales los días en que uno puede pasearse por las calles de Londres, de París, de Berlín, de San Petersburgo, de Viena, de Madrid, de Nueva York, de Boston-; como se ve, tomo lo típico dentro de la moderna civilización, sin ser molestado ni por el barro ni por la tierra.

Pues en uno de esos días, que llamaremos ideales, iba yo por la calle del Bac , en París...

La calle del Bac está en el faubourg Saint Germain , y es una calle como casi todas las muy frecuentadas de París, una calle especial.

Aquí vivía Madame de Staël, y en su tiempo, corría por el medio una gran acequia que le hizo decir a su regreso de Italia: que toutes les beautés de l'Italie ne lui fairaient oublier la rue du Bac . Y esto prueba una vez más cuán cierto es aquello de: "quien feo ama, hermoso le parece", por más que fuera la rival de Napoleón quien hiciera la comparación; y prueba también que es universal la aberración que nos hace encontrar lindísimo todo lo de la tierra natal. Porque aquí, entre nous , la rue du Bac, entonces, con su gran acequia, debía ser como alguna calle de San Juan o de Mendoza ahora, por más que desembocara en el Sena, viniendo Bac, por lo que pueda interesarle a los curiosos, de la especie de chata que servía para cruzar aquel arroyuelo, diremos, que tanto la encantaba a Madame de Staël.

Sea lo que fuere de estas reflexiones, han de saber ustedes que las calles de París, las calles ricas, no se parecen a las calles de ninguna otra parte; en ellas la población ambulante se renueva constantemente y ofrece, por consiguiente, una novedad diaria de todos los momentos; digan lo que quieran "no hay como París".

Vayan ustedes a darse un verde por allá, y una vez en otra parte, comprenderán lo que cuenta Víctor du Bled, ocupándose del célebre príncipe de Ligne, con el que un hombre de raro mérito moral e intelectual, popular y simpático -casi digo Julio Costa- halla que yo tengo puntos de contacto.

Como no sea por aquello de su epitafio, compuesto por el marqués de Bonnay para divertir a la sociedad:

Ici gît le prince de Ligne,
Il est tour de son long couché;
Jadis il a beaucoup péché,
Mais ce n'était pas à la ligne.

Lo que cuenta Víctor du Bled, y esto apoya mi tesis: "no hay como París", es que: estando un día en Potsdan el príncipe de Ligne y el rey Federico, pasaban revista de toda clase de asuntos: guerra, literatura, religión, fisiología, historia, bellas artes, anécdotas; divertíanse con las salidas de Voltaire, con la susceptibilidad de Maupertuis, con el fino talento de Jordans, con la hipocondría supersticiosa del marqués de Argens, a quien Federico

embromaba haciéndole guardar cama, por veinticuatro horas, con sólo decirle que tenía mal semblante. Este de Argens tuvo una salida muy espiritual, un día que el rey preguntaba a sus convidados qué haría cada uno de ellos, si se encontrara en lugar de él:

"Yo, señor, vendería mi reino y compraría una buena posesión en Francia, para comerme las rentas en París."

París es, en efecto, la ciudad del mundo donde entra y sale cotidianamente mayor número de gente extraña o extranjera, la más alegre.

¿Me permiten ustedes un símil?

Con el permiso de ustedes, diré entonces: que con las calles de París sucede lo que con sus teatros, que es lo contrario de lo que sucede aquí: en ellos se ven todas las noches caras nuevas. Entre nosotros, ya sabe uno de antemano, que, entrando y mirando a la derecha o a la izquierda, verá, en nuestros grandes teatros principalmente, las mismas caras, los mismos cuerpos, más o menos voluminosos (aquí se desarrollan mucho las señoras, ya les diré por qué), más o menos adornados de plumas y de alhajas: (aquí abusan mucho las señoras de ese adorno y de las alhajas, y ya les diré también el porqué).

Aquí vienen muchos extranjeros, pero se quedan, no se van, y los que vienen son de cierta clase, en su mayor parte; así es que la minoría, la que se incorpora a nosotros, socialmente hablando, ésos, al rato no más de estar en Buenos Aires, ya los ve uno en todas partes, parados en las esquinas , papando moscas (o camelando la hija de algún estanciero o bachicha rico, aunque sea fea), o en la puerta de la Confitería del Águila o en la vereda del Jockey Club, del Progreso, de cualquiera de los sitios fashionables , donde es lícito plantarse sin ofender la moral urbana, por más impertinente que se sea.

A este respecto (ya les diré a ustedes el porqué), Buenos Aires se va haciendo una ciudad inhabitable, y no ha padre, ni marido, ni hermano, que no se queje del modo como las y señoras y las señoritas son tratadas por tutti quanti .

Bueno: decía que, por una de esas calles de París, por la del Bac , iba yo, pensando en lo que ustedes quieran, cuando acertó a pasar por el lado mío una mujer, cuyo "perfil" pispé al vuelo. Yo adoro el perfil (ustedes me permiten esta confidencia). Y también les ruego que me permitan seguir usando y abusando de los entre paréntesis. Este recurso gramatical es como las "guiñadas" en la conversación.

La mujer, que me dejó atrás, tenía una gracia que parecían dos (y ustedes lo verán después confirmado...).

Yo no me propuse seguirla; pero el hecho es que, un momento después, me apercibí de que la seguía. Y a poco andar, me apercibí, ítem más, de que cuando ella iba delante, yo apresuraba el paso para dejarla atrás; lo que tanto vale, como decir que, a medida que inspeccionaba el sujeto, más digno de ser inspeccionado me parecía, como que ya había visto que era preciosa la cara de la tal mujercilla, esbelta y donosa por sus cuatro costados.

Naturalmente, los lectores que en su vida han experimentado (son mirlos blancos) estas sensaciones, no me comprenderán; pero yo escribo para el tercer estado , para la gente llana, para los hombres de carne y hueso como yo, y éstos me entenderán. A los otros los compadezco, como compadezco a todo aquel que no ha probado en su vida trufas con vino champagne ni crème à la vanille .

Ella iba delante, yo atrás; yo iba delante, ella atrás; como un corso e ricorso , esta evolución se repetía, y la francesita (que era lo natural suponer) caminaba y caminaba con esa peculiar presura y gracia sin par, recato e inocente provocación que solo tienen las francesas y las españolas (¡ah, si fueran tan constantes como son seductoras!), cuando de repente, yendo yo atrás, que es como siempre he andado, tratándose de mujeres (mi secretario murmura: "¡así ha de ser también!"), nuestra desconocida, y digo desconocida, porque otra denominación no cuadra, como más adelante ustedes lo verán, se detuvo (y yo ídem) delante de un ciego , que tenía permiso municipal para pedir limosna, según rezaba de una gran placa de hojalata que

llevaba en el pecho, y sacando del bolsillo un portamonedas, tomó unos sueldos y se los puso en la mano.

- Merci, madame -dijo el desgraciado.

Y la dama siguió su camino sin mirar a la derecha, ni a la izquierda, ni a ninguna parte, sin apercibirse siquiera, estoy seguro, de que yo, particularmente, la seguía; porque tengo para mis adentros que, junto conmigo, iban otros.

A una mujer jamás la sigue un solo hombre.

(Mi secretario dice: ¡sobre todo si es bonita! ¡Que hombre tan molesto este mi secretario!) Esto no lo pongo entre paréntesis, porque no cabe: ¿si sabrá su consorte toda la experiencia que tiene sobre las cosas en que yo me considero perito? Si lo sabe, buena le espera...

Pero todos ustedes comprenden perfectamente bien que aquella circunstancia, lejos de estar hecha para inducirme a cambiar de rumbo, estaba mandada hacer exprofeso , para electrizarme en el sentido de seguir el polo magnético del rumbo en que haciendo zig-zags, continuaba imperturbablemente su ruta intrincada nuestra desconocida.

"Intrincada" digo, porque si ustedes lo han observado, la mujer no sigue nunca jamás la línea recta. Ella, como el Supremo Hacedor, y arrive tout droit par des lignes courbes .

Y esto de courbe no se traduzca por "tortuoso", como lo acaba de traducir mi secretario, que, a pesar de su cara bonachona, está lleno de malicia y que al escribir esto hace: ¡jé! ¡jé!, tradúzcase así: es menester llegar derecho, haciendo líneas curvas.

¿Por qué? Porque la parábola, simbólicamente siendo el círculo, es la perfección en materias de figuras matemáticas.

El doctor Wilde, el ex ministro Wilde, el único Wilde que pueda ser reconocido sin más que estampar Wilde, me ha confesado que él se consideraría feliz si pudiera hacer un círculo perfecto, a pulso . (Este a pulso es de la cosecha de mi secretario.) Y yo le tengo observado que es más fácil encontrar un punto de apoyo para la palanca de Arquímedes que resolver con éxito su problema duplex .

Hay fuerzas físicas cuyo dinamismo se puede computar, mas en tratándose de complicaciones o conflictos entre dos sentidos, el de la vista y el del tacto, de la realización material de una cosa perfecta como es el círculo, no hay hombre que no escolle; pretende resolver un imposible.

Pues un imposible habría sido que yo no siguiera a esa mujer; tanto más cuanto que habiendo encontrado a otro ciego, patentado, volvió a detenerse y a hacer lo mismo que antes hiciera, es decir, que volvió a sacar su portamonedas, a tomar unos sueldos , y a ponérselos en la mano al necesitado, que, como el anterior, tenía su fórmula:

- Merci, madame ...

Una mujer joven, atrayente, bonita, sencilla, humilde... honesta (nada de lo externo revelaba lo contrario), que no mira, que no ve... al parecer, pensé yo...

"Que no mira, que no ve" -he dicho; y toda la civilización y toda la cultura y todo el secreto de cierto decoro y bienestar europeo consiste en eso, en que aquellas sociedades conservadoras han aprendido ya a oír, ver y callar, ¡qué cosa tan rara!

¡Ah!, pero eso cuesta mucho trabajo aprenderlo.

No hay más, no hay que hablar, tengo que saber quién es esta mujer, que da limosna dos veces a los ciegos, y no digo bien, cuando digo dos, porque en ese momento acababa de dar limosna por tercera vez. ¿Qué? por cuarta o por quinta. (¡En las calles de París abundan tanto los ciegos!)

Hice mi composición de lugar, como tantos de ustedes la habrán hecho en circunstancias análogas, apuré el paso y cerrándoselo a nuestra desconocida, le dije:

- Madame vous permettez ...

- Quoi, monsieur?

-Señora, desearía no ser impertinente, pero la vengo siguiendo a usted y observando, y me llama extraordinariamente la atención que por quinta vez (era la quinta) haya usted dado limosna.

Nuestra desconocida se detuvo con cierta disimulada impaciencia de que le cerraran el paso, y me contestó:

- Monsieur, ce sont des aveugles.

Aquí, yo descubrí que aquel acento no era francés, e instantáneamente le dije:

- Madame, est-ce que vous êtes française?

- Non, monsieur, je suis espagnole.

¡Curioso! Yo me sentí ufano de tener sangre española en las venas, y en mis adentros pensé: ¡se necesita ser española para dar cinco veces seguidas limosna!

Y la mujer aquella me pareció más hermosa y encantadora de lo que ya hacía media hora me parecía. (¡Inefables seducciones de la caridad!) Y como de esto a lo otro no hay más que un paso, me aventuré...

¡Ah!, señores, no ofendáis nunca a las mujeres, en cuyas ternezas puede haber recónditos secretos para vuestros males, siquiera sean pervertidas.

¿Saben ustedes lo que me contestó la española? (porque desde luego nos relinchamos en nuestra lengua):

-Caballero, soy bordadora, soy española, tengo un amante, vivo en tal calle, y si él no me deja, yo no lo dejaré a él jamás... -Y se metió en una tienda, como diciéndome, ni más ni menos, que Moisés a las aguas del Mar Rojo: "de aquí no pasarás".

Y la verdad es que la española me contuvo, y que de ahí no pasé, y que cuando volví a mi casa, conté la aventura con los eufemismos y las atenuaciones del caso, a lo cual mi mujer propia observó que todas las damas francesas hacían lo mismo, que ninguna salía sin llevar bastante argent de poche pour les mendiants -para los mendigos, surtout pour les aveugles -, sobre todo, para los ciegos...

¡Ah!, me dije yo: ya estoy en ello.

Ésta es una enfermedad de raza latina.

¡Enfermedad...! ¿es un bien? ¿es un mal... ? Ustedes encontrarán extraordinario que yo me detenga, y que no conteste rotundamente. Pero es que si no contesto, es porque la lengua humana no es bastante rica todavía para expresar todas las gradaciones y matices de nuestras afecciones morales.

Sí: es un mal y es un bien dar limosna, porque haciendo el bien fomentamos sin apercibirnos un vicio, que es la mendicidad.

Yo les digo a ustedes que Hermann y Bosco no son los grandes prestidigitadores de estos tiempos; que hay muchos aparentes mendigos, que les meten a ustedes por las narices un brazo deforme, mano inverosímil, que no son tales contrahechos, ni enfermos, que no hay tales mujeres afligidas por la maternidad, que el hijo que llevan es ajeno, prestado, alquilado, y que hacer la caridad en esos casos es fomentar la holgazanería, la corrupción y la impostura; y que, si así seguimos, llegará un momento en que no habrá la posibilidad de transitar por las calles de Buenos Aires.

Moralidad o moraleja

La policía o la municipalidad deben perseguir a los pordioseros que no estén patentados, y las señoras y señoritas y los viejos y los jóvenes que confunden las apariencias con la realidad, deben también persuadirse, de una vez por todas, que nuestros enternecimientos de raza latina, en vez de aliviar la indigencia, fomentan la depravación, y que es necesario hacerse un corazón de circunstancias, como el de las coquetas; no, protesto yo mismo contra mi propia frase, y rectificándola, concluyo diciendo que la limosna que se da en la calle a los

pretendidos inválidos de la ociosidad, o en realidad del vicio, no es humano ni cristiano prodigarla, sino necio, y que el buen sentido, la experiencia y la ciencia de la vida aconsejan reservarla, en todo caso, para las Sociedades de Beneficencia.

"¡A los hospicios los menesterosos!"

Cuando ésta sea la palabra de orden, como en Inglaterra, ya no veréis esas muñecas repelentes sin mano, esos codos repugnantes sin brazo, esas piernas asquerosas sin pies, esos miembros mutilados que estremecen, y en cien casos noventa y nueve artificiosos, que os explotan, como a creyente de boca abierta de la caridad, y vuestra obra de generoso desprendimiento será más meritoria, y recién estará practicada racionalmente la virtud "dar de comer al hambriento", "dad socorro al que lo haya menester".

Fuera de esto, no hay sino las apariencias que engañan; daréis limosna a los que ven una pulga a una cuadra , y cerraréis la puerta a los ciegos.

Señores de la policía y de la municipalidad, una placa en el pecho y bien grande, para todo aquel que pueda con razón y no con sarcasmo exclamar:

Mío es el mundo, como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo;
Todos se ablandan si doliente pido.
¡Una limosna por amor de Dios!

Librodot

Letras

Al señor doctor Estanislao S. Zeballos

Es cosa vieja, como que ni él ni yo somos ya nenes, que el coronel don José Ignacio Garmendia y el que esto escribe son amigos.

Imaginaos que pronto hará como veinte años que, en uno de mis libros, le hacía el primer elogio ante el público, refiriéndome a sus fibras de soldado. Después, y siempre que la oportunidad se me ha presentado, he leído con gusto y algo también he escrito, con placer, sobre sus producciones militares, tan bien intencionadas, tan dramáticas, tan vivaces.

No puedo, pues, ser sospechoso, mejor dicho sospechado, sino de parcialidad, y es contra ella, y ante todo, que quiero defenderme precisamente, porque es un poco de crítica lo que me propongo hacer.

La culpa no es mía, sino del mismo autor de La cartera de un soldado , que he recibido siéndome enderezada con estas líneas: "Al señor general don Lucio V. Mansilla; su antiguo compañero de armas, José Ignacio Garmendia."; todo lo cual prueba lo que acabo de decir, que no somos nenes y que estoy en presencia de una dedicatoria, lo que, entre hombres de letras, es una invitación al elogio, o a la censura, o a la observación crítica razonada; en otras palabras, a lo más difícil; porque, como ustedes saben, cualquier hijo de vecino está lleno de aptitudes pasmosas para decir: "eso no sirve", "no me gusta", "¡mire qué gracia!", "así cualquiera pinta, esculta , escribe..."

No hay libro filosófico o teológico, dice Voltaire en su Diccionario (yo digo simplemente, no hay libro), en el que no puedan hallarse herejías e impiedades, por poco que se ayude a la letra.

Se creerá, prosigue, que un día el doctor Tamponnet les dijo a varios doctores:

Yo sería capaz de hallar una cantidad de herejías en el Pater noster , si no se supiera de qué boca divina salió esa plegaria.

He aquí cómo yo me daría maña.

Padre nuestro, que estás en los cielos.

Esta proposición huele a herejía, desde que Dios está en todas partes. Más aun, en lo enunciado hay una levadura de socinianismo, desde que nada se dice de la Trinidad.

Venga a nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

Esta proposición huele también a herejía, desde que en las Sagradas Escrituras se dice, cien veces, que Dios reina eternamente. Además, es temerario pedir que se cumpla su voluntad, desde que nada se hace ni puede hacerse sino por la voluntad de Dios.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy.

Esta proposición es directamente contraria a lo que en otra parte ha salido de la boca de Jesucristo:

No digáis nunca: qué comeremos, qué beberemos, como hacen los gentiles, etc., etc. Pedid solamente el reino de los cielos, y todo lo demás os será dado.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Esta otra proposición es temeraria, compara el hombre a Dios, destruye la predestinación gratuita, y enseña que Dios está obligado a obrar, con nosotros, como nosotros obramos con los otros. Además, ¿quién le ha dicho al autor que nosotros perdonamos a nuestros deudores? Jamás les hemos hecho gracia de un escudo.

Y sigue Voltaire demostrando y probando su tesis, hasta concluir exclamando que él agrega a su Pater noster :

¡Dios mío, líbrame de la rabia de hacer libros!

Es claro, entonces, que si el padre Tamponnet se hallaba con muñecas capaces de encontrar despropósitos en el Padre Nuestro , es claro, repito, que un Aristarco cualquiera, yo por ejemplo, podría hallar en este libro argentino, y hasta en el mismo Diccionario filosófico de Monsieur de Voltaire, tachas y lunares, deficiencias y monstruosidades, como para que ustedes renunciaran al placer tan decantado de la lectura.

Y digo tan decantado, porque hay sabios como Montesquieu, que dicen que no hay pena de que no se haya consolado con media hora de lectura. Yo les confieso a ustedes ingenuamente -ustedes saben que no les oculto nada- que cuando una mujer me ha engañado, no me he consolado ni leyéndome el diccionario, desde la A hasta la Zeta.

Pero esto ni sería gentil, ni sería útil, en un país y en unos tiempos en los que las gentes, más que los libros buscan otra cosa febrilmente, cosa que no diré si es buena o es mala, pero que es, como el Pater noster para el alma, muy necesaria para el cuerpo.

Pienso, pues, como el distinguido escritor Mariano A. Pelliza, bajo cuyos auspicios se perfilan los Bocetos sobre la marcha , que habría sido sensible que tan simpáticas producciones quedaran olvidadas, y agrego que:

La forma en que hoy aparecen las salva de ese riesgo, siendo para su autor un timbre más, y para sus amigos y lectores, un motivo para apreciar en sus páginas las brillantes cualidades que lo distinguen.

Pero ahora vamos a cuentas.

La literatura del género a que Garmendia parece más aficionado, da, sin duda alguna, la medida de su temperamento moral.

El que lo lea a Garmendia, tiene que decirse en su interior: este hombre tiene muy buena índole.

Esa literatura, no obstante, ese género que yo llamo ad-hominem , tiene sus inconvenientes, sobre todo, cuando viven los contemporáneos que fueron actores y espectadores de las hazañas, o de la vida de los que ya no existen; y los inconvenientes crecen y llegan a estar erizados de molestias y dificultades cuando los héroes no han muerto, viviendo los que los ayudaron a formarse, porque, como decía Napoleón, que algo debía entender de asuntos teatrales:

Il n'y a pas de grand homme pour son valet de chambre.

Yo hay dos cosas que podría hacer y no mal, me parece: escribir la vida de Rozas, tratándolo psicológicamente, y la guerra del Paraguay. No hago, sin embargo, ni lo uno ni lo otro, porque lo primero, debiendo ser verídico ofendería los afectos de mi madre, y, porque lo segundo, debiendo ser imparcial, y no pudiendo con mi genio, aumentaría la interminable colección de personas respetabilísimas que me tienen pésima voluntad, sin que ello sea necesario o indispensable para que sus nombres (y hasta los de sus hijos), buenos o gloriosos, pasen a la más remota posteridad.

Estoy esperando... ¡no! ¡qué digo!, no espero nada. Será lo que Dios quiera, si el dolor por una parte y la fatalidad por otra, me ponen alguna vez la pluma en la mano para explicar a los tiranos y contar la gran guerra del Paraguay -esa gran guerra, que es, en la historia moderna, el más lúgubre acontecimiento, bajo el horroroso aspecto del mar de sangre derramada, pero que el mundo civilizado ignora, en sus detalles, porque todavía a nosotros los americanos del sur algo nos falta hacer para que nos tomen en cuenta, como es debido, del otro lado del charco, modismo que pasa aquí por criollo, siendo archiespañol.

Lo que yo no puedo hacer, podría hacerlo Garmendia, y éste es el cargo que tengo que formular contra él, aunque no es correcto decir cargo, cuando lo que el concepto implica es que tan distinguidas facultades de memoria, de observación, de criterio técnico, de

documentación, todo ello ponderado, dulcificado, amenizado, por un espíritu en extremo benevolente, no debieran, hasta cierto punto, esterilizarse en esfuerzos pintorescos, para enaltecer individuos, cuya figura, por legendaria que sea, queda reducida a pequeñas proporciones dentro del cuadro magno de la epopeya en que tomaron parte gloriosa orientales, brasileños y argentinos, pereciendo en la contienda homérica casi un pueblo y una raza.

Con esas aptitudes intelectuales, con bastante vigor físico como para acometer una obra de labor paciente -Garmendia y Zeballos son quizá, y sin quizá, después del general don Bartolomé Mitre, el cual necesariamente pediría para su santo más de lo que el historiador no pudiera, estando vivo, dejar de concederle, los únicos de los que fueron actores o espectadores en la guerra del Paraguay, capaces, por su envergadura, de escribir una historia susceptible de ser leída sin provocar bostezos invencibles-, una historia que no sea una simple cronología, un diario de impresiones novelescas, una retahíla de foja de servicios que empieza diciendo quién lo parió al causante, en qué iglesia lo bautizaron y cómo de toro pasó a novillo y de novillo a buey, viviendo sendos añ os, sin más mérito que ser una curiosidad, por decirlo así, prehistórica.

Sí, Garmendia podría hacer eso, y a mí me gustaría que lo hiciera, bien entendido, con un criterio que no fuera el chauvinismo de Thiers, ni aun tratándose de las causas, menos de los personajes o de los ejércitos que formaban el ejército aliado, con un criterio que fuera el de la verdad y el de la justicia severamente distributiva.

Sus aptitudes se complementarían, no incurriría en el péché mignon de las predilecciones de circunstancias, tan inocentes como humanas, pero, pecadillo al fin, y su estilo se vigorizaría, siendo verdad averiguada y comprobada que así como el sueño moderado es tan necesario como el alimento en dosis racionales, así también la mente se eleva cuando se acometen con brío y fuga grandes empresas y se trabajan con decisión y perseverancia obras de largo aliento.

Conque, Garmendia amigo, en avant y caiga el que cayere. De lo contrario, las descripciones y los retratos pueden parecerse al de la anécdota de De Sanctis, el cual me refería en Roma que un pintor amigo suyo había hecho un retrato sin más elementos que el uniforme y algunas cartas del muerto, retrato que el hermano no halló parecido, naturalmente, pero con el que se conformó cuasi convencido por esta observación del artista: "usted no me ha dado ni siquiera una fotografía: sólo tengo su uniforme y algunas cartas, me dijo usted, e insistió...; bien, pues, el tiempo lo ha desfigurado... más ése es su hermano."

El dedo de Rozas

Al señor doctor Adolfo F. Olivares

Eugenio de Méricourt dice en sus biografías, bocetos, o siluetas, como ustedes quieran, que por tan poca cosa no hemos de reñir, queriendo bosquejarlo a Thiers: que sólo está callado cuando tiene la navaja del barbero en el pescuezo.

Y esto prueba, como se prueban tantas otras cosas, que yo no me parezco a Thiers, porque este orador se hacía afeitar y yo me afeito personalmente, con mi propia mano y muy bien, mejor de lo que me suele afeitar, allá por muerte de un obispo, Mantel[20] que es el peluquero de los grandes hombres de este país; grandes como Gorostiaga, don Benjamín Quintana, don Manuel y otros; y el único de los peluqueros habidos y por haber al cual yo le he reconocido el derecho de cortarme.

El lector no se afeita probablemente. Se hace afeitar. Hace mal. Las sensaciones o fruiciones de la navaja son inefables. He llegado a pensar alguna vez que no ha de ser tan desagradable que a uno lo degüellen, si lo hacen artísticamente, con instrumento finísimo, bien afilado.

Desgraciadamente, el punto quedará sin solución, por aquello de que "muertos no hablan".

Repito que hace mal el lector, si se hace afeitar, porque además de lo dicho, esa parte de la toilette tiene la ventaja de ser una economía de tiempo y de dinero, a lo que se agrega que, mientras uno se afeita piensa , al paso que cuando lo afeitan se mira , o está con el Jesús en la boca, de miedo de que lo corten.

Mi secretario exclama: "Cuántas veces he pensado yo... ¿y si este animal se volviera loco ahora?"

Pero si yo no me parezco a Thiers en este detalle, ni en el talle, ni en la talla, ni en otras circunstancias, como que él usaba binóculo y yo uso monóculo, hay un pequeñísimo detalle en el que nos parecemos con el grande hombre, y es éste: que yo soy muy conversador, rayando a veces mi charla en solo , o no tiene razón el soi-disant crítico imparcial que el año pasado dijo que soy algo aficionado al palique.

¡Ah, y qué lástima que no esté en edad de corregirme de ninguno de mis defectos!

¿Y qué hacerle al dolor? Vaya lo uno por lo otro. Vaya por mis aptitudes gárrulas, un cierto amor propio de cumplir siempre lo que prometo -sobre todo, cuando el pagamento consiste en puras palabras y palabras-, que es lo que sospecho le sucede a más de cuatro de los que me leen.

Pues es el caso que hace ya bastante tiempo que me comprometí con mi simpático colega el erudito doctor Ramos Mejía, y que ha llegado la hora de probarle y demostrarle que no siempre las palabras de antesalas se las lleva el viento.

Hablábamos con él de un personaje histórico, al cual los escritores e historiadores de diversa índole, como si no bastara el peso de sus propias responsabilidades, le cargan todavía la romana; los unos, los que fueron sus partidarios o sus cómplices, por cobardía; los otros, los que fueron sus adversarios, por ojeriza, muchos, cumpliéndose el refrán, de "¿adónde vas, Vicente?, al ruido de la gente", personaje cuya entidad psicológica el doctor Ramos Mejía estudia, tratando de penetrarla hasta en sus más ocultos repliegues, siendo solicitado a ello por su espíritu investigador y por la naturaleza de sus trabajos científico-literarios.

Yo soy muy pretencioso, dicen algunos -no es mal sastre el que conoce el paño-, y ya he dicho y lo repito que soy quizá el único hombre de letras de este país que sabe bien a Rozas, que es de quien hablamos, y de ahí el que se halla colocado en mejor situación para definirlo

[20] Ya no vive donde vivió veinte años; se ha mudado de la calle de Victoria, a la de Piedad, entre Maipú y Esmeralda, el bueno de Consulat , como le llaman por sobrenombre.

y explicarlo, haciéndole justicia, hasta donde la filosofía de la historia puede ser justa con los tiranos que se equivocaron, dejándose arrebatar una gloria fácil por sus cómplices, si es que real y efectivamente algo trascendental se proponían, aparte de la sensualidad del ejercicio del poder.

Pero no hago del caudal de mis documentos, informaciones y referencias de incontestable autenticidad, lo que el avaro con sus dineros: doy todo eso al que me lo pide en la intimidad. Y no escribo, no produzco, por ahora, sino de paso, dejando lo principal para después, por razones filiales que entenderán todos los hijos que, como yo, hayan sido educados en las prácticas del respeto a la familia y al hogar, y que, a más de ser hombres de corazón, comprendan que no hay tributo más bajo que el que paga a veces la vileza humana al miedo de que la acusen de pecado original.

Espero y confío, entonces, fundadamente, que la sensibilidad poética del lector sabrá leer entre renglones lo que tácitamente digo en este párrafo, recordando que: "Le plus saint des devoirs... c'est de chérir l'objet qui nous donna le jour."

Por muy buena que sea mi memoria retrospectiva -mis aptitudes para recordar están en razón directa del tiempo, de la distancia, de la edad que tenía en el momento a que me quiero referir, que es lo mismo que les sucede a ustedes; y todavía hay que tener en cuenta el orden de ideas en que se vivía, el medio ambiente, las circunstancias materiales y morales. Porque, ya lo he insinuado alguna vez, dos espectadores, dos testigos, dos actores, influidos por diversas y opuestas emociones, si miran del mismo modo, no observan de idéntica manera, sus impresiones suelen llegar a ser opuestas, contradictorias; de ahí que frecuentemente oigamos: "no me diga usted eso a mí, que lo he visto con mis propios ojos, con estos dos ojos que se ha de tragar la tierra". -"Pero hombre, si yo estaba allí también, y casi al lado suyo casualmente."

Y todo esto, de buena fe, sinceramente, sin intención remota, en ninguno de los interlocutores, de alterar los hechos, porque la tendencia del hombre no es a creer en la impostura, sino en la verdad. Así se explica que el éxito de los charlatanes sea fugaz, efímero su prestigio; excepto uno que otro, que se ha hecho divinizar como Mahoma -para evitar escándalos-, ya que no estando en tierra de musulmanes, puedo hablar de Dios y de sus profetas sin que me apaleen, o acogiéndome a la autoridad.

Yo estaba seguro de que Rozas tenía, fuera de proporción, un dedo más corto que otro; y que este defecto no era natural, como no podía serlo una cicatriz longitudinal, casi imperceptible, que corría por su frente entre las cejas y la nariz.

No sé si a ustedes les pasa lo que a mí, teniendo como tengo tan desarrollado el sentido de la belleza estética, particularmente cuando se trata de la forma, que la veo tomar una configuración en mi espíritu, como Fidias o Praxiteles debían verla en su idealidad, cuando modelaban con la blanda arcilla su Júpiter y su Venus.

Soy, a este respecto, verdaderamente desgraciado, a tal punto, que no necesito mirar para ver las incorrecciones de todo lo que debe ser típico, y que si las descubro y es muy raro que no las descubra, ellas me obsedian a tal extremo, que ora se trate de un hombre ora de una mujer, que tienen algo de más o de menos, cuando evoco su recuerdo, cuando vienen a mi presencia, cuando están ahí presentes, aunque se hallen materialmente muy lejos, hasta en el otro hemisferio, lo que veo es eso que tienen de más, o que les falta, y lo veo como el que se está hipnotizando ve brillar en el disco que tiene enfrente, el punto luminoso central.

Y es por esto que teniendo yo, como tienen ustedes, mi fetiquismo, mi predilección por un detalle, es imposible que llegara, sin aberración del gusto, a gustar mucho, a querer a un hombre, o a una mujer, que no sólo careciera de eso , sino que tuviera lo contrario, como si dijéramos padeciendo, para mí, de una anormalidad. No puedo explicarme más aquí, so pena de pasar los dinteles de cierto decoro científico, dentro de los cuales hay que contenerse.

Y me sucede, como será el caso de algunos de los que me leen, con el olfato, lo que con el sentido estético: percibo de lejos, a distancias increíbles y discierno todos los olores, y soy

víctima de la infalibilidad con que acierto en la causa oculta que los produce; siendo tan fino este sentido en mí, por atavismo o herencia (mi madre es lo mismo), que la percepción no se embota, a pesar de mi exagerado gusto por los perfumes.

Como el perro, husmeo de lejos cada gremio, porque cada uno de ellos tiene su olor; y sólo es deficiente, un poco, mi paladar, siendo por eso susceptible de vencer toda repugnancia.

Era, como se ve, ontológicamente imposible que yo le viera un dedo de más, ni de menos, a Rozas; tenía que ver el dedo ése tal como lo veía: más corto que el mayor y el meñique, porque era el anular, tronchada la punta y sin uña, terminando como una especie de vejiguita, y sin movimiento en la última articulación.

¿Pero en qué mano ? Yo veía el dedo, tal como lo acabo de describir; estaba seguro de que ese dedo había existido así; ¿pero en qué mano? -lo repito. Mis recuerdos eran deficientes y se explica, porque probablemente Rozas tenía, esto no lo sé, esa coquetería tan humana que nos hace ocultar, en cuanto es posible, nuestros defectos físicos, aunque sean de origen glorioso, y a la inversa, coquetería a la que no se sustrajo el mismo Julio César.

Permítanme ustedes que viniendo esto tan a pelo lo cuente, por vía de comentario filosófico, o para que se vea, una vez más, lo que son invenciones y preocupaciones.

Ustedes saben, lo saben los que me conocen, y los que no me conocen lo van a saber ahora, que yo uso el sombrero muy echado sobre la derecha.

El uso del kepí[21] militar me hizo adquirir la costumbre. Necesito sentir con el sombrero la sensación en donde me la hacía sentir el kepí, para tener conciencia de que lo llevo.

Yo sé bien que esto me da un cierto aire canalla, extravagante, bajo. Pero, por otras circunstancias de mi persona, esa impresión es pasajera. De modo que he creído que no valía la pena de falsificarme a deshoras, llevando el sombrero de un modo y el kepí de otro.

Esta es la verdad pura y neta, sin que haya otra explicación del caso, o sea la especie de torre de Pisa que la cabeza del general forma con el sombrero de Lucio.[22]

¿Pero saben ustedes lo que sostienen algunas personas: que creen que uso corsé y que me pinto con albayalde, para hacer, sin duda, resaltar más mi barba blanca, como Sarah Bernard se pintaba de colorado las orejas, para hacer resaltar más su palidez letal? ¿A que no se les ocurre a ustedes lo que dicen?

Que yo llevo el sombrero así, para ocultar la falta de una oreja (la derecha), que perdí en la guerra del Paraguay, cortándomela un paraguayo de un sablazo y, como si este trofeo no valiera la pena de ser ostentado, como don Bartolo -el único don Bartolo que hay ahora- ostenta su depresión frontal histórica.

-No -decíales, no ha mucho, una señora que me conoce bien; la mujer siempre conoce bien al hombre, es éste que jamás alcanza a penetrar a la mujer-. No, puedo asegurarles a ustedes que a Mansilla no le falta ninguna oreja.

-¡No diga usted, señora, qué!

-Pero si lo conozco hace años, si lo veo con frecuencia; si en la guerra del Paraguay no le cortaron nada...

-¿Y entonces por qué lleva el sombrero así?

-¡Porque es un raro, no más! -no se podía conceder más, para hacer triunfar una parte de la verdad.

-¡No, no, no!, ¡si le falta una oreja!

Así como ésta, son muchas de las razones en que se apoyan ciertas creencias populares -y prosigo, porque mi secretario (es mi bestia negra, a veces), me dice que ya van cuarenta y

[21] Kepis, dicen en España Vaya lo uno por lo otro, siendo desconocido el origen. Anótelo la Academia.

[22] Alusión a la Causerie Júpiter , cuyo padre Lord acaba de fallecer en Santa Fe.

cinco carillas, y que, si no voy a hacer más que un solo folletín, es necesario que acorte y acabe.

Y ¡cómo defenderse uno de los que están en sus confidencias, en sus secretos, hasta en sus miserias! Obedezco, pues.

¿A quién apelar que tuviera más competencia, tratándose de las manos de Rozas, que a su hermana menor, a su hermana predilecta, que lo llamaba tatita? ¿ Quién, mejor que mi madre, podía decirme si el dedo era el de la mano derecha o el de la izquierda?

Vean ustedes la escena con los ojos de su imaginación, estando mi madre, a Dios gracias, en el pleno goce de sus facultades mentales y sin que la edad haya agotado el tesoro de la gracia nativa, que siempre la caracterizó.

-Mamita, ¿en cuál mano tenía mi tío un dedo imperfecto? -¿Qué dices, hijo? Tu tío no tenía nada imperfecto...

Aquel nada era toda una profesión de fe radical, indestructible, con proyecciones eternas, como el amor de Dios para sus criaturas.

¡Qué bien ha dicho de su punto de vista -yo cuando se trata de ciertas cosas, respeto el convencimiento de la mayoría-, qué bien ha dicho Renán, haciendo hablar a Platón con esa lengua sobrehumana que no me atrevo a traducir de temor de empañarla con mi soplo mundano, incorporándola aquí al texto!

Les blasphèmes contre l'amour viennent, comme toutes les grandes erreurs, d'une basse conception de la Divinité.

Pour moi, je crois que la divinité a bien fait ce qu'elle a fait. L'amour est le véritable Orphée, qui a tiré l'homme de l'animal. Grâce à l'amour, tout être a son heure de bonté, la plus lourde créature voit s'entrouvrir un moment son ciel de plomb...

Je ne saurais me gêner ni pour les hypocrites ni pour les libertins. Je ne suis pas responsable de la sottise d'un rustique à qui en donnerait un parfum exquis à sentir et qui, au lieu de le sentir, l'avalerait. J'écris pour les purs.[23]

Insistí... con esa tenacidad amable del convencimiento íntimo, siendo el interlocutor, no sólo mujer, sino mujer de todo mi respeto.

Mas ella, llena de saudades afectuosas por el pasado y lo pasado, insistió a su vez, y como no habría sido gentil de mi parte continuar, concluí con uno de esos movimientos de cabeza y uno de esos gestos de incredulidad, que dicen más que la frase que los acompaña, denotando al mismo tiempo cierta molestia, por no haber podido persuadir cuando uno está convencido:

-Está bien; así será, como usted dice...

Ella, que tiene muchísimo tacto, y porque sintió quizá vacilar sus recuerdos, repuso:

-Cuando venga Fulano le preguntaré.

Fulano es un viejo de aquel tiempo, frío, sin odio por los unitarios, pero cuya pasión federal nada ha calmado, memorista formidable, que sabe la vida y milagros de media República, porque estuvo en todas las intimidades de Rozas, que posee la clave y el secreto de

[23] Las blasfemias contra el amor provienen, como todos los grandes errores, de una baja concepción de la Divinidad.
En cuanto a mí, yo creo que la Divinidad ha hecho bien lo que ha hecho. El amor es el verdadero Orfeo que ha sacado al hombre del animal. Gracias al amor, todo ser tiene su hora de bondad, la criatura más tosca ve que se entreabre, por un momento, su cielo de plomo…
Yo no me curaré ni de los hipócritas ni de los libertinos. No soy responsable, seguramente, de la torpeza de un rústico a quien se le diera un perfume exquisito para olerlo, y que, en vez de olerlo, lo tragase. Escribo para los puros.

algunos entusiasmos y de no pocas cobardías de entonces; en dos palabras, que es un diccionario anecdótico andante.

Y habló con él.

Y, como yo lo sostenía, resultó que, en efecto, Rozas tenía la deformidad digital[24] y la cicatriz casi imperceptible que yo veía, entre las brumas confusas de mis reminiscencias de antaño.

Y mi madre, con esa unción fraternal por quien fue objeto de cariño acendrado, exclamó:

-¡Qué raro, que yo no le hubiera nunca visto eso a Juan Manuel!

Y yo, con una sonrisa de afectuosa admiración por un alma en la que nada desvirtúa el grito de la naturaleza, puse término al coloquio, observando sencillamente, que "quien feo ama, hermoso le parece".

Amad siempre; el amor, como el dolor, es una purificación.

[24] Se lo había tronchado pialando un potro, y el lazo, al cortarse, lo azotó en la frente.

El pagaré

Al señor don Eduardo Arana

José María Zuviría, en su libro sobre los Constituyentes de 1853 tiene una hermosa página referente a dos frailes. Es un paralelo, a la manera de Plutarco, entre Benjamín Lavaysse y Pedro Centeno. Pero como aquí no voy a ocuparme de ningún Centeno, sino de un Lavaysse, que ya no existe, bastará que les diga a ustedes que el otro, el que fue constituyente, "era un genio arrebatado, una imaginación desbordante, con tumultuosas y exageradas ideas, espíritu patriótico y sincero, aunque más ruidoso que profundo, y sacerdote virtuoso y severo en sus costumbres".

Y bastará, porque el pobre Juan Lavaysse de quien vamos a conversar, hombre mundano, que en todo pensó, menos en la iglesia; que se mezcló en muchas cosas; que era instruido en ciencias y en literatura; que sabía idiomas, que viajó, que tuvo alguna vez dinero; que fue muy pobre, que era liberal, por convicciones, y lo contrario, por sentimientos de adhesión a sus amigos personales; que tuvo momentos de estar en todas partes; otros, en que nada de él se sabía; que no se murió y resucitó, aunque casi se suicidó sin quitarse la vida; que pedía sin escrúpulos y daba lo que acababa de pedir, con desinterés, en una palabra, que siendo lo contrario del cura de Tulumba, su hermano, caudillo, a veces, de huestes electorales, tenía sin embargo mucho de todo lo bueno que caracterizaba la fisonomía moral del que José María Zuviría dice: "Ningún contraste más resaltante que el que ofreciera Lavaysse con el diputado Centeno, sacerdote como él, y como él amado de los viejos católicos conservadores de la Convención."

Yo lo quería mucho a Juan Lavaysse; y queriéndolo, nos veíamos con frecuencia. Esto parece redundante y no lo es, a no ser que ustedes me sostengan que ven con frecuencia a las personas que más quieren, siendo así que lo que con más frecuencia ven son sus acreedores... si los tienen, y no sería maravilla.

Algunas veces, observándolo, como tenía que sucederme con un hombre que quería, que me interesaba, que me divertía, que sabía más que yo, llegué a preguntarme: ¿este Juan no será loco?

Pero como ya había oído calificar de locos a muchos cuerdos, que ése es uno de tantos perversos expedientes de los que suele echar mano la envidia para ponerles piedras en el camino a algunos de sus rivales antipáticos, por cualquier razón, por la que ustedes quieran; porque la envidia se mira y se encuentra más baja o más gorda, o más calva, menos donosa, o menos inteligente, o menos mimada de las damas, o mal nacida, o sin un centavo... Pero como ya había oído, decía, tomar por locos a muchos cuerdos, sacaba en limpio, que loco era sólo, cuando mucho, sinónimo de original . Es decir, un hombre que sin pretenderlo, pudiendo hacerlo, porque vale más que la generalidad, se diferencia no obstante de ella, y cuyo único pecado consiste en no tratar de hacer y ser ostensiblemente como todo el mundo.

Juan Lavaysse tenía algo más que conexión con otro amigo mío, también hombre de mucha instrucción y saber, que hablaba con rara corrección y escribía con no menos rara perfección, aunque su oficio, desgraciadamente, no fuera hablar y escribir, vocación a la que hay tantos aficionados. Le daba por los negocios y por la agricultura y por especular en tierra -nada de Bolsa, eso sí-, y como hasta el momento a que yo me refiero le había ido bastante mal en todo (ahora ya está rico), pasaba entonces por loco , ni más ni menos que Juan Lavaysse.

Un día entra éste en su oficina, estando aquél muy preocupado, con motivo de un gran negocio, muy sencillo en un sentido, porque su base fundamental era la tierra , que nadie puede llevársela, ni agrandarla, que la inmigración achica, valorizándola cada día más y más, muy complicado en otro sentido, porque el resultado final dependía de ciertas combinaciones y del tiempo y, en este país, como en los otros que algo se le parecen, casi todos los hombres, en su impaciencia, viven au jour le jour , y quieren hacerse ricos en un abrir y cerrar de ojos,

por más que se les recuerde que el que quiere enriquecerse en un año merece que lo ahorquen a los seis meses.

Hablaron de varias cosas de actualidad. Mi amigo, el que ahora está rico y ausente -se ha ido a viajar aprovechando el fruto de sus locuras -, se concentró de improviso, como diciéndole al otro, a Juan, que se había quedado cabizbajo: "bueno, si ya no tiene nada más que decir... ¿por qué no se va...?"

Mas, hete aquí que Juan, saliendo de su abstracción y mirándolo fijamenta su interlocutor, le dijo, con cara de verdadero asombro, con esa cara que fue la que debió poner Arquímedes cuando descubriendo la ley de la gravedad específica exclamó: "Eureka":

-¡Qué invención, mi amigo, la del pagaré! ¿Ha visto usted nada igual ?

El otro, que no tenía dinero y que no podía llevar a cabo su famosa operación, sino dando letras a plazo, al oír "pagaré" abrió tamaños ojos, y parando la oreja, y encontrándolo a Juan menos loco de lo que siempre lo había creído, lo incitó a seguir, poco más o menos así:

-¿"Pagaré", dice usted?

-Sí, señor, el pagaré , el vale , la letra de cambio, el uso del crédito... todo esto es moderno, modernísimo. Los antiguos no conocían de ello sino el a b c .

-A ver, hombre, a ver. ¡A ver su teoría! Suele usted tener unas... ocurrencias...

-Señor, es muy sencillo, ¿usted no ve lo que pasa? El crecimiento, el enriquecimiento, el engrandecimiento, la estupenda prosperidad de Buenos Aires, las fortunas que se improvisan, lo que se gasta sin tener uno sobre qué caerse muerto, los pingües negocios que se hacen, sin tener uno un medio, todo ello debido al pagaré . ¿Qué alquimia por descubrir?... ¡si ya está descubierta!

El otro hacía sus cuentas mentalmente, no arribaba, empero, a ninguna solución teórica definitiva, siendo insuficientes los factores presentados hasta ahí por Juan y haciéndolas y esperando un poco más de luz, insinuó:

-¡Bien, convenido! el pagaré es un recurso...

-Ya lo creo, y qué recurso... ¡eficacísimo!, como toda promesa, por más que digan que promesas no ayudan a pagar. Ya veremos...

-De veras, amigo, ¿será posible que yo no haya nunca pensado en eso... tan elemental?

-No habrá usted estado nunca bastante necesitado. Oiga usted. Esto es matemático. Yo voy, por ejemplo, por la calle, paso por delante de la vidriera de Bazille, me detengo, miro, entro, compro, doy un pagaré a noventa días. Compro todo lo que no tengo y cuanto necesito para vestirme como un caballero. Y sigo... y en lo de Manigot, porque en lo de Bazille no hay de todo, compro algo más dando por supuesto otro pagaré a noventa días. Y sigo... y en la joyería de Fabre compro reloj y botones y sortijas y cadenas, y todo lo necesario para hacer buen papel; y para no ser egoísta, le compro algunas alhajas a mi mujer y a las niñas y a alguna prima -¡tiene uno tantas!- y doy otro pagaré a noventa días... y en lo de Fourcade, ahí me visto bien, a la moda, con otro pagaré a noventa días como se comprende... y todo el mundo, sabiendo quién soy, dónde vivo, cómo me llamo, y habiendo hablado con franqueza, que debe ser siempre la regla de la hombría de bien -no hay para qué ocultar dificultades pasajeras-, me ha vendido con gusto, señor. Y yo estoy decidido a pagar... Para eso he dado el pagaré . Y cobro bríos... Porque el hombre, bien vestido se anima mucho, y me hago recomendar después en un Banco, y allí me dan. ¡Dan a tantos sin conocerlos...!

El otro se decía: "efectivamente, dando yo pagarés a noventa días, el negocio se haría; pero son pocos, noventa días". Y diciéndoselo insinuó:

-Pero a los noventa días hay que pagar.

-¿Qué pagar? No, señor, no se paga; para eso sirve el pagaré... Se renueva y se hacen capitalizar los intereses todavía.

El otro pensó: renovar y capitalizar los intereses, son seis meses; no me alcanzan, necesito más, y observó:

-¿Y si no quieren renovar el pagaré?

-¿Cómo es eso de no quererle renovar un pagaré a un caballero? ¡Pues no faltaba más! ¿Cree usted que el acreedor es zonzo? El acreedor renueva, y si no lo hace, entre abogados, escribanos, procuradores, oficiales de justicia... y demás curiales... que de algo han de vivir...

¡Seis meses! -pensaba el otro interiormente. ¡Eh!, no está malo, pero no me alcanzan todavía, y observó:

-Hay que prepararse entonces para pagar a los nueve meses.

-¡No, señor, qué pagar! cuando mucho, esta vez, y haciéndole usted un gran favor al acreedor, le paga usted los intereses. Pero fíjese usted en que nueve meses le han dado margen para hacer muchas cosas con su nuevo aspecto tan decente, y que es muy difícil que no haya usted realizado algún negocito, vendido siquiera el boleto, con beneficio, de alguna finca o terreno rematado, cuidando precisamente su crédito, porque el crédito tiene también eso de singular: está en razón directa de los pagarés que pone usted en circulación y de la masa de negocios que usted hace y del beneficio que se calcula que han debido dejarle. No; usted renueva, como de costumbre, su pagaré.

Mi amigo, el de la gran especulación en tierras, iba viendo, en medio de la teoría desparpajada de Juan, que el pagaré era, en efecto, una gran palanca, la explicación quizá del progreso moderno; pero no veía bien claro todavía, y queriendo ver hasta el fondo de la doctrina, le dijo, necesitando un poco más de un año para su evolución:

-Pero al año hay que pagar el "pagaré".

-¡Déle Juan con la canasta! Hombre, ya le he dicho a usted que un pagaré no se paga... nunca... que se renueva.

Aquí Juan fue interrumpido, sospechando mi amigo que su cabeza no estuviera buena del todo; pero como ya había basado toda su operación en el uso del crédito y en una emisión de pagarés renovables, arguyó algo, a lo que Juan, firme en sus trece, contestó:

-El acreedor renovará: primero, porque se ha hecho una costumbre en él, el renovar, ya está resignado a su suerte y a considerar como dinero efectivo sus valores en cartera; y segundo, porque le ha tomado a usted cariño, considerándolo como cosa propia. Usted no se hace una idea de lo que el acreedor ama a su deudor. ¿O usted cree que es el deudor el que se preocupa del acreedor?

-¡Eh!, mi amigo, diga usted lo que quiera, al fin y al cabo hay que pagar.

-Le digo a usted que un pagaré no se paga jamás...

-Acabarán por demandarlo.

-Que me demanden, mejor, viene el pleito, la notoriedad...

-Pleito ejecutivo.

-Peor para el acreedor, quemo mis naves.

-¿Cómo?

-¡Oh!, conozco el procedimiento... Si no quiero recurrir a un buen abogado, empezarán por pretender que reconozca mi firma... la niego.

Mi amigo, el de la especulación, recién cayó en cuenta de que Juan, si no estaba loco, no estaba en sus cinco completamente, aunque hubiera oído de sus labios muchas verdades, al exponer y desenvolver su expediente dilatorio sobre el pagaré...

Y lo echó con cajas destempladas, creyendo que había perdido su tiempo, cuando en realidad lo habían sugestionado; porque salir Juan y ponerse él en campaña para ofrecer pagarés a noventa días con la decisión in pectore de renovarlos y renovarlos hasta que legalmente fuera posible, sin desacreditarse, fue todo uno.

¡Ah!, señores, si ustedes tuvieran la franqueza de decir la verdad, convendrían conmigo en que los cuerdos son unos egoístas, que nunca jamás confían sus secretos, y que son los locos que se hacen perseguir por la justicia, los que suelen indicarnos el recto camino del éxito y el modo de sacarle el cuerpo a todo compromiso o complicidad.

¡Pobres locos! -pueden ustedes leer "criminales"-, quizá no lo son tanto, y están en la Penitenciaría... mal alojados, mal mantenidos, mal dormidos.

¿No sería posible, ahora que el sistema cooperativo se ingenia hasta pretender darnos los remedios más baratos, sin distraer a los sirvientes, ni gastar en carruaje, en tranways, en mensajero para requerir algo de la farmacia, o la presencia del médico de la casa...; no sería posible, repito, en conclusión, organizar una sociedad anónima, que podría llamarse la "Protectora Universal" -su objeto sería hacernos felices-, pagando las acciones sólo con pagarés?

Si algún ingenio mercantil la organiza, suscríbame desde ahora... por todo el capital.

¡Qué pestes de sociedades anónimas!

Como no vengan otras con el verano, que, atacando de terror pánico a los abigarrados personajes de la galería humana, pongan de manifiesto sus miserias, la enorme masa de pagarés, no pagados, que hay en circulación, pertenecientes la mayor parte a excelentes personas, de lo más cuerdo, a los mejores caballeros... exteriormente... ¡de esta sociedad cooperativa que se llama Buenos Aires!

¡Dios nos asista!

Historia argentina

Al señor don Mariano A. Pelliza

¡Cuán cierto es lo que dice Tennyson, con su acento de melancolía juvenil, que el sol no se pone nunca sin que algún corazón sea despedazado!

Viene usted en una hora de angustia a pedirme "juicio" sobre algunas de sus valiosas producciones, encareciéndome la lectura de otras.

Y me manda su Historia Argentina y varios artículos coleccionados sobre el extravagante libro de Sarmiento Conflicto y armonías de las razas en América , que no valía la pena de leer, si se ha de seguir el precepto de leer sólo lo que enseña.

Pero, ¿cómo salir de dudas?

No hay más remedio que engolfarse en el piélago de las divagaciones para ver y, satisfecha la curiosidad con los primeros descubrimientos, sacar la madeja por la hilacha.

Eso fue lo que yo hice con el mencionado libro, senil, bajo el doble aspecto del estado de las ciencias antropológicas y de la falta de novedad.

¿Qué quiere usted entonces que le diga, ahora, sobre él, que no sea la confirmación de su nutrida refutación?

Los tintes tristísimos de mi horizonte moral no pueden hacerme ver nada color de rosa. Tal como estoy, herido en el pecho, en lo más intimo, con incurable herida, no me harían reír ni los Viajes de Alejandro Dumas. Intentarlo, por otra parte, sería una flaqueza imperdonable; tanto más, cuanto que el dolor tiene también su voluptuosidad.

No es, pues, la amargura, la tinta en que la pluma se empapa, no: es la seriedad del momento la que me inspira para agregar a su crítica una observación.

No hay ninguna novedad, en efecto, en el Conflicto , que, en realidad, no es más que una crisis o reyerta entre la ciencia y el sentido común; más aun, entre los hechos y la verdad y la filosofía o las consecuencias que de ellos se quieren sacar.

Ya muchos años antes, la Revista de Ambos Mundos había dilucidado con su tradicional competencia el tema, bajo el título Conflicto de las razas en América , con motivo de la invasión industrial china a los Estados Unidos del Norte. Y, contemporáneamente, quizá antes, no recuerdo la fecha, las cosas habían sido restablecidas por Clay, filósofo inglés, en su Atlántida , que es una obra, mejor dicho un ensayo, para darle a la psicología una base científica y reconstruir sobre ella, renovada de esa manera, diré así, una especie de cristianismo libre, que, entre paréntesis, no deja de tener su analogía con el sistema expuesto por Kant, llamado por él "la religión en los límites de la razón".

Clay, como se comprende, no ponía la Atlántida donde la geografía mitológica de Sarmiento lo hacía, sitio fantástico contra cuya ubicación protesta usted escandalizado, trayendo oportunamente a colación el Timeo .

No estoy lejos de admitir que de Sarmiento quedará mucho, cuanto se quiera, como manifestación original de su espíritu efervescente, excepto ese relámpago postrero, que no tiene de la índole de su temperamento literario genial, o de los caracteres típicos que han acentuado uniformemente todas sus producciones, sino el empirismo teórico. Porque Sarmiento era todo, menos un filósofo experimental: tenía demasiada suficiencia para creer en la observación, demasiada pasión para dejarse convencer por la razón y sobrada vanidad para arrepentirse. Por eso, no obstante su omnipresencia en todas nuestras discusiones y cuestiones militantes, jamás tuvo verdadera influencia, y sus mismas exequias, al parecer populares, fueron una mistificación, a la inversa de Alberdi que con sus libros y lejos siempre, constantemente, influyó e influye aún en el pensamiento argentino, a la inversa de otros que tienen séquito, o hacen escuela bon gré, mal gré ... y valga lo que valga su doctrina. Pero es que alguna tienen; y que si Sarmiento tenía principios, doctrina no profesaba ninguna, siendo brutal hasta para arremeter contra los principios contrarios, si se le presentaban como valla.

En cuanto a lo demás, dice usted bien: es misión alta y grave la del historiador y es ardua, en efecto, "la empresa de investigar hechos remotos, y más arduo y más difícil todavía escribir sobre los acontecimientos contemporáneos".

Sí, dice usted bien: "quien no sea paciente para estudiar, severo para dar su fallo e imparcial para distribuir la justicia, carecerá de las más indispensables dotes del historiador".

Yo me he preguntado, leyendo con atención la Historia Argentina , si estaba usted a la altura de lo que afirman y niegan los dos conceptos anteriores, y recién leyendo la divisa colocada en el frontispicio del libro sine labore nihil , que es la divisa del editor (un editor es siempre una especie de perro perdiguero) me he contestado: "quizás".

Y mentalmente me he dicho lo que sin duda no entenderá usted, por más perspicacia que tenga para interpretar los hechos y por más equilibrio que manifieste en su aptitud para acomodarlos y reconciliarlos filosóficamente con la verdad, que no siempre los hechos son lo que parecen:

¿Qué hace este hombre en el Ministerio de Relaciones Exteriores? ¿No estaría usted mejor en alguna Biblioteca, o en algún Archivo, de esos cuyos mamotretos hacen las delicias de los que se contentan con mirarlos?

Seguramente que usted no será de mi opinión; es cosa vieja que no hay nada más difícil que poner de acuerdo a dos literatos. Y si no, ya lo ve usted para hablar de lo moderno, de lo más moderno, de lo más experimental, a Zola, diciendo en sus estudios más o menos: "mi maestro, Balzac, es un coloso; él es el inventor de la novela naturalista; pero no puedo entender cómo tamaño hombre ha podido entretenerse con las novelas soi disant históricas de Walter Scott".

Lo de siempre: el discípulo admirando al maestro y en pugna con él; el hijo, orgulloso de su filiación, y haciendo al revés de lo que el padre le enseña.

Pues, y sin el permiso de Zola, sostengo que una novela vieja de Walter Scott es un libro excelente, como forma, como fondo, como estilo. Nadie describe los aproches del Mar Muerto como el autor de El Talismán . Y a más de esto, un libro entretenido, sobre todo para un inglés, familiarizado con la leyenda (esto no lo entiende Zola), que es la primicia popular, contra cuyos efectos naturales es inútil protestar.

¡Vaya usted a decirle a un español, chiquito, bien entendido, que está probado por los mismos españoles que Isabel la Católica no enajenó sus joyas para que Cristóbal Colón tuviera con que equipar sus carabelas! ¡Vaya usted a decirle a un chauvin antivolteriano que Juana de Arco no había sido siempre pucelle ; contestará "mienten los ingleses"! ¡Vaya usted a decirles a éstos que la Carta Magna no es la piedra angular de las libertades modernas - aunque los españoles protesten que es mucho más antigua la libertad aragonesa que la libertad inglesa!

Puedo entonces, reconociéndole a usted varias de las dotes que usted mismo preconiza, en el comienzo de su Historia , decirle: que la he leído con gusto e interés, sirviéndome, por momentos, de lenitivo, y que será de lamentar que no revuelva usted más archivos, sobre todo el del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde parece empeñado en permanecer, y en el que por otra parte, y para evitar toda picaresca interpretación, está usted perfectamente, me parece.

Su Historia , como todas las ensayadas, con más o menos desenvolvimiento, hasta ahora, empieza por la cronología, se refiere a los adelantados, gobernadores y virreyes, echa sus grandes ojeadas retrospectivas a lo que llamaremos la América prehistórica y termina con el feudalismo de Rozas, que es como usted, denominando, caracteriza, a mi juicio erróneamente, la dictadura o tiranía de Rozas; desde que este gobierno no entronizó nobleza ninguna, sino todo lo contrario.

Los señores feudales de la Edad Media compartían su poder con el monarca, eclipsándolo a veces. Y Rozas (que en un purista como usted es tachable que lo escriba con s , siendo con z), ¿con quién compartía el suyo?

Es éste uno de los inconvenientes de la clasificación de los sistemas, cuando se les juzga por analogía.

Rozas no tenía más que lugartenientes , como Felipe II, algunos de los cuales eran hombres de pata en el suelo (¡qué feudalismo!). Y en su época, federal de nombre, el centralismo era absorbente y opresor, todo lo contrario del feudalismo. Finalmente, faltaba lo que caracterizó al feudalismo, los "señores de horca y cuchillo". Entonces no hubo más que horca y cuchillo, sin señores, y partidos y enemigos, y pasiones y furores insanos, que provocaban y acentuaban la resistencia, cada vez más ominosa del dictador, cuyo patriotismo e intenciones ni juzgo ni aprecio, como no lo hago tampoco con las virtudes, los errores o los crímenes de sus adversarios.

Dorrego fusilado, o Camila O'Gorman fusilada, para mí son dos hechos , y nada más, porque no hago historia, ni crítica histórica, por decirlo así; apenas juzgo un libro, que es lo que usted me ha pedido en su gentil dedicatoria.

Sí, apenas juzgo un libro, y debo apresurarme a decirlo, un libro admisible, sobriamente escrito, sin ampulosidades de retórica, que es como se debe escribir la historia, género dificilísimo. Y aquí llegamos a la cuestión del estilo, que no es de poco momento; porque el estilo es a la frase lo que el claroscuro a la pintura, siendo a la vez poco común tener un estilo, así como no es común encontrar pintores que combinen artísticamente la sombra con la luz.

Y esto no quiere decir que no se pueda ser gran escritor sin ser estilista, lo mismo que se puede ser fisonomista y pobre pintor.

Noto, pues, en el estilo de esta Historia Argentina lo que en casi todos los libros de esta naturaleza -con excepción hasta por ahí de los de López, los de Lamas y los de Estrada, siendo éste más típico- varios estilos. Y notándole me pregunto: ¿de dónde vendrá esta anomalía en escritores que escriben con su sana razón?, que al fin y al cabo no es lo mismo hablar cuando uno recién se levanta de la cama que cuando recién se levanta de la mesa, habiendo comido manjares más o menos indigestos. Y llego a esta conclusión: que debe provenir de la manía de la documentación y del tradicionalismo , de que el historiador se empapa en el papel viejo, y que éste le impone, sin que él se aperciba, algo más que el fondo, la forma.

Sería de desear que espíritus agudos, dotados de excelente memoria y capaces de clasificar metódicamente, tuvieran el documento a la vista sólo mientras toman sus notas y hacen el cuadro sinóptico-sintético, y así, de esa manera, tendríamos lo que generalmente no tenemos, libros que incitan, como incita la historia siempre, escritos, desde el principio hasta el fin, con la solidez de convicciones y elegancia de forma de la Introducción, que es donde se encuentra toda su médula espinal.

No quiero comparar, porque toda comparación es odiosa; me limitaré a afirmar, y afirmando diré que Pelliza haciendo la filosofía de su libro, en la Introducción , es superior a Pelliza en el resto; así como Mitre es superior a sus tres volúmenes sobre San Martín, cuando explica el argumento de su libro y la unidad del asunto en las páginas que forman la materia de sus primeros capítulos[25].

Ahora, vengamos al criterio de nuestros historiadores, a su norma para discernir la verdad, y explicar coonsiguientemente la relación de causa a efecto, que es el escollo de la historia.

¿O hay algo más difícil que explicar el porqué un hombre en determinada situación ha consumado un acto?

Cuando yo pienso, yo sé que yo pienso; cuando yo sufro, yo sé que yo sufro; cuando yo quiero, yo sé que yo quiero; y nadie lo sabe, sino yo, o por mí -es esto un aforismo en filosofía.

Pero, ¿cómo se penetra en las intenciones?

[25] En la entrega correspondiente al 1º de octubre de la Revista Nacional , apareció mi juicio crítico sobre este libro.

Librodot

Los hechos hablan, ¿pero acaso los hechos dan la medida de la intención?

Estas dificultades son enormes para el historiador, y por eso se ha dicho, con razón, que la historia es una ciencia inductiva, y por eso se ha preguntado qué grado de confianza merece la inducción histórica, y por eso se han formulado tantas dudas sobre la certeza histórica, a tal punto, que el mismo filósofo pseudo-espiritualista Juan J. Rousseau, ha llegado a decir que la historia no era más que el arte de elegir, entre muchas cosas falsas, la que más se parece a la verdad, y de ahí que yo haga esta observación personalísima: "Suele ser frecuente preguntar cuando se oye referir una verdad: ¿Y será cierto eso?"

Sea de esto lo que fuere; y lo que es no se discute entre hombres de pensamiento, y siendo cosa sabida que la fuente más rica de la historia está en las relaciones escritas, de aquí no se deduce que todo lo escrito sea la verdad.

De ahí que las Memorias del cardenal de Retz sean sospechosas. ¿Por qué?, porque fueron escritas con un interés personal, como escribió nuestro general Paz las suyas, para destacarse él solo y uno que otro inepto o adulón.

De ahí, no obstante la ingenuidad de Lamartine, que la Historia de los Girondinos no sea más que un libro maravilloso.

Y de ahí, finalmente, y para llegar adonde quería, y casi hablando por boca ajena, que, aparte de todo interés personal, se deba desconfiar de todo escritor que refiere la historia del punto de vista de un interés de secta, de partido o de facción, y que sea tan raro un De Thou, escribiendo la Historia de las guerras religiosas , o un Tucídides la Guerra del Peloponeso .

Yo noto en nuestros historiadores no un defecto de sinceridad; pero, si la pasión tiene su historia lo mismo que cualquier enfermedad, afirmo que todos ellos padecen de predilecciones invencibles por sus hombres, por sus tipos, por sus contemporáneos; y es por esto que las disputas no se refieren ni a Cortés, ni a Pizarro, ni a Valdivia, ni a la civilización de los aztecas, ni a la civilización de los incas, ni a la barbarie de los indios australes, ni a lo que podían tener de pesado y odioso las encomiendas y los mitayos ; no, todo el mundo está de acuerdo sobre esto: son hechos pasados en autoridad de cosa juzgada, como que Felipe IV deshizo el más grande imperio que hayan conocido las edades, el imperio de Carlos V, que fue más grande que el de Roma y el de Carlomagno, y como que, al fin y al cabo, la pobre España le daba a la América más de lo que ella misma tenía.

Las disputas, decía, se refieren a si Rozas fue un producto inevitable y lógico de las circunstancias, o si la federación o la unidad venían de atrás como un efecto, cuya causa eficiente nada puede truncar; por ende las simpatías, los bandos, los partidos y el espíritu de partido escribiendo la historia, que es la tacha que yo le encuentro al libro e Pelliza, la única fundamental.

Pelliza es dorreguista , y a mí me habría gustado que no lo fuera, para que en su libro no se viera, a pesar de la evolución transformista a que están sujetas todas las cosas, al partidario platónico, si así me es lícito hablar; es decir, a un hombre con simpatías y antipatías teóricas, referentes a épocas y a personajes que orgánica y psicológicamente no discrepaban mucho que digamos, a no ser que la misma tierra abonada con el mismo humus y labrada por el mismo arado, en cuyo surco se ha depositado idéntica semilla, pueda dar diversos frutos.

No, Lavalle y Rozas, Rozas y Lavalle, eran cantidades iguales: al uno le tocó representar un papel distinto del otro, y yo no sé lo que habría hecho Dorrego si Lavalle no lo hubiese fusilado.

En este terreno es donde a mí me gustaría ver a los historiadores, porque un país no son dos mundos, lunar el uno, sublunar el otro. ¿O mi hermano no es mi hermano?, ¿o Del Valle no se parece a Alem?, ¿o Tejedor no se parece a Mitre, como Urquiza se parecía a Rozas?

Una pasión no nace de improviso, ni se desarrolla de improviso. La Imitación de Cristo pinta, como pinta todo lo que es humano, admirablemente y como antes he dicho, la historia de una pasión. "Al principio, un simple pensamiento se presenta al espíritu; viene en seguida una fuerte imaginación ; después la delectación , el mal movimiento; y finalmente, el consentimiento . Y así, poco a poco el espíritu maligno entra en el alma."

Eso es lo que yo querría ver en nuestros historiadores, las almas de nuestros caudillos, averiguadas, escrutadas por ellos, y no sus actos, sus hechos más o menos bárbaros, aplaudidos por los contemporáneos o fulminados con horror por una posteridad casi coetánea. En otros términos, en vez de los hombres del punto de vista objetivo , yo querría que, sin pasión ni odio, los historiadores nos dijeran qué eran los hombres del punto de vista subjetivo.

En una palabra, yo querría que nuestros historiadores, en vez de hacer gala de erudición documentada, nos mostraran más los personajes por dentro, sorprendiéndolos a todos ellos en su hora crítica de la tentación, despojados del oropel con que los reviste la preocupación del momento o del anatema que les reserva la cobardía ulterior.

Librodot

Ananké

Al señor doctor Osvaldo Magnasco

Je ne veux pas vous faire de théologie aujourd'hui; la dernière fois, je vous ai parlé du purgatoire: cela m'a valu des lettres nombreuses de pieuses personnes que j'avais contristées. Nous autres nous, les félibres, en politique comme en religion, nous faisons, comme si c'était vrai - Mon Dieu, ce peut l'être: après tout, on ne sait pas. En tout cas, je ne veux, cette fois, contrister personne.

Renan

.

Siempre el eterno problema de lo consciente y lo inconsciente, el hombre actuando por impulsos o por reflexión, errando cuando calcula, acertando cuando se lanza a cuerpo perdido en el entrevero.

Es como para no saber dónde tiene uno la cabeza. ¿No les parece a ustedes?

Y los sabios en pugna, desde Sócrates que dice: "si los que gobiernan el Universo no prefieren al hombre justo al injusto, mejor es morir que vivir", hasta Bentham y sus secuaces, como Herbert Spencer y Leslie Stephen, cuya filosofía reduce al hombre a una cosa, desde que le niegan la facultad de la volición, que es la esencia de su personalidad, o sea la condición del atributo que lo constituye hombre.

La ética tiene sus escabrosidades, y, a no dudarlo, ella presenta aquí una dificultad.

¿Por qué? Porque me obliga a preguntar cuál es la cualidad esencial que hace que las acciones humanas sean buenas o malas.

En otros términos, y en una sola palabra, ¿qué es la moralidad , si aceptamos como racional la concepción del hombre máquina, desde que una acción moral no puede significar sino la acción de un ser consciente y determinado por sí mismo? Dumesnil no habría podido decirle entonces al Ministro de Carlos X: "Yo no camino tras de mi conciencia, ella me empuja."

Se dice que Kant ha resuelto el problema en pocas palabras, cuando ha escrito que todas las cosas, en la naturaleza, obedecen a leyes y que lo que distingue a un ser racional es la facultad de actuar según las leyes de la conciencia.

Pero yo digo que hoy por hoy, que esta mañana, que en este momento, no me atrevo a decidirme ni por Sócrates, ni por Bentham, ni por Kant, y afirmo sólo que me siento presa de una invencible sugestión, impulsivo. Y óiganme ustedes bien y créanmelo, porque es verdad: hace días que estoy sugestionado y que lucho, y que al fin, como movido por una fuerza misteriosa, obedezco a una fatalidad, que me arrastra como la leve brisa arrastra las aristas del trigo, más leves aún que ella; y no sin lucha porque pugno entre dos cosas opuestas, entre un hombre y una mujer, entre un fraile y un escritor, entre un gran predicador y un gran novelista, entre un creyente y un escéptico, entre el padre Agostino da Montefeltro (¿o ustedes creen que yo no leo sermones?) y, como dicen los ingleses, entre "Ouida" el autor de Under Two Flags, Signa, A House Party, etc., etc.

Por vía de digresión, lo que no me cuesta mucho trabajo ni a ustedes tampoco, ¿saben ustedes quién es el padre Agostino, ese hombre extraordinario por su facundia demosteniana, que se reveló primero de un modo estupendo, allí donde Galileo Galilei especulaba trascendentalmente, sobre el gran problema de la rotación de la tierra?: en Pisa, la artística y doctoral ciudad, donde las ciencias y el arte han hecho milagros, y del cual el mismo profesor materialista Paolo Mantegazza ha escrito:

Yo vi llorar hombres y mujeres, y a la salida de la iglesia, vi abrazarse y darse la mano gente que nunca se había visto, anhelosa de extravasar en otro la complacencia que la inundaba y la sofocaba; pues parece, en efecto, que el entusiasmo suscitado por el predicador

era tan grande, que el auditorio se olvidaba a sí mismo y aplaudía en la iglesia como en el teatro.

¿Saben ustedes, decía, quién es el padre Agostino, o mejor dicho, ya que medio escribimos en romance castellano, Agustín?

Antes de decirles quién es, les recomiendo a ustedes, como obra maestra, sus sermones; entre ellos, La verdad, Il dolore, La classe operaia, La patria.

En el último, y para que tengan ustedes una idea del vigor de este fraile, que parece un apóstol, exclama con su acento grandilocuente:

Señores: Cuando considero al hombre, descubro en él, no ya una existencia puramente individual que pasa a la sombra del hogar doméstico, sino una existencia pública que tiene y ocupa su lugar en la ciudad y en el Estado, donde ejercita sus derechos, donde llena sus deberes, veo que forma parte no sólo de ese pequeño mundo que se llama la familia, sino de ese otro mundo también, más grande y no menos hermoso, que se llama la patria. Yo siento que lleva no sólo los nombres de padre, de hijo, de hermano, sino también el nombre de ciudadano.

Señores, no os maravilléis si oís pronunciar el nombre de ciudadano en esta cátedra; verdad es que, como otras muchas palabras, ésta ha sido contaminada por perversa doctrina, habiendo sido profanada por intención antisocial; pero cuando se pronuncia bajo las bóvedas del templo, cuando se pronuncia ante el altar y la cruz de Jesús, entonces se purifica y se restituye a su primera dignidad, a aquella dignidad que reivindicaba San Pablo, cuando frente al tribunal pagano hacía valer sus derechos de ciudadano de Roma.

Por otra parte, ¿qué importa la palabra, qué importa la expresión? La vida civil y los deberes que aquélla lleva aparejados, forman hoy uno de los principales y más importantes objetos de que se debe ocupar el cristiano, porque es en este punto, sobre todo, donde gira la mayor parte de las falsas ideas que extravían nuestro siglo.

¿Quién es el padre Agustín, repito?

Hay varias leyendas, como en todo, sobre él, y como en todo -supongo que a ustedes les pasa lo mismo que a mí-, me quedo con la que más me gusta, con la que dice que el Padre Agustín se fue a la guerra de la independencia italiana, desesperado por unos amores (ya pareció aquello). Cuentan, pues, que amaba y era amado de una mujer noble, siendo él plebeyo; y que no había casamiento posible, porque el objeto de su predilección era obediente y los padres se oponían; que, desesperado, sentó plaza en el cuerpo de "Cazadores de los Alpes", y que mientras él combatía por la patria, los padres de su amada quisieron obligarla a casarse con otro; que ella resistió cuanto pudo, y que no pudiendo más, una mañana la hallaron en su lecho virginal, envenenada, vestida de blanco, apretando sobre el pecho un crucifijo; que concluida la guerra de la independencia, el amante volvió, y que, hallando muerto al ángel tutelar de sus ensueños, por causa de otro, le provocó, matándole en duelo, cerca del cementerio de Turín, y que, hecho esto, renunció al mundo, y se metió en un convento.

En ese duelo él buscó, más que la muerte de otro, la suya propia, deseando, como su adorada consorte espiritual, ser sacrificado por la misma mano. Pero la pálida diosa que lo había respetado en los combates -en todos buscaba la muerte como un héroe, dice el general Bixio-, no quiso concederle a la desesperación aquel supremo favor.

Tal es la leyenda, repito, que le hizo vestir al capitán garibaldino el cilicio y la túnica de San Francisco. Y sea o no verdadera la leyenda y falsa la crónica, que otros dan por auténtica, pretendiendo que los trágicos amores no fueron tan sentimentales, sino todo lo contrario, una página sensual más que agregar a la historia de los humanos desvaríos, el hecho es que el padre Agustín reúne a una erudición versada en todas las escuelas filosóficas antiguas y modernas, el fuego, la unción, el arte, la elegancia, la sencillez, lo interno y lo externo, como

para seducir y arrebatar a las multitudes sedientas de religión, de fe, de verdad. Y que leyendo sus sermones, que son muchos, se siente que el fin que él se propone es como él mismo lo dice: hacer triunfar la verdad, ese faro inextinguible que rompe las tinieblas, apartando el error de la inteligencia humana.

A esto me limito yo aquí respecto al padre Agostino.

Y tomando el hilo del principio, pugno de nuevo por seguir más bien con los sermones tan bellos del infolio que tengo a la vista, pero nada, la obsesión de lo otro me avasalla, la sugestión se impone, triunfa, y la fatalidad me mete en el dédalo en que ustedes y yo estamos, pues difícilmente podrían hallarse dos antítesis más opuestas en el fondo y en la forma, en el espíritu y en la tendencia, porque son como romanticismo y naturalismo, espiritualismo y sensualismo, por más que la escuela socialista pretenda que naturalismo y romanticismo no son en realidad, más que dos faces de manifestación de un mismo hecho: juventud y senectud.

Imagínense ustedes que voy a aparear cosas de iglesia con cosas mundanas, y que lo hago a pesar mío como cuando la razón dice A, y el impulso dice B.

¡Ah!, me explicaré.

¿Han pasado ustedes alguna vez por Baden-Baden, que ya no existe, o por Montecarlo, que desgraciadamente existe?

Entonces, puede haberles sucedido esto, en Montecarlo, digamos:

Decirse mentalmente: voy a contar las pilastras del jardín de la gran terraza que mira al mar, a ese mar ideal Mediterráneo -que está al frente del hotel de París, teniendo a la derecha el templo aleatorio del rouge et vert- y si son pares, entro, y aventuro unos mil francos, y si son nones, no entro.

Y, uno, dos, tres, y así sucesivamente, cuarenta y siete.

...Nones...

¡Qué diablos! -entraré no más. ¡Quién sabe si porque he errado aquí no acierto allí... ! y entrar y... Con rarísimas excepciones, la historia de los que no tienen carácter para estas cosas es la misma: salen de aquel antro malsano, vencidos por la fatalidad, como saldré yo probablemente del atolladero en que me he metido, por no tener la fuerza moral de sacudir el yugo de una sugestión, que en el fondo no es probablemente más que un deseo más fuerte que otro, que no discierno bien, o la manifestación de una aptitud morbosa en defecto de otra con virtudes profilácticas.

Francamente que no sé si considerar al hombre como un agente responsable y libre, o como un juguete entregado a las fuerzas cósmicas, como algo que habiendo salido del caos debe volver a él. Será indiscutible el determinismo . Será esclava la voluntad. Serán puros motivos los que gobiernan la libertad humana...

Lo cierto es que yo no querría ocuparme de lo que me estoy ocupando, y que sin embargo me ocupo, y que voy a hacer que ustedes mismos se ocupen de la última novela de "Ouida", titulada Guilderoy , que es el nombre de un lord whose name ir as old as the days of Canute , cuyo nombre es tan antiguo como los días de Canuto, aunque habría veinte libros mejores que recomendarles a ustedes, y aquí me viene como pedrada en ojo de boticario, la siguiente lista:

Así contesta L'Intermédiaire de chercheurs -y yo le contesto a Adolfo Olivares-, a esta cuestión:

¿Cuáles son los veinte volúmenes, mi querida prima, que escogerías si debieras pasar el resto de tu vida en una biblioteca, reducida a ese número de obras?

He aquí la lista, que he hecho, con algunas vacilaciones:

1º La Biblia.
2º Homero.
3º Esquilo.

4º Virgilio.
5º Tácito.
6º La Imitación de Cristo.
7º Un volumen de Shakespeare.
8º Don Quijote.
9º Rabelais.
l0º Montaigne.
11º Un volumen de Molière.
12º Un volumen, de Racine.
13º Los Pensamientos de Pascal.
14º La Ética de Spinoza.
15º Los Cuentos de Voltaire.
16º Un volumen de poesías de Lamartine.
17º Un volumen de poesías de Víctor Hugo.
18º El teatro de Alfredo de Musset.
19º Un volumen de Michelet.
20º Un volumen de Renan.

Pero tomemos otra vez el hilo interrumpido, a pesar mío.

Ustedes dirán: ¿y por qué va este hombre a hablarnos tan luego de un romance inglés?

¿Por qué? es muy fácil la respuesta.

Sírvame de excusa, o de paladium, Taine, el gran crítico Taine, el cual ha llegado hasta decir que no hay verdaderamente en el mundo sino dos civilizaciones: la de Francia y la de la Gran Bretaña, de donde ha partido otro crítico inglés para decir que es muy natural que el mundo se divida en dos partes; la una, que tiene los ojos fijos en París; la otra, en Londres, conviniendo, sin embargo, que en Inglaterra, tanto los novelistas como los dramaturgos, son menos originales, en el fondo y en la forma, que los escritores franceses, cuyas producciones son leídas con avidez en Rusia, en Alemania y en Austria, teniendo la literatura inglesa un carácter más insular, al contrario de la otra, que es más continental.

Pueden ustedes agregar que las innumerables sectas protestantes que dividen la conciencia en aquel país han dado origen a un género poco común en el continente, la novela teológica, siendo el inglés, thoroughbred , el más singular dualismo cerebral o extraña amalgama de tendencia a la metafísica y a la acción, de intolerancia y libertad, de hombre de pensamiento y de acción.

Los espíritus cultivados, ya lo sé, están en todas partes al alcance de la literatura inglesa. Pero tómese al azar un diario italiano, francés, americano del sur, y hasta español, y la regla casi infalible será hallar las columnas de su folletín adornadas o embadurnadas con alguna novela francesa, de moderna y nauseabunda extracción.

Por mi parte, confieso que entre el novelista de fondo inglés y el novelista de fundamento francés, no hallo más que una diferencia en la índole: el inglés no posee el arte de hacer vibrar las fibras humanas, que es el secreto de las grandes popularidades -y el ejemplo del momento, dominado como estoy por una tentación, sugestión, fatalidad o fuerza superior a mí mismo, es la última novela inglesa, de que al fin nos vamos a ocupar el lector y yo: ustedes leyendo, yo escribiendo.

Pero tenemos que concluir. Me he extendido demasiado, sin quererlo, contra mi voluntad. Hago, pues, punto final, y creo que puedo decir como Renan, en el último diner celtique : "En tout cas, je ne veux, cette fois, contrister personne", y aun atreverme a confesar que me estoy pasando con cajas y banderas a la novela rusa, en la que fulgura toda el alma eslava con su fe fanática en el Evangelio y su credo : "es necesario amar y creer".

¿Concluiré?

Creo que sí.

¿Quién puede responder del día de mañana?

Recuerdos de antaño

Al señor don Miguel Cuyar

La primer cosa que al lector se le ocurre, estoy seguro de ello, teniendo mala memoria, porque es viejo, o no teniendo memoria alguna porque es joven, o teniendo poquísima -y la memoria, como todo, necesita cultivo o disciplina-, es preguntarme, preguntándoselo a sí mismo: ¿quién es este Miguel Cuyar, que no suena ni truena?

Pues Miguel Cuyar es, como si dijéramos, el pródromo, o el protoplasma, de donde nació el actual Inspector del Banco de la Provincia, Mariano Marenco, tan simpático, tan estimado y tan querido, como su antecesor, aunque éste es muy alto, y el otro un poco bajo, y aquél muy narigón, y el otro medio ñ ato.

Con esto basta y sobra, me parece, para que queden ustedes, si no enterados, habilitados, para hacer otras averiguaciones. Les diré, sin embargo, como quien paga un tributo merecido a la amistad, al cariño, a la estimación y a la gratitud, por constantes bondades recibidas, que Miguel Cuyar es uno de los hombres de más vasta y sólida ilustración que conozco. De nada hace gala. Diríase que vive en plena beatitud literaria y científica, pensando, como el sabio antiguo, "sólo sé que no sé nada", y que apenas emite su opinión, por compromiso, interpelado.

Me acuerdo que siendo yo capitán, en 1863, y no pudiendo hallar en mis librejos de frontera algo que necesitaba para entender cierto pasaje de la Vida de Jesús , que tanto ruido hacía a la sazón, me dirigí a varios amigos de aquí, diciéndoles: "búsquenme eso", y que, como me contestaran "no lo hallamos ni en la Biblioteca", les repuse, convencido de antemano del resultado, "ocurran a Cuyar", y que ocurrieron, y que Cuyar los sacó del limbo, diciéndoles: Sakiamuni es Budha.[26]

¿Quieren ustedes más todavía?

Les diré, en resumen, que Miguel Cuyar no es sabio solamente por todo lo dicho, sino porque no se ha casado... siendo muy buen cristiano... vive para el bien, su familia, la amistad y la caridad.

Lo que eres tú, Santiago amigo, que es a quien me dirijo -aunque esta charla esté dedicada a Cuyar, y sea con el público-, lo que eres tú, querido Santiago, lo repito con gusto viéndote al fin laureado, coronado, aclamado sabio por los mismos españoles -lo que es otra victoria americana-, lo que eres tú, Santiago amado, y van tres, y a la tercera es la vencida, no sé si alcanzarás la sabiduría algo más que salomónica de Cuyar; pero sí sé que si esto estás leyendo, estás ya, por los recuerdos tan tiernos que el solo nombre de Cuyar tiene que evocar en tu alma, tan delicada como tus pensamientos, ni más ni menos que como yo, anoche, cuando en la cama ya, y en la hora de la concentración y de la meditación, me resolví a leer mi correspondencia, hallando entre ella su cara misiva que ahí va más adelante, como tipo de carta íntima, que por el lustre de las bellas letras argentinas conviene divulgar.

¿A que estás, si no llorando, haciendo pucheros ya, para llorar, como cuando éramos chicos?

¡Qué tiempos aquéllos! ¡Y pensar que no han de volver!

De veras, que yo no sé para que nacemos. ¡Eh, en medio de todo, si algo hemos penado, un poco nos hemos divertido también! ¿No te parece? Y no necesitamos salir, para gozar hasta con la memoria, del recinto de la casa patriarcal; de esa casa en que bajo la égida protectora de tu buen padre, caritativo y generoso, sin ostentación, nada faltaba, nunca jamás; ni el espacio en qué correr; la luz, el aire, las flores, la lumbre en invierno; ni qué comer, ni qué beber a toda hora, de día, de noche, temprano, tarde, en la mesa, fuera de ella, sin que se

[26] Ya entonces lo refuté en una serie de artículos que se publicaron en El Nacional bajo el título de "Cartas confidenciales a un amigo". Y por esto reñí con Francisco Bilbao.

oyera una voz más alta que otra, a no ser nuestros alaridos, y todavía, y como si esto no bastara, el viejo, como le llamábamos al señor don José Manuel, nos dejaba libre el campo de la sobremesa (se me hace agua la boca recordando aquel jerez amontillado y aquel oporto) para que, con cierta compostura de refectorio conventual, hiciéramos brillar nuestro picaresco espíritu infantil. ¡Cuántas veces, cuando creíamos que el viejo hacía su digestión en la poltrona del escritorio, no lo pillamos sacando la cabeza por la rendija de la puerta para oír mejor nuestras "barbaridades" y gozarse en aquellas caras rubicundas, llenas de vida, reflejo de nuestras almas sin inquietud, llenas de fe, y de nuestros corazones sin odio, llenos de esperanza!

¡Cuánto te agradezco tu carta, y el recuerdo que ella contiene sobre Miguel de los Santos Álvarez (¡cómo! ¿todavía se permite vivir?), "el señor calienta bancos" como lo llamaban los sirvientes de mi casa por lo largo de sus visitas!

Naturalmente ahí, en España, ustedes no leen a los americanos, que no se toman la molestia de mandarles los frutos del país de su cosecha... literaria, y el amigo de Espronceda y de Santiago Arcos no ha leído una cosa muy "bonita" como habría dicho Sarmiento, o el mulato Dumas, escrita por mí,[27] cosa en la que cuento una aventura nocturna de literato afligido, siendo el protagonista nada menos que él, Miguel de los Santos, el cual, como cualquier hijo de vecino, incurría en sus faltas de ortografía, aunque en el caso ocurrente el pecadillo fuera venial, si lo había.

Dímelo, Santiago, que yo soy en el Río de la Plata quizás una rareza, y que esto no le ofenda, si rareza cabe en decir que todas sus obras a la cabecera de mi cama, y que, algunas veces, suelo parafrasearlo, exclamando como él:

¡Heme aquí poseído de una verdadera melancolía, más aún, de una profunda tristeza, con el corazón apretado y el alma desconsolada, y sin poder pensar en cosa que no sea muerte, entierro, postrimería o luto! ¿A quién no le sucede todos los días lo mismo, por un motivo o por otro, en esta vida enferma y fugitiva? Por eso, y contando con la simpatía humana, me atrevo a presentarme triste en público.

Dile que si se acuerda del mono , que con Santiago le hicieron comer al conde Delurde, dándole, no gato por liebre, sino cuadrumano por cuadrú pedo, lo que era un colmo.

¿O ustedes se imaginan que los sabios no han sido locos, o calaveras, alguna vez?

---

27 Alguien ha creído hallar critica fina en esto: nada más inexplicable que semejante juicio. Ni la índole de estas páginas, ni el cariño que tengo por el literato español, tan ático corno castizo, me lo habrían permitido. Puedo juzgar personajes históricos, situaciones, hacer moral, filosofar; procuro siempre respetar, hasta donde es humanamente posible, las mismas preocupaciones, rehuyendo atacar la religión, las costumbres; puedo dar uno que otro consejo a los que no tengan experiencia: pero lo repito, no hago ni haré crítica sobre estilos, modos, temperamentos, crítica personal y menos agria. Si alguien, pues, se ha querido ver aludido, acepte, de antemano, mis excusas, y venga a ésta su casa, lo convenceré. ¿A qué ver fantasmas cuando hay ya tantas realidades que asustan en este mundo, que no es tan malo al fin y al cabo, por más que nosotros mismos lo echemos a perder con nuestra imbecilidad?

28. ¡Qué casualidad! Yo estoy haciendo aquí lo mismo. Mejor dicho, lo está haciendo el editor don Juan A. Alsina (uno de mis pocos admiradores, excepto mi secretario, que me cree un portento), pero no de todo lo suelto que he escrito, sería la mar, de lo último, de lo moderno, de estas Causeries , y alcanzarán a unos doce o quince volúmenes como el que te mando de muestra... házmele un buen elogio. Tú lo sabes; el respetable público cree en el elogio y en la calumnia y desconfía de la verdad.

Aquí, entre nosotros, yo conozco algunas diabluras y calaveradas de Vélez, de Alberdi, de Juan M. Gutiérrez, de Lamas, de López, de Mitre: este ú ltimo fue más diablo que los otros, más incorregible, y hubo que mandarlo a una estancia para que lo domaran.

Muy linda, muy interesante, está tu carta. Santiago, como todo lo que tú haces, parece una filigrana; y a decirte verdad, si no fueras académico, la habría encontrado todavía mejor.

¡Ser académico!

¿Has medido ya, nuevo Sísifo de la gloria literaria, el peso de la mole, y la altura de la montaña a que tienes que llegar?

Lo gracioso, y éste no es más que un modo de hablar, porque el verdadero vocablo, si lo hay, no me viene a la punta de la lengua, no me atrevo a decir drôle , es que aquí hay muchos que no creen que seas tú académico, discurriendo así: será el hermano, será don José Manuel.

Como tú has sido siempre bromista y alegre, y José Manuel grave y serio, las buenas gentes no se imaginan que, siendo ramas del mismo tronco, ambos puedan tener la misma savia consistente o fecunda. El mundo es así... Ya los convenceremos de que eres tú y no José Manuel, el académico. Otros creen que la España debe ser menos que la República Argentina, porque recluta académicos aquí como si la lengua de Cervantes, de Quevedo, de Lope de Vega, de Larra, de Olózaga, de Castelar y de Martos, no tuviera el deber y el derecho de ensanchar sus dominios, enriqueciéndose, mediante una selecta asimilación.

De modo que, y en virtud de los considerandos anteriores, yo creo que tú harías bien en influir con los eminentes de número y electos, correspondientes de allá y de acá, con las corporaciones y personas que de esos trotes entienden, para que también lo hicieran académico a José Manuel, que no escribe mejor que tú, porque escribe de otro modo; pero que piensa con tanta gravedad como tú, quizá con más, y que, si no ha producido cosas tan variadas como tú, ha enseñado muy buenas cosas, aunque con algunas de ellas no esté yo de acuerdo... ahora, que ya soy grande.

No sé si la pasión me ciega en estamparte. Tú sabes que yo sé lo que es justicia abstracta, y que vivo mucho con el sentimiento, y sabes algo más, que si nos queremos, es porque en algo nos parecemos; así es que, si la pasión me ciega, podría preguntarte: ¿y por casa cómo andamos?

Pero como tú estás ahora en el extranjero y los ausentes nunca tienen razón, aunque los hagan académicos, yo te digo, yo literato anti-académico, pero que respeta a la Academia, porque si no calzo el coturno de académico no es por falta de ganas, sino porque soy americano hasta la médula de los huesos, yo te digo que mi público, que mi lector, es curioso e impaciente, no le gustan las cosas largas, viviendo como vivimos aquí, a la birlonga, siempre apurados, sintiendo cada uno de nosotros no ser varios, yo te digo, por última vez, que ya me están exigiendo tu carta.

Ergo, ahí va:

Gran Hotel de Rome
Jotty y Cía.
Madrid

même maison
Málaga

Madrid, 13 de agosto de 1888.

Querido Lucio: Amistad de buena cepa es la nuestra. Casi estoy por decir que, como el fruto de la vid, gana con los años. Pasan sobre ella aparente olvido y hasta el tiempo implacable, y permanece intacta la cantidad en las ánforas que la guardan. De época en época

se desvanece la bruma de la distancia y movimiento ineludible vuelve a acercarnos. Conocí noches pasadas en el Casino a don Miguel de los Santos Álvarez, que dijo: "¡Bueno, es el mundo, bueno, bueno, bueno!", y a la viuda de Ros de Olano, a quien Espronceda dedicó el poema que contiene aquella sentencia. Al punto recordé que don Miguel había escrito preciosos versos en el álbum de tu madre, y mi mente retrogradando en el camino andado, recordó la época en que los leí, y le conocí. Has de saber que he coleccionado mis artículos y libros en siete u ocho volúmenes. (28) Figura entre ellos el viaje al Pacífico. Un escritor de calidad, Boffil, ha precedido el tomo de una introducción. Él, como todos los que han opinado sobre esas impresiones, se detiene un momento en tu retrato y consagra al original palabras simpáticas. Leérmelas y sentir prurito de escribirte fue casi simultáneo, porque entre las pocas calidades mías, figura el placer que experimento cuando sé que alguno quiere lo que yo quiero, o gusta de lo que yo gusto, porque vivo buscando cómplices en mis afectos. Figuras tú entre los pocos que entre nosotros constituyen aquel público sensato que alienta dentro del público inadvertido , objeto de predilección y de respeto de Shakespeare, que en nuestro país contrarresta la sordera de la atmósfera literaria y combate la ponzoña de la malevolencia. Soy de los pocos a quienes el vacío no ha ahogado, permaneciendo fiel al culto de las letras, sin lectores abundantes y con jueces a puñados. Tú me has alentado , y, en varias ocasiones, tu aplauso me ha hecho olvidar los zumbidos de las moscas de las cloacas. Acogido y honrado por una sociedad artística, al mismo tiempo que bondadosa, he recibido aquí todo género de satisfacciones, sin orgullo, sin creer que las merezco, pero dominado por el legítimo sentimiento de poderlas compartir con mis buenos amigos, demostrándoles que, cuando menos, si se han equivocado en sus obsequios, he hecho lo posible por formarles buena compañía, despertando en el extranjero simpatías análogas a las que conseguí en el seno de la patria. Después de los rudos golpes que experimentó mi corazón, el año pasado, se ha apoderado de mí una necesidad apremiante de reposo, que solamente se puede encontrar en el estudio, en el arte y en la naturaleza. En algunos momentos me creo dormido y soñando. Yo había llegado a creer que mi viejo arrojaría sobre mi féretro el puñado de polvo, que me cupo en suerte desparramar primero sobre el suyo, y abrigaba también la creencia de que no saldría de mi país, al cual llegan, como ecos, el rumor de los hombres y el ruido ensordecedor de Europa. Dios dispuso las cosas de diversa manera, sin haber yo conseguido acostumbrarme a la idea de vivir lejos de aquel que era mi aliento en la debilidad del espíritu, mi apoyo en la enfermedad del cuerpo, y en todo momento, mi mejor amigo. Cuando pienso que él pudo venir conmigo a Españ a, visitar juntos sus monumentos y presenciar las manifestaciones de aprecio de que he sido objeto, acuden a mis ojos importunas lágrimas, porque no falta quien las tome por femenina debilidad de mi corazón. Al regresar, junto al retrato de mi padre, colocaré el diploma de Académico de la Real Española, llevándoselo como filial ofrenda. Vosotros los combatientes, los que conocéis y dormís con las armas ceñidas, podéis espaciar el ánimo, exaltados y aguijoneados de continuo con las peripecias de la lucha. Pero los que vivimos solitarios, reconcentrados, llevamos los dolores como enfermedades crónicas, que terminan por hacerse orgánicas. Tú conociste y apreciaste a mi padre, que tuvo tu amistad en mucho, porque, aun cuando adusto, no escapaba a la influencia de los espíritus selectos. Porque le conociste y le apreciaste, puedes servirme de confidente en este momento y darte cuenta del desamparo de mi corazón. Sábelo pues, una vez más; donde quiera que voy y que vaya, va e irá conmigo su memoria y el recuerdo de sus amigos. Por tal, te tuve también, y por serlo mío de corazón te escribo estas querellas.

Salud y felicidad te desea.

Santiago.

Bueno; ustedes, el lector, el público, ya están satisfechos.

Ahí tienen la anunciada carta de nuestro dignísimo conciudadano ausente, honrando a la patria con su talento, con su instrucción, con las galanuras de su estilo, fácil al parecer, difícil en realidad, porque es un estilo sentido, vibrado, comunicativo como la simpatía, que

Librodot

conmueve o calienta como la electricidad, estilo que no es clásico, ni romántico, ni naturalista; pero que es natural, que es vero, y cuyo mérito consiste precisamente en eso, en que nada tiene de artificioso ni de artificial.

Ahora, en cuanto a ti, Santiago, que has venido también en hora angustiosa para mí (y sin saberlo), a remover todas mis fibras paternales con tus ternezas filiales, tú eres más feliz que yo.

¡Oh!, sí.

Pitágoras decía: "Economizad las lágrimas de vuestros hijos, a fin de que ellos puedan derramarlas sobre vuestra tumba." Llora, pues, Santiago; llora siempre, constantemente; llora varoniles lágrimas, nunca serán demasiadas para regar el santuario donde yacen las cenizas de tu noble progenitor, que no te hizo derramar ninguna, que te las economizó todas.

Yo, sano, fuerte, vigoroso, duro como una roca, yo... viendo partir a mis hijos, para siempre... yo... ¡no lloro! Vivo desesperado preguntándome a veces si no tendrá razón el egregio poeta alemán cuando exclama, en un momento de cólera: "Tengo grandes derechos para aborrecer a la naturaleza, y, ¡por mi honor! que los haré valer."

Post-data. Terminadas estas letras, me apercibo de que han hecho bien los españoles en inventar el proverbio que dice: "que en todas partes cuecen habas, y en mi casa a calderadas." ¡Pero, hombre, tanto embromar ahí, en España, y aquí también algunos, con que hacemos una mezcolanza imperdonable de gabacho y de castellano! Y si el ejemplo viene de allá, de la tierra del mismo Calderón. ¡Pues no dice tu carta, al indicarme tu dirección: même maison! ¡Qué "même maison" ni qué botijas, hombre, "misma casa"!

Si alguno de los gallegos que tiene José Manuel ahora de sirviente, o que lo fue tuyo, eso ve publicado, es capaz de creer que es tu título de Académico.

De manera que para no inducir a nadie en error, les diré yo aquí que tú vives en el Gran Hotel (dile a la Academia que ponga hotel en el diccionario), de los señores Jotty y Cía. de Madrid, que tienen una sucursal en Málaga.

San Martín

Voy a ocuparme de un libro de historia que es también un libro histórico; porque, compendiado, o en su mayor parte, se refiere a un grande hombre, que ya no existe, siendo, a la vez, producto genuino del esfuerzo intelectual de otro personaje distinguido que vive aún.

En dos palabras, voy a ocuparme de la historia de San Martín , escrita por el señor general don Bartolomé Mitre, a la que bien puede aplicársele el dicho de Cicerón: Historia quoquo modo scripta placet , e historia que, siendo un ejemplo clásico para el pensamiento argentino, marca como una gran columna miliaria, una etapa célebre en el camino por decirlo así, de las bellas letras americanas; pues dicho libro en efecto, sean cuales sean sus deficiencias de concepto mental, de desenvolvimiento metódico, de anfibología gramatical, dentro del vasto perímetro del plan que abarca, vasto, vastísimo, como el mismo teatro, casi medio mundo, en que se desarrollan los acontecimientos, fulguran las espadas y truena el cañón de vencedores y vencidos, una obra eminentemente americana, por la idea que lo ha inspirado y por la copiosa documentación auténtica en que se apoya, desafiando y refutando de antemano toda rectificación empírica.

En este sentido, el señor general don Bartolomé Mitre ha realizado un trabajo con base tan ancha y tan sólida, como la misma Historia del Consulado y del Imperio , siendo su criterio más moral, aunque, como dice Chateaubriand:

Si es bueno tener algunos principios fijos al tomar la pluma, es no obstante una cuestión ociosa preguntar cómo debe escribirse la historia, escribiéndola cada historiador según su propio genio; de suerte que todo modo es bueno, con tal que sea vero.

Por manera que, conteniendo este libro bastante verdad auténtica en su síntesis y bastante verdad relativa también, cuando detalla y analiza, aunque no siempre sus personajes salgan bien parados, con excepción de unos pocos, entre ellos el general Arenales, pues el mismo San Martín resulta a veces ínfimo, por lo que el historiador empequeñece a los generales españoles, así como achica, casi hasta achatarlos, a los subalternos de San Martín, él es, a no dudarlo, un libro excelente aunque el historiador y el filósofo, sin dejar de ser gran escritor, tengan momentos en que pecan de paisajistas, de idealistas o de sentenciosos.

He dicho, por boca del primer historiador épico, si así se puede hablar, desde que nadie ha poseído, como él, en los tiempos modernos, el don y el secreto de esa frase escultural que le da configuración y colorido al pensamiento, que cada historiador escribe según su propio genio. Éste es el caso en que se halla el señor general don Bartolomé Mitre; y así como habría sido humanamente imposible que César escribiera bajo su tienda volante de campaña otra cosa que "efemérides" (¡y qué efemérides!), como Plutarco les llama a los Comentarios reconociendo, empero, que contienen el fondo y la materia de la historia, así también habría sido moralmente imposible exigirle al autor de la Vida de San Martín , contra su índole nativa, contra su papel en nuestra historia, contra la clase de sus servicios tan diversos, y contra la situación actual que ocupa en su retiro, aparente o real, que bosquejara, perfilara, modelara y esculpiera otra figura que no fuese la de ese Libertador "cuyas acciones son más trascendentales que su genio, y los resultados de ellas, más latos que sus provisiones", por ende, como él mismo lo dice, "esa especie de misterio que envuelve sus acciones y designios, aun en presencia de su obra y de su resultado".

Diríase que el historiador, no obstante lo grandioso del escenario, lo culminante de su héroe y lo trascendental de los acontecimientos en que él es, como si dijéramos, el dedo de los destinos de América, diríase, lo repito, que el historiador no encuentra bastante grande en sí misma la figura de ese héroe, cuando nos dice que:

"La grandeza de los que alcanzan la inmortalidad, no se mide tanto por la magnitud de su figura ni la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre la conciencia humana..."

Y esto, admitiendo que la haya hecho vibrar simpáticamente de generación en generación, sin discrepancias respecto del hombre, no de la pasión, de la idea, o del resultado trascendental.

Diríase algo más; diríase que el historiador está en contradicción con su propio numen filosófico -con esa inspiración en que creen los pueblos-, que de otra manera yo no concibo que él haya escrito, admitiendo implícitamente que hay hombres providenciales:

"Y sin embargo, no puede concebirse ni aun hipotéticamente quién pudo haberle reemplazado en la tarea contemporánea ni quién llenaría el vacío que resultaría de la conciencia de su posteridad, si su espíritu no lo impregnase."

No; en virtud de una ley secreta, que es el grito de la conciencia y de una experiencia que es el conocimiento de la historia del género humano, yo afirmo, que si don José de San Martín no hubiera existido, la idea revolucionaria, los tiempos, el medio ambiente, lo habrían encarnado, porque las revoluciones son como un Avatar virtualmente prolífico -no digo del hombre útil-, de los hombres, de las multitudes representativas, de la causa cuyo triunfo debe agradar a los dioses, como diría un pagano.

En esta parte, yo disiento fundamentalmente del señor general don Bartolomé Mitre, y aunque este disentimiento puede traer su origen en nuestras respectivas personalidades, como hombres de pensamiento y de acción, la verdad es que, y sin que esto disminuya en lo más mínimo las proporciones colosales de su monumento literario, la verdad es que o él cree algo en los semidioses o demasiado en la necesidad de inventarlos, como ideales necesarios para combatir lo que llamaremos el materialismo moderno.

Así, el señor general don Bartolomé Mitre nos pinta como una empresa fabulosa, haciendo de la leyenda historia, el paso de los Andes, por San Martín, que no puede compararse ni al de Aníbal, ni al de Napoleón, escalando los Alpes por donde nadie pasara. Y todo esto, sugestionado por las comparaciones de antaño, y aunque ese hombre, siendo una excepción en la historia de los grandes hombres, no tuviera según el mismo historiador "credo político confesado". Y aquí tengo que notar una verdadera contradicción: San Martín era o no era . Si era el genio de la revolución americana, no obedecía a su "propia impulsión", era un hombre representativo. Y si obedecía a su propia impulsión y no tenía credo político confesado, San Martín no era más que un soldado valiente, con más o menos escuela, con ocultas miras o ambiciones, irrealizables en Europa, que no pudo resistir a la ambición petulante, aunque patriótica sin escrúpulos, del genio de Bolívar.

Aquí, yo encuentro más galana la frase del historiador que sólida su dialéctica, y confieso humildemente, quizá con asombro del mismo señor general don Bartolomé Mitre, que el pasaje del Río Paraná por el Ejército Aliado, en Itapirú, frente a un enemigo formidable, me parece una obra de audacia e inspiración más grande que el paso de los Andes por San Martín, sin la hostilidad de nadie, y con el ejército realista allende la Cordillera, en virtud de una regla de pericia militar, que aconseja, preferentemente, esperar al invasor, sea lo que sea lo que después decida la suerte de las batallas.

Agregaré que no me parece tan magna empresa organizar un ejército de pocos miles, en algunos años, cuando hay un pueblo rico o pobre a la espalda, que da cuanto tiene, lo propio y lo de los realistas; así como me parece excesiva la retórica que reincide en comparar meros episodios con la retirada de los "Diez mil".

Confieso que, leyendo este libro, he visto más los acontecimientos y la lógica providencial de la revolución, que al general San Martín, y que me habría gustado -y esto será lo que eche de menos todo lector ávido- no tener que "esperar a que la historia, en posesión de una síntesis, delinee la verdadera grandeza de los héroes, reduciéndolos a sus proporciones naturales y explicando la aparente contradicción y fluctuación de sus ideas".

Yo hubiera deseado ver un San Martín más humano, menos mitológico, menos sibilino, que no escribiera "serás lo que debes ser y si no, no serás nada" (admitiendo que eso escribiera y no otra cosa con más sentido); pero que, por sus confidencias íntimas, esto es lo que anhela la historia sobre todo, me explicara lo que entendía por deber , a no ser que deber fuera sentir el cansancio de la lucha, antes de una década, y abandonar el campo, taciturno y desencantado, a ambiciones que pudieron ser fatales para la causa republicana en América.

Y todo esto, sin detenerme a discutir a un héroe, que si mandaba de Europa su espada a los dictadores o tiranos, es evidente que los habría servido si aquí se hubiera encontrado; flaqueza, aberración, entusiasmo, que es tiempo perdido querer explicar y justificar; los grandes hombres indiscutibles no padecen de eso, tienen vicios, nunca pierden la cabeza. En ciertos casos su aprobación debe ser íntima, casi insondable.

De todos modos, cúmpleme, y para no abusar de la hospitalidad de la Revista , cuyas páginas ya han sido nutridas de crítica sabia, apresurarme a concluir.

Lo haré repitiendo, en otra forma, lo que al principio dije.

Este libro es un alto ejemplo de perseverancia y de labor, cuyo éxito tenía que ser completo, como lo ha sido, encarándolo del punto de vista sintético y juzgándolo con el criterio siempre mimoso del patriotismo.

Y tenía que ser lo que es: la más alta expresión filosófica de un contemporáneo, que lleno de responsabilidades gloriosas y pleno de orgullo, reposa tranquilo en el fallo de la historia, traicionándolo empero, como al poeta, su frase predilecta "dupla y compleja en la evolución y revolución" de su pensamiento persistente, a la manera de un astro poblado, que se eclipsara en el horizonte, convencidos sus habitantes de que, después de aquel meteoro, ya no habría luz sobre la tierra, hasta que él no volviera a aparecer.

Una observación final:

No creo que la crítica gane mucho macerando el asunto como un fraile de la Trapa, que en su fanatismo nunca sintiera bastante ceñido el cilicio. Comprendo que Sainte-Beuve no suelte jamás una opinión definitiva sobre sus personajes. Son temas literarios. Puede ser envidia o temor de comprometerse. No hay cómo saberlo. Apenas cabe el juicio inductivo. Pero el historiador tiene otros deberes. Sus hombres deben tener un alma. O se les menta o se les suprime. Si lo primero, hay que tratarlos psicológicamente y que resumirlos en una fórmula. Si lo segundo, su epitafio será olvido. Deben valer o no valer. Deben servir para algo o no servir para nada, en cualquier momento histórico, en cualquier latitud en que se desenvuelvan. Wolseley, no digo al hablar de Napoleón, cuando habla de Massena da su opinión concreta y dice: "era todo un general". Mientras tanto el señor general don Bartolomé Mitre, en raro caso, se decide de un modo definitivo por más hombres de acción que tenga al frente. A la manera de un retórico que de prolepsis en prolepsis no hiciera más que discutirse a sí mismo, apenas les ha dado lo que parecen merecer, se arrepiente de su propia imparcialidad o juicio, y no tarda en señalarles alguna deficiencia, vicio o defecto capital. ¿Sería acaso su divisa inconsciente nihili admirare? ¿O será que la causa del continente americano, por la idea popular que entrañaba, era un coloso tan encumbrado que, a su lado, los primeros paladines parecían pigmeos, y que lo que se transparenta como un procedimiento sistemático no es más que el grito sofocado de la conciencia del historiador?

No se explica, sin embargo, esta última hipótesis científica, en quien consagra una vida entera, disponiendo de medios excepcionales, a la erección de un monumento que, como toda obra de arte de largo aliento, de paciente estudio, de incuestionable labor, contiene abundantísimo caudal de informaciones, ancho campo en que estudiar y aprender, descartando la ganga de algunos arabescos y detalles tan nimios que, colocándonos en el punto de vista del historiador, habría sido de desear ver suprimidos, por la glorificación misma del hombre cuya apoteosis se ha intentado... San Martín.

Librodot

Post-data

Al Señor Doctor Don Julián de Campo

...L'amour, la religion, la poésie, la vertu, inutilités providentielles que l'homme egoïste nie et qui en dépit de lui mènent le monde...

L'amour est le premier de ces grands instincts révélateurs qui dominent toute la création...

C'est le fait le plus extraordinaire et le plus suggestif de l'univers. Par une pruderie qui n'a pas de sens dans l'ordre de la réflexion philosophique, on n'en parle pas, ou l'on s'en tient à quelques niaises platitudes...

Renan.

Ustedes ya vieron el otro día, cuando interrumpimos nuestra conversación sobre el padre Agostino da Montefeltro, que yo no hacía acto de hipocresía literaria, al ponderar las dificultades con que tropezaba, colocado como estaba entre dos fuerzas contrarias; entre dos tendencias opuestas; entre lo que quería y lo que hacía, a pesar de mi voluntad, presa de una sugestión que, a estar aquí el doctor Charcot, me habría hecho dirigirme a él en consulta.

Para qué insistir entonces, remendando en lo viejo, y tan luego en unos tiempos en los que lo viejo no tiene prestigio, ni crédito, fenómeno que no es argentino, por otra parte; pues han de saber ustedes que en los Estados Unidos pasa exactamente lo mismo que aquí. Allí, con raras excepciones, el gobierno nacional, el gobierno de los estados, el gobierno municipal, la tribuna parlamentaria nacional y provincial, pertenecen a la juventud y están en manos de los hombres jóvenes -llenos de ideales, tienen para dar y prestar al más necesitado-, tan jóvenes, que la mayor parte de ellos no tenían edad cuando la gran guerra de secesión, que libertó a los esclavos, tan jóvenes, decía, que algunos ni conocen la historia de esa guerra estupenda.

Tendremos, no hay remedio me parece, que ocuparnos -ya nada me sugestiona, ya he reaccionado, ya soy dueño y señor de mí mismo; ya me siento libre, como cuando se nos pasa la primer congestión cerebral de amor- de la novela Guilderoy , aunque más no sea que para evitarles a ustedes el trabajo de leerla mal traducida. Digo esto, porque sospecho que un buen número de ustedes sólo sabe bastante inglés para leer The Standard , adivinando, con tanta más facilidad, cuanto que no está escrito en inglés, sino en irlandés, idioma que, a estar a la regla de interpretación étnica y arqueológica de los Mulhall, debe tener muchísimo del español, salvo jota más o menos.

Pues Guilderoy es un lord, vástago de una de las más antiguas casas de Inglaterra, y a la vez, representante de una de las más nobles y de las más ricas familias de la Gran Bretaña.

"Ouida" no lo describe precisamente por completo, por dentro y por fuera. Pero a juzgarlo por el conjunto de su vida y de sus acciones, puede decirse que, personalmente, es un hombre hermoso, elegante, con mucha gracia y mucho encanto, que es lo que lo ha hecho más agradable al bello sexo, que, como ustedes saben, resiste poco a la combinación de estos dos ingredientes; formas correctas y palabra seductora. La más pintada, frente a ese escollo, se estremece de horror.

Su carácter era una mezcla extraordinaria de elementos opuestos, otra peculiaridad que tiene también sus seducciones para el bello sexo. Y había sido mimado por él y por su familia; de modo que le había pasado lo que a cualquiera de ustedes que se hubiera encontrado en su caso, teniendo además una naturaleza indolente y egoísta. Aunque susceptible a veces de impulsos generosos, porque era hombre que seguía, invariablemente, los movimientos de su voluntad, de sus pasiones, de sus caprichos, era pues refractario a todos los deberes obligatorios, e impaciente al último extremo, en presencia de toda traba o coacción.

Aunque fuera un hombre de gran inteligencia y capaz de profunda reflexión, seguía únicamente el camino de sus placeres. Y aunque era aristócrata lleno de orgullo, y aunque le

daba gran importancia a su origen y a sus antepasados, y aunque sostuviera con ardor la supremacía de la nobleza y de la aristocracia, no quería tomar parte alguna en la política de su país, diciendo que la oposición de unos pocos nada podía contra los avances de la democracia. Y razonaba de esta manera: que es necesario tener el valor de sus opiniones y que puesto que es necesario también en la vida política (inglesa, bien entendido) recorrer el país de un extremo a otro, para dirigirse oratoriamente a la multitud, él se contentaría con esperar lo inevitable, dentro de su dignidad y del respeto de sí mismo.

Tal era, o es, al principio de ésta que llamaremos historia novelesca, Lord Guilderoy, con sus puntas de moralista, en medio de todo. Así es que, antes de proseguir, les daré a ustedes una muestra de sus máximas o aforismos sobre las mujeres, el amor y la sociedad. (Que la malicia no me las cuelgue a mí):

La mitad de las pasiones del hombre mueren temprano, porque espera que sean eternas.

Es la locura de la vida lo que constituye su encanto.

Los hombres niegan la verdad, porque se ven en la necesidad de explicar.

Es sabia la mujer que no insiste en explicaciones.

Dicen que el alma debiera ser a prueba de las pasiones; tanto valdría decir, que un edificio debiera resistir un terremoto.

El sentimiento pierde su fuerza y delicadeza si lo ponemos a menudo bajo el microscopio.

Todo lo que no sea lisonja es considerado como injusticia por las mujeres.

Nominalmente monógama, toda sociedad culta es polígama; a menudo hasta poliandra.

El amor puede constituir su propio mundo, en una soledad à deux , pero el casamiento, no.

He ahí algunas de sus máximas, como antes dije. Ahora, y para que la contextura literaria no se preste a mucha crítica, pecando de corta o de larga, de deficiente o de abundante, en cuanto a los detalles, me apresuraré a decirles a ustedes que lord Guilderoy vivía (es un modo de decir) espléndidamente en un soberbio castillo, llamado Ladys Rood.

La verdad es que donde vivía era en el Continente -así llaman los ingleses a todo lo que, en Europa, no es Inglaterra-, en Italia, por lo común y en Nápoles preferentemente, en lo que a mi juicio hacía muy bien; pues no me cansaré de repetirlo: Nápoles, con sus luces y sus colores y sus costumbres grecorromanas, que aún se conservan en la clase popular, y su alegría, que nada perturba ni de día ni de noche, y en donde el aspecto de las gentes es el mismo, libres u oprimidos, es para mí un pedazo de tierra ideal, para vivir... y hasta para morir ... mirando ese mar, capaz de hacerles creer a los que dudan o no tienen fe, con sus horizontes color de rosa, en una puesta del sol, que hay algo más allá de este mundo, contingente y finito, casi un átomo en el Universo.

Pero el muy noble lord, como ustedes lo comprenden, debía estar, de cuando en cuando, en su casa señorial durante la buena estación, la season , y en efecto así sucedía, y sucediendo así, resultó que un buen día, atravesando a caballo los malezales de sus tierras, se encontró con una muchacha que se había refugiado en una choza con un zorrito, empeñada en salvarlo de la persecución brutal que le hacían unos paisanos.

Habiéndolos dispersado, pidióle a aquélla que abriera, deseando ver a la heroína de tan buenos sentimientos, la cual era nada menos que una bellísima joven sencillamente vestida, de condición muy humilde, al parecer, aunque ciertas exterioridades aristocráticas de su porte revelaban una thoroughbred .

Guilderoy se empeña en acompañarla; ella se niega; él insiste; cede por fin, y Guilderoy descubre que es la hija de un gentilhombre, retirado a la vida privada por haber sacrificado su fortuna a sentimientos de honor, y gentilhombre instruido e interesante, bajo todos aspectos. Guilderoy se enamora, se apasiona, se exalta, resuelve casarse. Ha encontrado esa pureza, esa frescura campestre, que tanto contrasta con los perfumes artificiales de las otras mujeres. El

Librodot

alma de aquella joven es verdaderamente cándida y, a pesar de sus diecisiete años, tiene una dignidad prematura, casi imponente. El padre se opone decididamente. Conoce a Guilderoy. Tiene confianza en la inteligencia de su hija, le da sus razones, manifestándole sus inquietudes respecto de la suerte que le espera. Guilderoy es irresistible. Persuade a la joven, y ésta cede, se compromete, quiere casarse, aunque su padre le demuestre que Guilderoy no ha penetrado su alma, que no ama, que no puede amar sino el color, la forma, la materia, porque es un sensualista.

Ce que femme veut, Dieu le veut , se casan.

Una noche, después de algún tiempo, paseando juntos en Venecia, pasa cerca de ellos una hermosa mujer que Guilderoy saluda. Es la duquesa de Soria, mujer de inmenso encanto, llena de belleza, de inteligencia y de gracia, adorada de los hombres y envidiada de las mujeres. Posee una gran fortuna y está casada con un hombre que pasa la mayor parte del tiempo lejos de ella, cazando.

Guilderoy, hasta seis meses antes de casarse, había sido amante de la duquesa, quebrando con ella por las exigencias de su carácter dominante y celoso, y produciéndose la crisis por la decisión de Guilderoy de tomar estado.

Guilderoy, al verla, vuelve a experimentar la influencia de aquella mujer seductora, que apenas contesta a su saludo, mirándolo glacialmente; herido en su orgullo, su amor renace con furia. Va, viene, escribe, suplica, es recibido; las condiciones de la duquesa son tremendas: no quiere ser compartida, Guilderoy debe abandonar a su mujer. Luchan, están en Nápoles, ha transcurrido mucho tiempo, y allí viven, porque Guilderoy ha cedido, y su mujer se encuentra en Inglaterra. Mas ésta, llega, queriendo cerciorarse y se cerciora, descubriendo la horrible realidad, confirmada por los labios de su propio marido.

Abandona el campo a su rival, regresa a Inglaterra, se retira de la sociedad, se encierra. Guilderoy tiene un hermano, un noble carácter. Pero yo no sé por qué extraña fatalidad estos nobles caracteres se suelen enamorar de las cuñadas virtuosas, y al hermano de Guilderoy eso es lo que le pasa. Su pasión es platónica, su cuñada no la descubre, aunque está persuadida de su afecto. Hay allí algo que consuela; la buena fe y la sinceridad de la mujer, por una parte; la pasión sofocada, contenida, el deber cumplido, por otra.

Guilderoy sigue en Nápoles con su querida... Ambos gozan; ni uno ni otro puede ser feliz, no lo son. Su hermano y su mujer están en Inglaterra: ambos sufren, pero ambos cumplen con su deber; y lo cumplen tan bien que ella hace la vida de una hermana de caridad, y él la acompaña con sus votos, y lo exhorta a su hermano a volver sobre sus pasos.

Mientras tanto, ¿qué hace la sociedad?

La sociedad poco se ocupa de los que están en Nápoles, o donde ustedes quieran.

La sociedad no se ocupa sino de calumniar al hermano de Guilderoy y a su mujer. ¿Por qué? Porque los unos están lejos y los otros están ahí, a la vista.

Pero en esta sociedad moderna hay un elemento perturbador, por más que tenga su utilidad: la prensa. Guilderoy ve un día su nombre en un diario que habla de la vida que lleva su mujer, haciendo alusiones e insinuaciones muy trasparentes, aunque veladas, sobre la amistad de los cuñados. Guilderoy se siente herido en su orgullo y se preocupa. Decide, pues, ir a ver personalmente su home , si hogar puede decirse que tiene el hombre que le ha confesado categóricamente a su mujer que es otra la que ama y la que prefiere, y que es con ella con la que está decidido a vivir.

Guilderoy halla a su mujer, que no ve, pero que observa, a cubierto de toda sospecha. Su vida es ejemplar y su reputación intachable a los ojos de los que la ven y la rodean. ¿O los que calumnian son siempre los que no ven? ¡Y los que ven suelen ser los que callan, por caridad!

Derrotado por su mujer, necesita triunfar de su pretendido amante. Se decide entonces a interpelarle.

Su hermano lo escucha con cierto menosprecio altivo, y no creyendo digno de sí mismo traicionar sus sentimientos, le confiesa que ama, en efecto, a su mujer, que nunca se lo ha dicho, que ella no lo sospecha, y que, en su opinión, es una mujer pura como el cristal.

Guilderoy desea más que nunca volver al lado de su mujer. Ésta, sin decirle que no le ama, porque no ha dejado de amarlo, le ruega que la deje en paz y le manifiesta que es mejor que no se vean por el momento, y su hermano, a su vez, deja de visitar a su cuñada, para evitar comentarios.

Guilderoy vuelve sin embargo a los brazos de su querida, que está en Nápoles. Es ésta, en medio de sus desvaríos, una mujer con cierta altivez generosa. Comprende lo que pasa y lo incita a volver al seno de su mujer. Guilderoy tiene la fuerza de sus contradicciones. Hay caracteres así.

Se niega, resiste, pero aquella mujer lo domina a tal punto, que por fin cede, y escribe, y se vale de su propio hermano para hacer llegar a su mujer la expresión de sus sentimientos y su decisión de volver a hacer vida común con ella.

La mujer, persuadida por el cuñado, le contesta al marido: "Volved: esta casa es la vuestra, y yo soy vuestra mujer propia". Él vuelve.

Nada se ha alterado en casa de Guilderoy durante cuatro años, excepto la vida que hacía su mujer. No puede la infeliz estar más triste ni ocultarlo. Su marido se arrodilla y le pide perdón. Ella le dice que está perdonado; pero que a su vez tiene también que pedir perdón. ¿De qué? La confesión es dolorosa. Ella, honesta, tiene que hacerlo; lo hace: "He dejado de amarte, exclama, mi cuerpo es tuyo, mi corazón no es de nadie: vivo por el deber y para la sociedad".

Guilderoy comprende que tendrá que amar sin esperanza, y mientras esto comprende, y sin haber dejado de amar a la otra, ésta enviuda, ¡y qué se le importa!, muriendo su marido en un duelo.

Tal es la novela, extractada, y en algunos pasajes interpretada, la novela de que yo quería hablarles a ustedes cuando, dominado por otras impresiones, no podía dejar de ocuparme, como lo hice de algo más consolador e instructivo, de los sermones del padre Agostino da Montefeltro, otra víctima, aunque fraile, de ese devastador universal que se llama el amor.

Pero como según la opinión de mi secretario -este vigilante perpetuo de todas mis desviaciones- ya es hora de concluir, yo pregunto: ¿para qué diablos sirve la novela moderna, si para contar una cosa tan sencilla como la que yo les he contado a ustedes se ha de complacer el arte en tantos detalles contrarios a los fines de la moral recibida? Porque una de dos: o el arte y la moral deben ser dos colaboradores, cuyo ideal es realizar tipos admirables, o la moral es una cosa y el arte es otra, y es necesario no mezclarlos, como los dos conejos de Hermann; a punto de que no se sepa si son o no dos cosas diferentes o una sola.

Decididamente, yo no sé a qué atenerme.

Darwin, en sus confidencias, dice que le gustaban las novelas, pero que lamentaba la muerte del gusto estético y que se debiera hacer una ley contra los libros de ese género cuyo desenlace es desgraciado. El hombre era bonachón, y quería, sin duda, que Numa se casara siempre con Pompillo . A mí no me importaría que siempre sucediera lo contrario, con tal que la novela me enseñara algo; y en caso de legislar algo también que fuera profiláctico, lo que yo decretaría es que todo tísico, o reputado como tal, permaneciera célibe, para no engendrar una familia desprovista de condiciones de vida, y aun lo apartaría de las familias a quienes se presentara en demanda de casamiento... ora fuese tuberculoso o escrofuloso de cuerpo... o cacoquimio de espíritu.